

DE SOL A SOL
CRÓNICAS SOBRE
LA IDENTIDAD



NUEVAS NARRATIVAS

Ediciones
Bonaerenses

DE SOL A SOL
CRÓNICAS SOBRE
LA IDENTIDAD

De sol a sol : crónicas sobre la identidad / Ana Carrozzo ... [et al.] ; editado por Oliverio Coelho. - 1a ed. - La Plata : Ediciones Bonaerenses, 2023. 120 p. ; 20 x 14 cm. - (Nuevas narrativas / 6)

ISBN 978-987-82861-1-2

1. Crónicas. 2. Identidad. I. Carrozzo, Ana. II. Coelho, Oliverio, ed.
CDD A863

Gobierno de la Provincia de Buenos Aires
Calle 6 e/ 51 y 53, La Plata (1900), Buenos Aires, Argentina

© de los textos, Ana Carrozzo, Nazareno Manccione, Julián Daniel Mijailoff,
Marcos Núñez, José Santucho, Diego Alberto Slagter.

© Ediciones Bonaerenses
2023

Dirección general: Agustina Vila
Dirección editorial: Guillermo Korn
Edición: Oliverio Coelho
Corrección: María Laura Ramos Luchetti
Diseño: Valeria Lagunas
Ilustración de portada: Emiliano Aranguren
1ª edición, abril de 2023

2023, Ediciones Bonaerenses, Gobierno de la Pcia. de Buenos Aires
Todos los derechos sobre esta obra fueron cedidos para la presente edición

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina



Licenciado bajo Creative Commons

Atribución - No comercial - Compartir obras derivadas igual

DE SOL A SOL
CRÓNICAS SOBRE
LA IDENTIDAD



Ediciones
Bonaerenses

Nota editorial

Estas seis crónicas que Ediciones Bonaerenses hoy publica invitan a recorrer universos secretos de nuestra provincia desde cualquier punto cardinal. Los personajes abordados, desde un gran ciclista en el olvido a un calesitero en plena pandemia, son de alguna manera tesoros de nuestra cultura que pueden pasar de boca en boca como una antigua historia.

En 2022 la Unidad de Identidad Bonaerense del Instituto Cultural lanzó el Concurso de narrativas “Ser bonaerense. Miradas sobre nuestra identidad”, en tres categorías: crónica, ensayo e historieta. En la primera, la premisa sugerida para los participantes fue la de contar hechos reales inspirados en personas, lugares o acontecimientos de la Provincia de Buenos Aires. Se recibieron más de trescientas obras, de las cuales más de cien fueron crónicas. Según Florencia Saintout, presidenta del Instituto Cultural, la convocatoria retomó una tradición de apoyo desde el Estado provincial a la producción de narrativas y permitió poner en primer plano el debate y las miradas en torno a nuestra identidad.

El jurado estuvo conformado por Cristian Alarcón, Sonia Budassi y Ulises Cremonte, quienes eligieron “José también se iba por el río”, de Julián Daniel Mijailoff (primer premio), “El camino es Ezeiza”, de Diego Alberto Slagter (segundo premio), y “La vida es buena”, de Ana Carozzo (tercer premio). También otorgaron tres menciones de honor

a “Ciclista”, de José Augusto Santucho, “Calesiteros: dueños de un circo diminuto”, de Marcos Nuñez, y “Tomatito y el Mula: historias de tierra adentro”, de Nazareno Mancione.

Con recursos narrativos heterogéneos, este puñado de textos cumple con el objetivo de versionar identidades en permanente movimiento. En sus temáticas, en la profundidad de sus personajes, en los diálogos y en el paisaje social que mezcla raíces locales y regionales, *De sol a sol. Crónicas sobre la identidad* se constituye como referencia en el campo de las nuevas narrativas.

José también se iba por el río

JULIÁN DANIEL MIJAILOFF

LA PLATA

José se enfrenta al sauzal y el agua ya le abraza las desgastadas botas de lluvia. Se detiene, se quita por unos instantes la gorra, levanta la vista al cielo gris y mira al horizonte. Parece buscar una dirección precisa, un rumbo, un punto exacto en la distancia, pero es difícil saber bien qué es lo que mira. Entonces chista y sin más indicaciones continúa avanzando a grandes zancadas por entre el barro y el pajonal que circundan los sauces. La humedad satura los poros de su piel áspera, el viento que sopla del este agita las copas quemadas de los sauces y le infla la camisa, le hace flamear las bombachas, le sacude el pelo transpirado. Parece que José se va a despegar del barro y se me va a ir volando. Sin embargo, en un punto no distinto a ningún otro, se mete por entre el ramerío y, súbito como un dolor, el viento se detiene por completo. Rodeado por los brazos finos de las salicáceas avanza y me va guiando en silencio hasta que se pierden de vista los galpones y los viejos frutales embichados. José va cortando ramitas de sauce a su paso y las anuda como rosarios de mimbre entre sus manos también reseca. Y comienza a hablar. Como si realmente, ahora sí, después de haberse adentrado lo suficiente en el sauzal inundado ya nadie pudiese escucharnos, comienza a hablar mientras seguimos nuestra marcha. Empecemos por el principio, dice.

El principio, para él, es su primer encuentro con el Delta. Era junio de 1989. Al parecer un primo de su esposa que vivía en San Fernando y trabajaba en un aserradero en el Tigre avisó que andaban buscando golondrinas para trabajar en la cosecha de un establecimiento sobre el Arroyo Estudiantito. Al asunto de ser golondrina lo conocía más

por empiria que por acercamiento teórico y cuando escuchó “José, hay trabajo en Buenos Aires” simplemente dijo que sí. Tenía 24 años, dice. No hay indicios de nostalgia al pronunciar esta cifra, pero se repite a sí mismo: 24 años. Así, acariciando los sauces a su paso, como buscando que de allí surjan las imágenes de los recuerdos, comienza a repasar su historia. A veces duda con las fechas, se equivoca, y cada tanto se detiene ante la inminencia de algún dato al cual pareciera que no le resultó digno de acceder. Desde el principio, vamos para atrás.

José lo llamó su madre. Quinto de la familia, criado por todos y por nadie en algún paraje entre Mercedes y Goya. Hacia fines de los setenta, cuando todavía era gurisito, había seguido a su hermano, el mayor, que trabajaba en la construcción de la Nueva Federación. A su hermano lo mataron unos milicos que estaban en pedo y la actividad de la construcción se enfrió a poco de inaugurado el pueblo. No solo no había razón para quedarse, sino que antes de poder decir agua va ya los habían juntado, subido a un camión como para la faena y los mandaron de vuelta para Corrientes. Como muchos otros, se mudó a Chajarí a hacer de jornalero en las plantaciones de cítrico, actividad que venía en repunte y necesitaba manos. Por Villa del Rosario encontró malos patrones y supuso que de eso se trataba la vida. No se preguntó demasiado ni por qué ni para quién y se especializó en seguir lo que hacían los otros. Para esa época conoció en algún baile a quien luego sería su esposa y ella le dijo de irse a trabajar donde peonaban sus hermanos, en las arroceras de Curuzú Cuatiá. Se instalaron en lo de un cuñado y siguiéndolo comenzó a ayudar en la rotación de arroces y ganado. Pero la cosa tampoco prosperó demasiado. La producción de arroz también venía en baja por más que a algunos se les llenaba la boca con augurios de derrames e inversiones brasileras. Los patrones eran igual de malos y las changuitas de ocasión no alcanzaban para parar la olla ni de ellos ni de su hijo recién nacido en un país donde la plata cada vez tenía más ceros y alcanzaba para comprar menos cosas. Angá, angá, dice. Con sus hormonas galopantes José estrenó lo que parecía ser una especie de bronca salida de ningún lado. Desarrolló una maña algo inexplicable por aquel pueblo, por sus tareas entre los arroces y por su cuñado.

Comenzó a masticar una huida. En ese momento la esposa, que tenía más educación y que algo vería, le contó las noticias de su primo, eso de que andaban buscando gente y que la paga no era mala. Aunque se le arremolinó un poco la panza por lo inaudito de la geografía, no lo dudó ni un segundo; había que estar en la estación de colectivos al día siguiente. Esa noche se acostó temprano pero casi no durmió. Antes de que saliese el sol armó rápido un bolsito, se quedó un rato mirando al gurí recién venido y sin saludar a su esposa salió junto con otros en el primer micro del día que iba a Buenos Aires. Era la primera vez que iba a la capital y estaba algo nervioso. Rechazó los mates y las jodas de los compañeros y prefirió dormir durante todo el viaje. Yo creería que no soñó. Al bajar en Retiro el frío lo golpeó a la altura del hígado y le temblaron las piernas. 24 años. Tomaron el tren al Tigre donde los esperaba el hijo del trompa y alguien lo cagó a pedos por no haber traído ni abrigo ni botas. Lo subieron a unas lanchas y lo pasearon por todo el Delta entre arroyos que le parecieron de ensueños y en algún momento, como estaba esperando, alguien le dio algunas órdenes y él, como también se esperaba, bajó la cabeza y puso manos en el asunto.

Acá siempre se hizo mimbre, me cuenta, desde la época de las naranjas y los tigres. Todo era naranja y frutas y sauce y bagres y tigres y bichas y los vascos y los tanos que cavaban zanjas. Este Delta, así como lo ves, lo hicieron los hombres luchando contra el río, pero estaban equivocados, hermano, nadie puede luchar contra el río. Mirá, dice y enfatiza abanicando un brazo en movimiento horizontal de un lado a otro en un intento de abarcarlo todo. En una época, sigue, hasta se hacía hortaliza en las tierras más altas y las llevaban en botecitos hacia Buenos Aires. Eso contaban algunos, pero ya nadie cuenta más nada y parece que a los cuentos también se los llevó el río.

Del idílico Delta hasta el de ahora, nadie explica bien qué pasó en el medio. O desaparecieron los relatos o borraron el interés por la historia. Los retazos de los cuentos se confunden y parecen confluír como los arroyos en un barroso cauce que va a parar exageradamente a ningún lado. Parece que fueron los jesuitas quienes comenzaron a ponerle nombres tristes a los arroyuelos y en algún momento los hermanos Cepeda

(o quizás Casero) mataron al último tigre y con él al resto de los tigres y los pasearon por todos lados para que las bichas y los carpinchos entendiesen de qué iba la mano. Sobre el Carapachay desfilaron en barcas clandestinas anunciando las malas nuevas a los yacarés, los pumas y los aguaraguazúes. No habría lugar para ellos en el nuevo Delta. La flamante regencia allanó los nidos y rebautizó los muelles. Así se fueron espantados también los criollos cazadores de nutria. Se salvaron las taruchas y los junqueros por esa costumbre de andar en las márgenes. Luego llegaron los vascos que de todo esto no sabían o no les importaba y tan solo buscaban un lugar para escapar de la fiebre amarilla y prefirieron el Carabelas para depositar sus casuarinas. Plantaron frutales, sembraron verduras, produjeron mimbre, una agricultura incipiente para un país en desarrollo. Sin darse cuenta se hicieron viejos y dejaron de tener fuerzas para hacer zanjas y los frutales que no se embicharon se helaron y sus hijos se dedicaron a otras actividades más rentables en la capital mientras el Delta se iba llenando, paulatinamente, de plantaciones de álamo mejoradas genéticamente y de casas quinta de fin de semana. A veces alguno menciona que guaraníes y palmeras habitaban estas islas mucho antes que todos ellos.

José no me explica todo esto, solo menciona al pasar que alguien le contó que alguna vez todo fue naranja y sauce y tigres. En algún momento, según cuenta la historia oficial, allá por mediados del siglo XIX, Domingo Faustino, ¡quién si no!, pasó de visita por la finca de un tal Crousa y cual viajero del futuro sacó de sus mangas un sauce traído de Europa al que plantó sobre el fangoso suelo y de cuyas ramas floreció una nueva actividad productiva para la agricultura creciente de la sureña civilización americana. Entre sauces *viminalis* resistentes a períodos prolongados de anegamiento típicos de la zona, la producción fue creciendo en la tercera sección del Delta, llamada Delta frontal o Delta bajo, allí donde lo que Moussy bautizó como Mesopotamia argentina desemboca en el gran estuario de La Plata, a la altura del Tigre en la provincia de Buenos Aires. En esa sección, otrora fatigada por las majestuosas selvas en galería que aún estrujan y extienden el barro del Delta, el flujo del río mantiene un ritmo diario y frenético donde el

vaivén de las aguas es como un respiro de la tierra. Este juego de mareas se le da por lo general bien a estos sauces testigos complacientes de infinitas sudestadas. Según cuentan algunos foristas nostálgicos, durante el período de *interbellum* del siglo XX, la producción del mimbre en la región alcanzó su apogeo y según se estima hasta supo sumar sus varillas a la cartera exportadora de la patria. Sin embargo, el futuro estaba hecho de nuevos materiales y la modernidad llegó con opciones más atractivas, más económicas y más prácticas. Poco más, poco menos, la producción fue descendiendo como desciende el agua castigada por el magnetismo de una demanda decreciente. Hoy día, en términos económicos, los postulados conceptuales para definir al mimbre y los mimbreros abundarían en terminología tal como sector primario de baja productividad, área marginal de la economía con bajo impacto en la matriz productiva, inmovilización de capital productivo, un cero a la izquierda en lo que se supone ha de ser la gran fábrica de dólares del sector agrario argentino o una explotación artesanal, informal, familiar, agroecológica, guardianes del humedal, refugio de un *savoir faire* bonaerense, de un modo de vida en extinción. Y, sin embargo, indiferentes de los agoreros del descarte y hasta de los románticos de los relictos, hay mimbreros y hay mimbre y esta actividad de ciclo anual es la base y caja “grande” de la economía de buena parte de los isleños. Entre ellos, José.

Comienzan a caer algunas gotas, pero la lluvia se hace desear. La temperatura aumenta o quizás es el ritmo de nuestra marcha fluvial. El viento se arremolina, se cruza y el cielo se escama. La luz es áurea y hermosa y se va como bamboleando por la superficie del agua que ya acaricia las rodillas. Las enredaderas que se extienden hasta allí también nos tocan, alguna ipomoea se entremezcla con las copas y hiere con puñaladas púrpuras la escena, el aroma es de una dulzura encharcada, así como de madre selva, y nos movemos despacio, pero no sin esfuerzo. José lidera entre el agua que nos atempera el paso y las infinitas ramas que nos van cercando como laberintos amarillos. Me dejó llevar y la sensación es como la de andar por una acuarela. Entretanto José se pierde entre las ramas y luego vuelve a aparecer como una especie vegetal de

capiango que en lugar de volverse tigre en las batallas se vuelve sauce intermitentemente por los bajos del Delta. A lo lejos el sonido de la corriente y del monte se interrumpen brevemente por largas bocinas monótonas, como suspiros de vapor. Serán quizás las grandes embarcaciones que bajan el Paraná de las Palmas llevando consigo aquellos granos a nuevos puertos. Serán, tal vez, las cacciolas que transportan a turistas y curiosos, a los habitantes de fin de semana que encuentran asilo del ruido de la ciudad en la inquietante paz de las islas. Serán, en cualquier caso, otras patrias que no son las nuestras, contrastes, signos de un distinto atardecer. José no parece prestarle más atención que la que le presta a su paso rítmico y como en juego con su caminar vuelve al relato de su historia.

Así, yendo y viniendo de cosecha en cosecha, se pasaron cinco largos años. Cinco temporadas donde fue aprendiendo a tratar al sauce y a cosechar el mimbre, a tomarle el gusto a las medias mojadas, al frío húmedo y a perderle el miedo a las sudestadas. Comprendió que en realidad por ahí andaban el mismo Paraná y por allá el Uruguay y que ese delta de Buenos Aires también tiene su Payé y así algo se le reconfortó en el lugar del alma donde se reconforta la infancia. Lo adoptaron los muellecitos, el ritmo estacional y diario de las aguas, el silencio repleto de croares, grillares y perfumes de glicinas, saber ya qué arroyo desemboca en qué arroyo y cuál es la forma secreta de las islas. Cuando le tocaba no andar por el Delta, me dice, andaba siempre un poco triste.

Un día le llegó la noticia más importante de su vida. Un tano viejo, sin hijos, pero con bastantes deudas, loteaba una quinta grande a orillas del Arroyo Pacífico. No sabe por qué, pero sintió que ese anuncio era un tren pasando por el medio de la nada. Empezó a rosquearse con la idea y finalmente se envalentonó. Su esposa, que sabía más, estuvo de acuerdo. Hicieron cuentas, estaban lejos, pero quizás no tanto. Temporada a temporada habían juntado un algo que llamaban "los ahorros por las dudas". Alguna gente les tenía algo de aprecio, mal que sea, así que se movió para todos lados, pidió prestado a algunos conocidos, plata chica, pero plata al fin. Logró apalabrar a ese primo, el que andaba en Buenos Aires, que ahora había conseguido laburo de sereno

en los galpones, de que invierta en la familia. Sacó un préstamo en esas agencias de “efectivo ya” que a la larga le saldría más caro que una estufa. Así son las cosas, pensó, pero vale la pena. Qué van a decir allá cuando se enteren, aquellos antiguos patronos, los otros, se relamía, yo, el José, ¡patrón y dueño ni más ni menos que en Buenos Aires!

En mayo de 1994 viajó como todos los años a Corrientes, pero esta vez volvió al Delta con su esposa y sus dos hijos. Eran una hectárea y un puchito, pavadas le dirán algunos a lo que para otros significa un planeta. Y el precio era, a todas luces, realmente una oportunidad única. Los valores por la zona andaban deprimidos, aquellas tierras eran demasiado bajas para forestar o meter ganado y demasiado lejanas al puerto del Tigre como para tener de fin de semana. Además, aparentemente el viejo estaba de vuelta y no quería saber más nada. Tan solo buscaba lo suficiente para pagar sus propias deudas y comprarse un monoambiente en algún lugar en la capital, cerca de un hospital y llegar a pagar los medicamentos para vivir tranquilo lo que le quedaba de tiempo. Pero así y todo no fue fácil. Parece que el tano hubiese gustado venderle a otros tanos o vaya uno a saber qué tanto. Así que costó, tuvo que apalabrar varias veces al hombre, duro como el basalto que sostiene su campo, llevó a la señora y a los nenes buscando que el tano se apiadara. Al final, luego de mucho trabajo, su ruego, o las urgencias del viejo, le valieron las penas. De esas cosas raras: José traspasó la ventana, para deleite atemporal de una época en la que solo ascendían socialmente los que ya estaban hechos.

Ya dejamos atrás unas cuantas parcelas y según me indica, en esta parte, como se puede ver por la diferencia de color, se trata de otro clon, el macollado verde. No hay más cielo que el que yace sobre nuestras cabezas y se cuele por entre los tallos de los sauces. Ahora José se complace en su oratoria, deja de hablar de sí mismo, de su historia y empieza a hablar de lo que hace. Se corre del centro para nombrarse, como si su esencia se encontrase más emparentada con los quehaceres diarios entre varillas de *salix* que con el devenir narrativo de una serie de acontecimientos fortuitos y personales. Su andar se vuelve más equilibrado, hasta algo altanero, y el agua del bajo monte que le llega a

la cintura le devuelve su imagen en el color ámbar de la tarde. La mitad superior de su cuerpo que sobresale imponente sobre el agua lo hace ver como un centauro magnífico mitad humano, mitad río. De tanto andar trabajando temporada a temporada durante esos cinco años ya había participado de cada parte del conjunto del proceso productivo. Había observado lo que hacían los patrones. El asunto no es complicado, se dijo, pero no le vamos a negar que una cosa es hacer para otro y otra cosa es hacer para uno mismo.

Se tenían que preparar los terrenos en la época que comienza a amainar el caluroso viento norte, por abril, mayo, dependiendo de las crecidas y el capricho del tiempo. Recuerda que el desmalezado por entonces lo hacía a mano, solito, meta asada. En junio, agosto, se podía comenzar a plantar. Lo ideal era arrancar bien temprano y hacerlo tranquilo, con paciencia para ir manteniendo las líneas. En las primeras épocas las varas se las conseguía el antiguo patrón, a precio de puerto, y al parecer era una variedad bien adaptada ya que se plantaba en la zona desde la época de los misioneros. Después era un poco ir controlando y dejar hacer. Sacar yuyo, destapar zanjas. Esperar que haya agua pero que las inundaciones no se vayan de mano, porque al sauce le gusta el río, pero cuando los agarra empezando a enraizar un anegamiento excesivo puede jugar una mala pasada. Recién para el otro año se aprontaba el fachín y se comenzaba la primera cosecha. Se clasificaba por tamaño y se ponían a hervir las varas en las calderas y luego a remojar, proceso que hace más amigable el descortezado. Y ahí sí, a pelar y a pelar las ramas del sauce. Primero lo hacía con unos fierritos que eran cosa común en ese entonces, más tarde llegaron unas maquinitas peladoras que aceleraban las cosas sin ser tampoco naves espaciales. También se disfrutaba, se aprontaba a los gurises para que ayuden y que aprendan. Clasificaban el mimbre, lo iban ordenando en arrobos para el estibado. La mayoría se iba para el distribuidor y algo quedaba en la quinta para ir descubriendo lo de la artesanía. Su esposa pronto le agarró la mano y se daba no poca maña para armar canastos y otros chiches. Luego incursionar en otras cosas, armar la huertita, hacerles el gallinero a las gallinas, renegar con las abejas, preguntar cómo era el

asunto ese del álamo, qué decían los del INTA que tanto rendía, tantear la idea de hacer un estaquero, escuchar, copiar e ir probando.

Recuerda el 96 y el 97 porque fueron buenas temporadas para el mimbre. El sauce rendía lo suficiente y gracias a que desechó la idea de ingresar a la ya relativamente establecida Cooperativa Los Mimbreros había logrado que el acopiador le comprase por debajo de la mesa a un precio algo diferencial cuando los desacuerdos por exceso de oferta arreciaban. La esposa prosperaba en el fino arte de hacer del mimbre objetos de uso cotidiano y cada tanto se iba a vender al Puerto de Frutos. El mayor ya correteaba por entre los sauces y hasta daba una mano con el armado de las arrobas. Aquellas terribles marcas de las crecidas del 59 parecían cuentos para asustar a los niños en noche de sudestada. El trabajo era constante y lo que quedaba a la hora de cerrar las cuentas no era mucho más que lo justo. Pero a pesar de todo se vivía, dice José, el mimbre andaba y dejaba el pan sobre la mesa. Ajustando el cinturón pudieron terminar un anexo, la piccita de los chicos. En lo personal, se empezó a sentir baqueano en su tierra y tan isleño como cualquiera. Le gustaba el sauce y el mimbre y pensaba que no se le daba mal y que mejoraba temporada a temporada. Estaba orgulloso de su trabajo, con el orgullo de quien se ganó las cosas por sí mismo. Con el tiempo se fue acercando también a los otros productores, una vez que se le fueron las cosquillas y entendió que era lo más ventajoso. Así fue perdiendo lo chúcaro, se fue sumando a las juntadas y se acercó a los dos o tres del INTA que por ese entonces andaban paseando por entre los mimbreros en lugar de rendirles pleitesía a las empresas forestales. Amigos, amigos, no tanto, pero se permitió el espacio para la camaradería. Una vez al mes se juntaban: una vez en la quinta de un productor, la siguiente en la de otro y así. Se quejaban, como es gusto en la ruralidad, de la mucha lluvia o de la poca agua, de la helada y del calor, del municipio y su desidia, de los artesanos que eran pan para hoy y hambre para mañana, pero en perspectiva las temporadas no fueron malas para el mimbre. Y así pasaron esos años, yendo y viniendo como las aguas ocres del río, a veces bajando y a veces subiendo, según las lunas. Además, aunque el

viento de vez en cuando soplase desde el este, la corriente no alcanzaba la casa que se alzaba segura sobre sus pilares de madera.

Pero dicen que nadie puede luchar contra el río. Los días claros y el bienestar, por atemperado que sea, siempre se parecen a una trampa y José sabía, porque la experiencia es sabia, que tarde o temprano las aguas del río siempre vuelven. Hacia final del milenio las cosas se fueron en picada. Bajaron la demanda y por lo tanto los precios, la situación social en la isla comenzó a caldearse como para hervir sauce. La escuela de los neños abría poco, lo suficiente para darles la merienda, el humor se hacía malestar y el ir tirando se volvió una cosa cada vez más cuesta arriba. La crisis que inauguró el nuevo siglo, que ya se venía palpando y cuya cúspide obscena es por todos conocida, avanzó como sudestada, mal que bien, por sobre todos lados. La mano vino peluda para los isleños, pero ni mucho más ni mucho menos que para los otros. Allí, en el bajo Delta, de repente, ya no se veía ningún bote y flotar a la marchanta para sobrevivir consistió en el comportamiento colectivo. La solidaridad como en otras regiones alcanzó como salvavidas, pero los daños fueron profundos. Hubo asambleas, hubo miedo, algunos intentaron huir de las islas, pero no supieron dónde, y otros pensaron que si el país se hundía lo mejor era estar entre las aguas del Delta donde al menos todo aquello ya era costumbre. El sector del mimbre, símbolo latente del imaginario local, acusó recibo en aquellas épocas y los tiempos fueron signados por un brutal abandono. Recuerda el precio en patacones que le ofrecía alguno por el atado de 10 y se sonríe de costado.

Eventualmente, la situación fue mejorando como cuando retrocede la marea permitiendo un respiro entre las ruinas. En cuanto al mimbre, como quien rehace las cosas, se fortaleció la cooperativa y su acercamiento con el INTA Delta. Sin embargo, en la actualidad la situación del mimbre y de los mimbreros en el Delta frontal dista de ser venturosa y el sector hace gala de una larga serie de precariedades. Para comenzar, los mimbreros con sus quintas de 1, 2, 5 hectáreas, que en su totalidad suman con suerte unas 100, se caracterizan, como tantas otras actividades de la ruralidad patria, por una informalidad y precarización apremiante por distintos motivos. Por lo general, el bienestar de estos

isleños se disputa a un ritmo del día a día en la complementariedad con otras actividades, como la producción de estacas de álamo o una horticultura de baja intensidad. Los avances tecnológicos en la producción del mimbre no han ido más lejos que la incorporación de las máquinas peladoras que reemplazaron a los viejos fierritos y el desarrollo de clones realizados por los programas de mejoramiento del INTA.

Una característica del sector es el hecho de que existe para los mimbreros un mercado cuanto menos acotado. Se suele hablar de un único acopiador que compra toda la producción de los mimbreros para luego venderla a los artesanos en el Puerto de Frutos. Se podría decir, para no faltar a la digesta técnica, que esta sencilla cadena de valor cuenta, entonces, con un único eslabón intermediario entre la producción primaria y su posterior agregado de valor artesanal. Esta posición exclusiva lo condiciona a ser lo que podría considerarse un actor de peso en el proceso de formación de precio. En un sector tan pequeño quizás esto no signifique la gran cosa. El nombre y la naturaleza de este acopiador se me escapan, pero podría estimarse que, a diferencia de algunos colegas en rubros más generosos y pudientes de la economía agrícola bonaerense, este intermediario no ha de pasearse a sus anchas por los pasillos de la Sociedad Rural argentina. En cualquier caso, esta característica que emerge del exiguo tamaño del sector supone una mutua necesidad y una negociación obligada que deja sin demasiadas opciones a los mimbreros. Convenir en el comercio se hace necesario si los productores no quieren quedarse sin el pan y con el sauce.

Sin embargo, esta no es la más urgente de las peculiaridades que aquejan al mimbre bonaerense. Entre las limitantes que impone el carácter económico de un mundo globalizado existe una que es de particular pesar para los mimbreros del bajo Delta. La gran amenaza para el mimbre de estas tierras no proviene de los desequilibrios ni económicos ni sociales que se ejercen por entre las islas y canales, sino que llega desde el otro lado de la cordillera de los Andes. Se trata de un gentilicio que recela los oídos de los isleños y se conjura en sigilo como si de yararás se tratase. El mimbre chileno. El asunto no requiere posdoctorados en economía. Digamos, simplemente, que los pares chilenos consiguen

producir un mimbre que conjuga dos elementos letales en la ventaja comparativa. Su mimbre es por un lado de mejor calidad, de acuerdo con el gusto y estándar de los artesanos, y, por otro lado, en virtud de determinados factores, resulta más económico que el mimbre del Delta. Naturalmente los mimbreros chilenos no tienen inconvenientes en exportar su excedente y los artesanos locales tampoco ofrecen mayor resistencia cuando se trata de comprar mejor y más barato.

A todos estos elementos se les suman determinadas inclemencias climáticas que aquejan ocasionalmente a las islas del bajo Delta. La coincidencia no matemática ni excluyente de factores como el Niño, el cambio climático, la falta de infraestructura o el resultado de diques aledaños que derivan el exceso de agua hacia los bajos de la II sección de San Fernando generan que el río trepe por el bajo más de lo que se acostumbra o se requiere. La dinámica del bajo Delta está hecha naturalmente de agua, sin embargo, los mimbreros han visto el agua alcanzar hasta los hogares elevados en altos pilotes en proporciones que exceden a lo deseado. Estas crecidas recurrentes pueden producir a su paso la *quemadura* de las nuevas plantaciones, y lo que sobrevive queda marcado por importantes mermas en cantidad y calidad. En virtud de estos elementos acuciantes los productores más activos se acercaron al INTA Delta, el único rostro del Estado que se ve por aquellas islas, junto a la escuela, en busca de contención y respuestas. El intercambio es bueno y el personal del INTA tiene buena predisposición, particularmente los extensionistas, sin embargo, es incapaz de abarcar en su total dimensión la variedad de problemas. La situación del mimbre es compleja y el entramado de contratiempos dista de ser fácil de resolver en el corto plazo, siquiera en el mediano, y no son pocas las veces que los mimbreros se preguntan por qué insisten con eso. Pero son mimbreros, recuerdan, y si no lo hacen ellos no lo va a hacer nadie.

El ramerío de los sauces comienza a reducirse y a espaciarse, como los edificios en las periferias de las grandes ciudades, y aun entre aguas salimos de la plantación. A pocos metros, frente a nosotros, se ve una elevación del terreno y en ella proliferas hileras de álamos. José indica que entre aquellos álamos y nosotros se encuentra un atajarepunte que

mandó a hacer el vecino hace unos años y que marca el límite de la quinta. Pero con el río tan crecido el atajarepuntos descansa inútil y oculto sobre el lecho y no queda otra opción que suponerlo. Siguiendo esa línea imaginaria marchamos a ritmo de agua, de aquel lado los álamos majestuosos y de nuestro lado la mata que marca la línea de flotación del *salix*. De repente se va marcando otra elevación que por lo abrupta da la sensación de artificial. Al subir se nota el asomar paralelo, como un monstruo acuático y metálico, de los restos de un alambrado abrazado por zarzamoras y lirios amarillos. Otro límite. Esta vez, frente a nosotros del otro lado, más allá, las copas deshojadas de palos amarillos, bugres y sarandíes asoman entre el agua y se continúan, selva en galería, explotando en distintos tonos de verdes oscuros y grises emergiendo por las márgenes conjeturales de un arroyo.

A lo lejos, como en dirección al río, una monjita levanta vuelo desde la rama desnuda de un ceibo y se pierde entre el rojo encendido y la oscuridad auspiciante del cielo que contorna el monte blanco. Aquí, entre los colchones de zarzamoras que acumulan botellas, ojotas y otras chucherías plásticas, los rodrigones del alambrado se pudren en distancias azarosas y entre medio, ayudándolos en promesa, el alambre oxidado sostiene indignamente sus funciones. Entre nubes de jejenes José se sacude la camisa y las bombachas. Indica que se puede cortar camino, alcanzar los albardones de los álamos y de ahí bajar hasta los muelles para cruzar al otro lado. Entiendo que esto significa abandonar nuestra perentoria colina. La noche se hace más oscura y la lluvia más intensa.

En la pausa José aprovecha y enciende, no sin esfuerzo, un cigarrillo que saca del bolsillo frontal de su camisa. Ofrece extendiendo el brazo y abriendo la caja sugerentemente. Insiste sacudiendo el atado y ríe para sí. Da un par de pitadas en silencio y suelta el humo que se une al olor ahora pantanoso. Como si la quietud lo torturase comienza a desanudar las zarzamoras del alambre semicaído. Me detengo en sus manos que a duras penas se ven en la premura de la noche. Son anchas, curtidas y bellas. Podría decirse que esas manos jamás han temblado ni por un instante, pero que algún día, sin dudas, temblarán hasta sacudir la tierra misma. Con tantos callos de peladera su piel es

inmune a las espinas de esta planta trepadora e invasiva y la va quitando hasta dejar al alambre desnudo en su óxido. Toma un poste torcido, hinchado y podrido. Lo clava de vuelta en su misma tierra hasta que logra enderezarlo. Por un rato, otra vez, ese trozo agonizante de madera será nuevamente poste y luego rodrigón para zarzamoras y pasionarias. El gesto de José es delicado y firme, acomoda con determinación pero con paciencia los nudos metálicos que a duras penas sostendrán la estructura.

Con el cigarrillo en la boca y los ojos entornados usa sus manazas como pinzas, hace un ocho en el alambre y luego lo anuda en múltiples vueltas. Todo parece indicar que a pesar de su destreza la tarea es absurda. La acción es, no obstante, bella. Con resignación y cariño acomoda aquello que ya casi no funciona pero que es suyo. Ese es el gran gesto. La reparación precaria y dedicada de una estructura sobre la cual habría que replantearse su existencia, su necesidad, su utilidad. Repensar seriamente si destruirla es fatalmente necesario y luego volver a armarla corrigiendo sus múltiples errores, los iniciales y los que se deben al imperioso paso del tiempo. De tan evidente seguro no piensa que todo eso podría hacerse con gusto si tan solo se tuviesen los recursos y el tiempo entre tanta porca miseria y tanta urgencia de lo urgente.

Apaga el cigarrillo en el poste que sus manos han erguido nuevamente, marca con su dedo de forma ambigua un rumbo incomprensible en la negrura; murmura, lamenta no haber traído machete o tal vez lamenta otras cosas. Parece apurado, como si alguien nos siguiera. Me pregunta si tengo drama, pero sabe bien que yo no decido y que por otra parte ya no nos queda otra. Me acaricia el rostro y sonrío. Qué sonrisa hermosa, pienso. Vamos, dice y me ajusta la cincha del recado. De un sacudón me monta su cuerpazo correntino que se forjó bonaerense. Me afloja y rayamos en picada contra el agua. Y nos vamos, juntos, atravesando el juncal y algún ocaso, por el río.

El camino es Ezeiza

DIEGO ALBERTO SLAGTER

TRES ARROYOS

Aparece dibujado un recuerdo casi inmóvil, de esos que se clavan en la superficie de lo real para sostenerme en una historia que ya no me pertenece. Tenía ocho años y vivía en un pequeño campo, once hectáreas, a diez kilómetros de Tres Arroyos sobre la ruta provincial 228. Mi viejo se levantaba todas las mañanas a las cinco para escuchar en la radio el precio de los huevos de las gallinas ponedoras. Preparaba el mate —quiero creer— y lanzaba un insulto seco. Después se calzaba la boina y arrancaba el día. Esa escena se repetía a diario y lo que solo variaba era la salida del sol, más temprana o tardía, y las lluvias.

Mis hermanxs dormían y mi vieja acompañaba, a la par, las tareas de ese campo. Los chanchos, los pavos y una huerta; las siete hectáreas de trigo y las tres vacas lecheras. A media mañana, el desayuno con nata espesa, pan con manteca y azúcar. Al mediodía, la escuela. Vienen en ese recuerdo las zapatillas siempre sucias y al límite, cosa que nos distinguía por sobre el resto de mis compañerxs de aula. Ese límite era, sin lugar a dudas, un dolor inexpressivo de mi viejo.

Aparece también el momento en que mi viejo lloró por primera vez frente a mí. En el suelo, arrodillado, me explicó que ese año no vendrían los reyes magos y eso había que decírselo a mis hermanxs sin que se preocuparan. Que las gallinas no estaban poniendo huevos, supo decirme. Que era momento de irse a vivir al pueblo, que se había puesto peluda la cosa. Era mediados de los 90 y vi —puedo creer— cómo a mi viejo se le desprendía el último brillo de sus ojos celestes para siempre.

*

Después de arrastrarme en ese tiempo inicial y prematuro, voy a buscar la incomodidad. Voy a recoger todos los prejuicios, los apilaré sobre esta mesa ficticia que interpongo frente a ustedes, me soltaré el pelo para dejarlo caer sobre mis hombros y detendré parcialmente todas las réplicas de los últimos meses vinculadas a las exportaciones de granos, el toro campeón en la rural porteña, el desfile de analistas mediáticos que pretenden conocer el sistema reproductivo de una vaca y las frases finales de un ministro derrotado que busca privatizar el ADN de las semillas criollas. Voy a hacer un esfuerzo para despejar, ordenar y discriminar.

Entonces sí, me permito una disgregación y lanzo que eso a lo que llamamos “campo argentino” ha configurado, en principio, una representación falsa. Que en la pampa húmeda la soja y el glifosato son la postal de estos nuevos viejos tiempos. Que los silobolsas y las chatas y los mosquitos invadiendo el asfalto son la dolorosa caracterización de la desigualdad y la invasión, del desorden organizado y la violencia. De la contaminación y la incongruencia, de la desobediencia arbitraria y el malestar popular.

—El campo no es para nosotros —dijo mi viejo alguna vez—. Andá a estudiar y no te rompas el lomo haciendo algo que te va a hambrear.

Sí. Quiero decir que sí, que todo eso y más. Que todo eso y todo lo otro que subyace, que no se ve. Todo lo que ni siquiera pueden imaginarse los ciudadanos, los que se amuchan detrás de murallas tecnológicas y telenovelas mediáticas en los noticiosos que propalan una inevitable ignorancia programada.

Pienso que desde el sur de la provincia de Buenos Aires brota el trigo y la cebada que será pan a precio dólar y birra extranjera. Que será la extorsión para algunxs, el contado con liquidación para otrxs, la retención injusta para lxs de más acá, el eje central de los análisis macro políticos envueltos por una guerra a trece mil kilómetros de distancia. Pienso ahora mismo que hay que dejar de dar tantas vueltas, que vamos al grano de una vez.

*

Son las nueve de la mañana y la ciudad de Tres Arroyos se despertó gris. A media cuadra de aquí, hacia el sur, está la plaza San Martín con su fuente, su iglesia, su municipalidad y sus dos escuelas. El centro. En la esquina un pibe arrancó a limpiar los parabrisas desde temprano. Dice que viene del Chaco. Dice que pertenece al pueblo Wichí, que se crio en el monte, que supo levantar el algodón. Es el único que en toda la ciudad limpia parabrisas. Creer o reventar. La gente lo quiere y le tira unos mangos, siempre.

Con el paso cansado, desde el norte, se lo ve llegar a Luis. Alpargatas, bombacha de campo marrón clarito —caquí—, boina y tapaboca. Me saluda con un gesto y estira la mano.

La reunión estaba prevista para las diez pero el hombre argumenta que está despierto desde las cinco de la mañana, que ya no sabía qué hacer, que se tomó dos pavas de mates, que perdón pero ya estamos acá.

—Mire, don. Yo vengo por la recomendación de Pancho Santarén, usted lo conoce —arranca Luis—. Vengo porque quiero publicar mi historia, quiero que se conozca y que no se muera —sigue diciendo todo atolondrado y nervioso.

Lo invito a sentarse y le convidó un café que rechaza. Nunca se saca ese trapo casero que lleva delante de su boca. Pienso que no puedo terminar de conocerlo, que me falta una de sus mitades.

—Yo soy Luis Barrionuevo, soy payador. Quiero que se conozca esta historia porque siempre me han negado, siempre se han olvidado de mí. Y yo representé la bandera de este pueblo y de la Argentina con el canto del payador por todo el mundo. Usted quizás no conozca el campo, don. Pero sepa que lo que ahora le propongo es una forma de sembrar. Puede pensarlo así.

Cuando intento empezar a decir, me interrumpe. Veo que no se corresponde con una falta de respeto o con un monólogo jerárquico atribuible a cuestiones de edad o de competencia sobre la materia. Me interrumpe para convencerme, para que no le haga preguntas que quizás no sepa contestar, para que no lo niegue.

—Mire, don. Yo no terminé el cuarto grado pero sé escribir décimas. Y lo que escribo habla del campo. A mí no me lo van a contar porque yo lo

viví. Fui peón, fui puestero, fui jinete, fui esquilador y después animador de domas. Yo sé de qué le hablo, don. Usted me tiene que ayudar a contar la historia para que el payador no se muera —sentencia con una capacidad innegable para que de repente me sienta responsable de algo que desconozco.

*

Luis Barrionuevo tiene setenta y cinco años y tres accidentes cerebrovasculares. Mientras me cuenta sus hazañas en Chile e Isla Canarias manoteo el celular y lo *googleo*. Quiero creerle pero necesito algún tipo de corroboración, alguien que desde las intangibles sombras de las redes pueda certificar su existencia. Luis Barrionuevo entonces me dice que de joven fue jinete, que se le animó a todos los caballos menos a El Zorro, porque ese animal representa palabras mayores.

—Mi primer trabajo fue a los doce años, don. Fui a trabajar al campo de unos dinamarqueses que me trataron muy bien. Estaba solito y es verdad que a veces me daba miedo la noche, porque me dejaban ahí con unos perros que me cuidaban.

Le pregunto entonces si toda la vida trabajó en el campo, si ese es su principal oficio.

—Yo conozco todas las destrezas del campo, pero trabajé hasta los veinte de peón. Después se puso fiero la cosa, no había plata, no había nada. Llegué a pedir un pedazo de carne a los vecinos. En el campo siempre hay comida —señala el hombre, convencido—. Al tiempo me subí a una máquina y no me bajé por veinticuatro años. Usaba la retroexcavadora para la empresa que explotaba la cantera de yeso en Oriente, hasta que Fortabat compró los trenes. Yo creo que haberme chupado ese polvillo durante tantos años me provocó estos problemas del corazón que vengo arrastrando. Ahí perdimos el juego. Esta gente de Loma Negra traía el yeso gratis de Río Negro, llevaba en sus trenes la producción de la zona y venía con el yeso gratis de allá. Nosotros vendíamos bien, pero así son los negocios por acá, don.

Con el dedo índice pesco una nota en un diario local y lo veo, guitarra en mano, en una foto que se pixela ni bien la expando. Hago fuerza con la vista para encontrarle la boca en esa foto y observo, desorientado, que usa un bigote estilo Hitler. Ahora no puedo pensar en otra cosa.

Suelto el celular y le pregunto entonces dónde nació, qué es una décima, cuántos hijos tiene. Le pregunto alguna de las tres cosas que no recuerdo para quitar esa imagen de mí. Ahora no puedo desprenderme de su tapaboca. Quizás se le caiga de repente o empiece a creer que aquí no ronda ningún virus letal. No quiero ser inmaduro e irrespetuoso, pero sucede esto.

—Mire, don, quiero que el día del payador se conozca mi historia. Quiero que ese día podamos reunirnos en Micaela Cascallares con este libro que vamos a publicar. Yo nací en esos pagos y quiero que esta obra sea presentada el día del payador —dijo el hombre con vidrios multicolores brotándole de los ojos al mismo tiempo en que me entregaba una carpeta explotada de hojas escritas a mano, con fotos numeradas, ganchitos, comentarios, referencias, agradecimientos y poesía campera.

Hay que hacer un libro y es posible que sea ya una cuestión de vida o muerte.

*

El Día del Payador en Argentina se celebra el 23 de julio porque ese día de 1884 dicen que se desarrolló una histórica contienda llevada adelante entre el argentino Gabino Ezeiza y el uruguayo Juan de Nava, en la ciudad de Paysandú. Gabino era conocido como el “Negro” Ezeiza, por sus raíces afro. Nació en el barrio porteño de San Telmo el 3 de febrero de 1858 y vivió en Floresta hasta el día de su muerte, el 12 de octubre de 1916.

Por ese entonces, los afros constituían un núcleo importante en la población de Buenos Aires y se concentraban en los barrios de Balvanera, Montserrat, San Telmo y Catedral. La zona era llamada despectivamente como “El Mondongo”, debido a la cantidad de africanos y afrodescendientes que residían allí.

El cantante y compositor fue uno de los precursores de la payada. Empezó a darle cuerpo para luego profesionalizarla, introducir el contrapunto —la payada a dúo o duelo cantado— y pagar por milonga. —Yo sé que usted no me va a creer —arrimó Luis Barrionuevo—. Gabino fue el primer tanguero del Río de la Plata, porque el tango nació de la mano de los payadores. Es la raíz de nuestra cultura, lo leí en un libro —argumentó con sugestiva convicción.

Describen los registros nacionales que entre 1777 y 1812 entraron al puerto de Buenos Aires y Montevideo más de setecientos barcos, con 72 000 esclavos africanos. Es posible que en alguno de ellos haya viajado su sangre primera. Lo que sí es cierto es que Matilde, su madre, le regaló a los quince años la primera guitarra y que su padre, por esos años, murió en la tristemente célebre Guerra del Paraguay. El apellido que llevó consigo se desprende de la familia para quien trabajaba este buen hombre.

Con guitarra en mano y el apoyo de Pancho Luna, pulpero de San Telmo que le enseñó las destrezas en este arte, Gabino Ezeiza fue el iniciador y el mejor de todos los tiempos. Cuentan ciertas leyendas urbanas que en una oportunidad sostuvo una contienda durante tres noches con Nemesio Trejo. La inventiva de los dos artistas se mostró de tal magnitud que el público permaneció en el lugar para ver cómo se desarrollaba el encuentro.

— Cuenta la historia que cuando Yrigoyen asume su primera presidencia, el 12 de octubre de 1916, habló en un acto y dijo que estaba muy feliz por ser el primer presidente electo por el voto, pero muy apenado porque ese día había muerto uno de sus amigos más entrañables —subrayó Luis, para endulzar aún más al negro payador.

Gabino Ezeiza, demostrándoles quizás a los dioses de sus tierras primeras que la vida presenta revanchas enigmáticas, se enamoró perdidamente de Petronila Peñaloza, con quien se casó luego de estar encarcelado por apoyar el levantamiento radical de 1893. Criaron diez hijos. El bisabuelo de Petronila había sido el Chacho Peñaloza, popular caudillo riojano ferozmente mutilado en 1863. Su cabeza fue cortada y clavada en la punta de un poste en la plaza de Olta, en La Rioja.

Una de sus orejas presidió por mucho tiempo las reuniones de la clase «civilizada» de San Juan. Su esposa, Victoria Romero, fue obligada a barrer la plaza central sanjuanina, atada con cadenas. Ese hombre había sido uno de los últimos líderes que se alzaron frente al centralismo de Buenos Aires bajo el lema: “Naidés, más que naidés, y menos que naidés”.

*

Toda esta historia del campo y los gauchos y las payadas me estaban aturdiendo los días. Era evidente que ese pasado penetrante que había resuelto ciertas decisiones sobre mí ahora volvía para preguntarme, para obligarme a construir una posición clara sobre este universo.

Una tarde de hace mil años se murió una vaca lechera frente a la ventana de mi habitación. Saltó el alambrado y se echó. Nunca tuvimos un caballo y mi viejo, cuando iba a buscarla para su ordeño, me subía sobre ella. Yo tenía nueve años.

—El animal vino a despedirse y yo voy a ayudarlo para que no sufra —me dijo ante mi llanto desconsolado—. Era una buena vaca lechera y fue mi único animal de monta.

*

Cuatro semanas después de aquel primer encuentro, Luis Barrionuevo volvió a visitarme. Ya había recibido al menos una docena de llamadas en las que se percibía entusiasmo y cierta desconfianza. Un cóctel explosivo para un hombre que no quería perder el tiempo.

—Mire, don... Yo sé que vamos a tener el libro terminado, porque yo le confío. Pero quiero que sepa que hay mucha gente esperando este material, me están llamando de Comodoro Rivadavia, de Córdoba, de Coronel Dorrego, de Pringles. Toda la gauchada está queriendo saber cuándo sale el libro. Martita Suint está muy contenta con este trabajo. Me llamó hace unos días, dice que está preparando un espectáculo para

la capital y después viaja al Uruguay. Ella es una mujer fuerte que lleva el canto del payador por todos lados.

Esta vez había vuelto con su tapaboca y una boina roja, pañuelo al cuello y camisa a cuadros. Contó que la vida del payador es muy sacrificada, que logró levantar en los buenos tiempos el Monumento al Payador y que supo crear la primera escuela de payadores de la Argentina. Pero que unos malandrines se la reventaron. Ingresaron y la desvalijaron, la prendieron fuego.

Contó también que en unos de sus viajes conoció al gran trovador cubano Jesús Orta Ruíz, el famoso “Indio Naborí”, quien le prometió un encuentro privado con Fidel Castro.

—Usted se imagina, don. Yo estaba muy feliz. Ese hubiera sido uno de los días más importantes de mi vida. Por cuestiones personales no pude viajar a Cuba, me quedó pendiente ese encuentro. Parece que a Fidel le gustaban mucho los trovadores. Yo quería que conociera nuestra forma de pagar. Yo quería llevar nuestra bandera y nuestra poesía para saludar a ese gran hombre.

Luis Barrionuevo no dejaba de sorprenderme. Era un enigma, un hombre convencido y sin filtros que me hacía repensar la esencia misma del gaucho del siglo XXI.

—Lo que ocurre, don... Lo que ocurre es que al campo le están metiendo mucho veneno, vio. Y la gente ya no vive ahí, ya se fueron todos para el pueblo. Pero que a mí no me la vengan a contar, porque yo conozco ese campo de sol a sol, trabajando la tierra. Ahora ya es otra cosa, don —supo decirme sin conocerme.

Unas cuantas verdades traían sus palabras porque es indudable que el modelo productivo que actualmente se desarrolla en estas partes del mundo no fue siempre así. El famoso paquete tecnológico incorporado al modelo agroexportador a mediados de la década del 90 profundizó la utilización de venenos en la producción de la materia prima que no es comida, generó un revalúo de las tierras sin precedente y potenció la concentración de la propiedad en muy pocas manos. Esos engranajes estuvieron ciertamente muy bien aceitados por la chorrera de decretos ejecutados por Domingo Cavallo en el menemato, avalados por el

ministro de Agricultura de ese entonces, por los bancos, los jueces, los pooles de siembra. Un verdadero desfile de hombres y mujeres que nunca sembraron una papa habían delineado y puesto en marcha una formidable estrategia para desdibujar el paisaje del campo argentino en apenas cinco años.

Posiblemente Luis y otros tantos hablaban y hablan del campo desde ese último registro. De esos momentos en que los chacareros sembraban y cosechaban sin la necesidad de incorporar hasta catorce productos más o menos nocivos en los actuales trigales. De los tiempos en que se promovía la rotación del cultivo, en donde se combinaban las actividades pecuarias y el caballo era amo y señor del horizonte. Aquellos y estos tiempos, es necesario destacarlo, con peonada respetuosa y generalmente sin aportes previsionales, esclavizada.

Un hilo visible entonces podía unir a Gabino Ezeiza y Luis Barrionuevo. Esas resistencias ancladas en un tiempo cristalizado y roto. La payada de fondo como el canto de protesta, como la reivindicación del criollo en su tierra, como la reafirmación de una pertenencia esquiva. Los dolores y las injusticias, los manejos arbitrarios y el patrón con la autoridad de caudillo en su propiedad privada.

Amar y respetar al patrón por sobre todas las cosas porque es el que sabe y desdeñarlo hasta la muerte si no reconoce el trabajo, si no palmea el hombro del gaucho sacrificado. Solo basta su existencia para reconocernos, pensará Luis Barrionuevo a veces. Pero como un germen latente, también sabrá muy bien que sin peones explotados no habrá nunca un patrón dueño de las pampas húmedas. En ese equilibrio se mecen las décimas de estos payadores sin tiempo.

*

Micaela Cascallares fue la madre de Máximo Paz, un hacendado que ejerció el cargo de gobernador de la provincia de Buenos Aires entre 1887 y 1890. Era, además, el primo del genocida y también presidente argentino Julio A. Roca. La candidatura a gobernador fue promovida por su primo, contra la candidatura oficialista de Nicolás Achával.

Fue un premio de Roca por tres traiciones que habría perpetrado Paz: a los revolucionarios del 80, a un proyecto revolucionario del entonces gobernador Dardo Rocha contra el presidente Roca y a la elección de diputados nacionales rochistas en las elecciones de 1886.

El 25 de noviembre de 1887, el gobierno provincial promulgó una ley que fomentaba la creación de centros agrícolas, es decir, pueblos que nuclearan colonias de productores con la finalidad de incrementar la producción agrícola y el arraigo en tierras productivas. Poco antes de asumir su mandato había fallecido su madre y el gobernador nombró uno de estos centros con su nombre.

Esas casualidades de la vida hacen que, por ejemplo, por esos años un negro afroporteño y payador estuviese preso por el levantamiento en contra de estos conservadores y que el fundador de la ciudad de Tres Arroyos haya sido, justamente, el masón Dardo Rocha. Esos guiños a la historia también nos permitían ahora, de la mano de Luis Barrionuevo, elevar una bandera con el rostro de ese negro en estas tierras.

*

Otro dato no menor vinculado al pueblo de Micaela Cascallares ocurrió hace más de cien años. Como cuenta el abogado y escritor Guillermo Torremare, actual presidente de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH), en el libro *La matanza de los braceros*, en diciembre de 1919 la tensión en la peonada había estallado.

A comienzos del siglo XX en los campos de la zona de Tres Arroyos vivían alrededor de once mil personas, según el censo de 1914. Un tercio del total de habitantes del partido trabajaban en las explotaciones agropecuarias. Eran muchos, pero insuficientes para el tiempo de la cosecha, por lo que se multiplicaban a mediados de diciembre. Torremare cuenta que: “La composición de estos obreros rurales era diversa. La pampa húmeda recibía a medio millón de trabajadores golondrina anualmente, provenientes de distintos puntos del país, otros del sur de Europa y, en esta zona, muchos de Siria. Esos días, los hoteluchos y pensiones ubicados cerca de la estación ferroviaria se colmaban con

más de dos mil trabajadores que esperaban ser contactados para el trabajo”.

En el número 185 de la revista *Todo es Historia* (de octubre de 1982), se dice que ya en 1901 el doctor Juan B. Justo daba a conocer las observaciones que había hecho sobre las condiciones en las tareas de la recolección de las cosechas: “En la trilla y desgranado de maíz, no hay techo alguno para los hombres que en número de doce a treinta ocupan una máquina, ni siquiera tiendas de campaña. Ni hay que pensar tampoco en un sitio decente para comer, ni en un baño para los hombres empleados en tan sucios trabajos; esquiladores o trilladores, echados en el suelo o en cuclillas, comen con los dedos sucios su galleta y su carne. En pleno verano, trabajan semanas enteras sin tener tiempo ni medios para bañarse. Al fin del otoño, cuando las noches son ya húmedas y frías, se hace la cosecha de maíz. Hombres, mujeres y niños, familias enteras, salen a ocuparse de ese trabajo. ¿Qué alojamiento se les ofrece? Muchos tienen que dormir en el campo, sin más techo que un ligero reparo que ellos mismos construyen con la chala y con los tallos de maíz”.

A principios de diciembre de 1919, los ánimos estaban caldeados entre quienes llegaron a recoger la cosecha fina. Habían pasado casi veinte años del crudo relato de Juan B. Justo y las cosas no habían cambiado tanto. Pero esta vez, muchos venían de participar de las asambleas de la Unión de Trabajadores Agrícolas –adherida a la Federación Obrera Regional Argentina (FORA)– donde se había discutido acerca de la necesidad de implantar convenios de trabajo. Allí se había aprobado un pliego de condiciones para trabajar el campo, que incluía mejoras para todos los trabajadores, tanto temporarios como mensuales. La Unión Agraria rechazó la demanda, lo que motivó la declaración de huelga con piquetes que se presentaban en distintas estancias, frenando la cosecha.

El diario *El Debate* expresó en sus páginas que mientras eran conducidos a Bahía Blanca los doscientos braceros detenidos en Micaela Cascallares por la huelga, después de sufrir el suplicio impuesto por el juez bahiense Ernesto Núñez Monasterio, fallecieron en el tren de veinticinco a treinta sujetos, que fueron arrojados al camino. Al juez le llegó

el periódico y entendió que la nota del día 19 de diciembre, que se publicó bajo el título de El salvajismo en acción, era un artículo que “hacía apología de los hechos delictuosos ocurridos en la Estación Cascallares, que eran de pública notoriedad y que se formularon injuriosas apreciaciones respecto de la forma en que el infrascripto ejerció su ministerio”. Por ello ordenó la detención de Leonardo B. Halkett y F. A. Irurozqui Garro, director y jefe de Redacción del medio. Recuperaron su libertad pasados unos días y Halkett sería posteriormente un pionero de las empresas de micros regionales.

Este conflicto se superó mediante un acuerdo entre la Unión Agraria y la Unión de Trabajadores Agrícolas que, entre otras mejoras, reconoció a los braceros la reducción de la jornada de labor a “solo” diez horas diarias y con mejor alimentación: a las 7 fiambre, mate cocido y galleta; a las 11:30 puchero abundante, sopa, galleta y medio litro de vino por persona; a las 15 mate cocido y galleta; para la cena estofado y guiso, sopa, galleta y medio litro de vino. Un almuerzo “grande” y otro “chico”, en tanto durante todo el día se suministraría a los trabajadores agua fresca y limpia.

Había sido este un logro significativo para las demandas de esa época en esta parte del mundo. Las mejoras en los horarios laborales y la comida se percibieron claramente. El salario no sufrió la misma suerte, ya que la suma acordada de ocho pesos diarios significó solo tres pesos por encima de lo que venían ganando y siete por debajo de lo que se reclamaba originalmente.

En la actualidad Micaela Cascallares mantiene un censo estable, resiste las adversidades de la fuga citadina. Son, más o menos, 527 habitantes. En su mejor momento llegó a contar con más de 1200 habitantes permanentes, producto de la construcción del famoso ramal del ferrocarril Bahía Blanca-Tres Arroyos. Es un pueblo que ha sabido reconfigurarse y que ahora cobija gran parte de su producción agrícola en una cooperativa de trabajo que es un emblema en la zona. Cada cincuenta metros, en cada esquina, en los edificios modernos y en las viejas estructuras, aparecen los dos pinitos que simbolizan el cooperativismo y representan la presencia innegable de esta gente de trabajo.

*

A los doce años mi viejo me permitió administrar ciento cincuenta gallinas ponedoras que no ponían huevos. Las bajé de la jaula y las llevé a un galpón. Juntaba pasto y bichos para cambiar su alimentación y las buenas aves decidieron volver a entregar sus frutos. Tres semanas más tarde vendía los huevos en el barrio de mi abuela, cuando andábamos por el pueblo. Este emprendimiento se sumaba al de las lombrices californianas que llevaba a un par de casas de pesca. En ese tiempo creía ciegamente que producir alimento sano sería un negocio redondo. La primera compra grande con mis ingresos fue un buzo verde que mi viejo usaba en las fiestas y los cumpleaños. Veinticinco años después, ese buzo es ahora el pijama de este hombre de ojos celestes que duerme la siesta.

*

El 23 de julio estaban los libros apilados, terminados. La ceremonia se desarrollaría en el centro cultural de la delegación municipal. Llegué una hora antes y el delegado Oscar González con su nieto eran los anfitriones. El pueblo parecía dormido y me sentí extranjero. El hombre se presentó formalmente y estrechó su mano con fuerza ruda, apretón campero. La sacudió dos veces con firmeza y sin quitar su mirada penetrante para luego preguntar:

—¿Primera vez por estos pagos?

Asentí con la misma formalidad y pregunté por Luis, sabiendo que aún no había llegado.

El nieto de unos diez o doce años se mantenía dos pasos detrás. Miraba con alegría y ganas de hablar, pero no hablaba. Vestía una boina gris, bombacha de campo y alpargatas. Hacía un frío especial para el uso de ese calzado, pensé. El delegado también hizo un esfuerzo para empatizar, se lo veía contrariado.

—¿Así que usted le ayudó a Luis a terminar el libro? —consultó sin muchos preámbulos.

Le respondí sin aclaraciones innecesarias y le dije que sería bueno verlo al payador del pueblo con guitarra esta noche.

—Seguro que sí, hoy alguna sorpresa nos va a traer. Pero guitarreo es mi nieto —siguió diciendo para estirar el diálogo—. Viaja a Tres Arroyos para aprender el oficio. El problema es que ahora se le dio por aprender la guitarra eléctrica. Vamos a ver qué sale de eso, no sé por qué. Sí tiene una Antigua Casa Núñez que le regalé —confesó el buen hombre con cierta desazón.

El pequeño gauchito me miró y sonrió con entusiasmo y dijo que sí, que la guitarra que le había regalado el abuelo era especial pero también quería aprender otras cosas.

Cuando el diálogo ya no daba para más, cuando quise decirle que también había vivido en el campo para ganarme sus respetos, apareció Luis Barrionuevo manejando una camioneta. Con todos sus años y sus machaques, el hombre seguía firme delante del volante. Bajó raudamente y sin barbijo me dio el primer abrazo de nuestras vidas. Me preguntó por el libro y le dije que sí, que estaba ya todo preparado. Se quedó más tranquilo y destacó:

—Hoy me vine con estas botas blancas que son de cuero de chanco, especialmente hechas para mí.

El payador de este terruño había elegido sus mejores pilchas para la ocasión: bombacha de campo gris con tres tiras, camisa negra y chaleco al tono, pañuelo bordo, sombrero negro y poncho marrón con su guarda pampa en gris clarito. No tengo recuerdo alguno de haber visto jamás con esas ropas a mi viejo, esa no era la ropa de campo para mí.

—Hoy voy a cantar unas rancheras, don. Y voy a pagar con la nueva promesa del canto nuestro, con el gran Fausto López Bastián. Y vamos a tomar un vino también, así nos conocemos mejor —sonrió Barrionuevo sabiendo que había logrado su objetivo.

La sala se llenó de gente de campo. Todos presentes para celebrar el encuentro, para reconocer al hijo poeta que había llevado durante cuarenta y seis años el nombre de Micaela Cascallares a todo el mundo.

Guitarra en mano, don Luis Barrionuevo se llevó los aplausos iniciales cuando arrancó sus décimas:

Yo voy a arrancar primero
porque me siento local
con un saludo cordial
afirmado a mi madero.
Saben que yo soy sincero
y déjenme que le aclare
estando en estos lugares
como ven me hago presente
para abrazar a esta gente
del pago de Cascallares.

El joven López Bastián, que se había apostado a su derecha con una guitarra igualmente imponente, vestía bombacha gris entallada, una camisa celeste, pañuelo rojo al cuello y boina negra.

El mozo de apenas veintiocho años comenzó a destacarse en las artes de la payada desde hace ya un buen tiempo. Cuando era chico vivió las jineteadas con su familia y ya en La Plata, cursando sus estudios de Agronomía, vio floreando al gran Manuel Gaboto. Supo decir sin muchos preámbulos: “me voló la cabeza cómo improvisaba y le empecé a prestar atención a él”. Le mandó un mail y se anotó en el único taller de payadores que se estaba dando en la provincia de Buenos Aires por ese entonces. Apenas tenía dieciocho años y el primer destierro forzado.

López Bastián debía enfrentar al viejo poeta, era ese su lugar en la noche. Había estado dando vueltas durante toda la tarde. Saludaba, afinaba el instrumento, aplaudía, estaba nervioso. A su turno miró al maestro con cariño y admiración para retrucar:

Y atrás el negro Gabino
que va cruzando fronteras
está vivo en la bandera
del payador argentino
y aquí su pueblo nativo
que siempre le tuvo fe.
Y recién que lo observé

claro que a Luis lo he notado
que tiene el cuerpo sentado
pero el corazón de pie.

Estaban los paisanos y las paisanas con sus yuntas y escarapelas. Se intercambiaban cálidos y fornidos apretones de manos y comentarios suaves sobre el tiempo y la lluvia. Pensé por un instante que se mezclaba ahí quizás la reserva de peones que aún subsistía junto con algún hacendado, con algún dueño de los grandes. Pensé que allí podía haber historias secretas de traiciones y estafas, de tratos y acuerdos firmados a sola palabra que no se cumplieron por esos designios inconclusos de la vida. Pero que a pesar de ello, el pueblo se juntaba y se empilchaba y se rendía a las payadas de su viejo poeta que volvía para agradecer.

*

Durante mucho tiempo, cuando pasábamos en familia por la ruta provincial 228, mi viejo giraba levemente su mirada para ver el campo, las once hectáreas. Eran los viajes en los que íbamos y regresábamos de las vacaciones en las playas de Necochea o Claromecó. Habíamos empezado a tener una semana de playa una vez que nos fuimos a vivir al pueblo.

Siempre sus ojos celestes se clavaban en ese pedazo de tierra. Era un recorrido silencioso, nadie en el auto hablaba. Una especie de ritual, envuelto en un mutismo propio de los cementerios. Posiblemente él volvía a verse allí con sus hermanxs, que ya estaban bien lejos. Quizás se le empañaba la vista con la silueta de su madre, arrastrando detrás de los surcos los dolores de su historia. O recordaba la estricta perseverancia de su padre, abuelo que no conocí.

En una de esas procesiones notó que había movimiento en la que fue nuestra casa. Se veían de lejos dos mosquitos estacionados y faltaba el molino. Tampoco estaban la antena y un árbol que él había plantado cuando nació mi hermana.

—El año que viene terminás la secundaria —dijo secamente, volteando su existencia sobre mí—. Con tu madre hicimos unos ahorros para que puedas viajar, para que te vayas a Europa una temporada a trabajar. Allá están tus primos, podés conocer las raíces. Todos los que se tomaron el avión les fue muy bien.

—Yo soy de acá —le respondí sin pensarlo—. Prefiero estudiar, si no les parece mal. Periodismo creo que puede ser.

—El campo es una mierda —me respondió desde otro plano—. Y como periodista, sabiendo cómo sos, te vas a cagar de hambre. Pero hacé lo que quieras, siempre hay tiempo.

*

Tres días después de la presentación oficial de su libro en Micaela Cascallares primero y en la ciudad de Tres Arroyos después, volví a reunirme con Luis. Eran la diez de la mañana y el sol se filtraba por todos lados. No hacía calor pero era una mañana desencajada de su estación. Podía parecerse a un día fresco de enero o un día veraniego de agosto.

El flamante escritor llegaba entusiasmado, con ganas de contar todo. Vestía su barbijo y me dio la mano, secamente. Como antes, como si acaso un lapsus nos hubiera atravesado el pecho y volvíamos al principio. Pero esta vez me nombró, usó todas las letras que conforman mi persona.

Y entre las historias que hoy traía supo decirme que su hija rompió en llanto cuando lo fue a visitar. Que ahora la vara era aún más alta para todo su linaje, el padre había escrito un libro y eso era importante. Luis me lo contó hasta que se quebró.

—Si usted llora, también yo voy a llorar —le dije con todo, fuerte, mirándolo a los ojos.

—Es que usted no sabe lo que significa esto para mí —deslizó con suavidad.

Para interrumpir el melodrama le ofrecí el café novecientos de nuestra relación, que rechazó amablemente, y lo apuré, le pedí que contara más.

—Estoy muy preocupado —dijo después de sentarse—. Vengo escuchando en la radio que han hablado malamente de Gabino Ezeiza. Y esos errores históricos se pagan caro, ya lo sabemos. Resulta que andan diciendo con mucha soltura que Gabino ganó una payada en Paisandú y que esa es la fecha en la que se conmemora nuestro día, pero no fue así, don. Fue el 25 de julio de 1884, en una cancha de pelota en la calle San José de Montevideo, cuando nuestro Gabino se enfrentó y venció a Juan de Navas frente a más de trescientas personas. El presidente uruguayo de ese entonces, Máximo Santos, participó del espectáculo en primera fila. La contienda fue una de las primeras en las que el público con sus aplausos dictaminó al ganador. El presidente de la república hermana se levantó de su silla y se la cedió a Gabino, dejando en claro quién era el dueño innegable de esa noche histórica.

—No entiendo por qué harían una cosa así —le repuse al payador para que siga largando prenda.

—Esto es todo política, don. En esos tiempos el payador no era muy bien visto, vio. Y solo podían presentarse en los circos y en los comités radicales. Tengo una foto en la que Gabino usa una boina blanca, no lo podría creer usted. Antes, mucho antes allá por España, los payadores eran los periodistas orales, ¿sabe? Iban de pueblo en pueblo contando lo que veían en sus viajes, lo que hacían los vecinos. La historia se contaba de esta manera.

Luis Barrionuevo había dicho en ese momento que la historia se contaba en décima, con rima, con poesía. Y me quedé pensando entonces qué contaría la historia de este buen hombre. Convencido, cuarto grado de primaria, tres accidentes cerebrovasculares, una décima permanente y el floreo a los jinetes que se desprendían del palenque para llevarse el amor eterno de sus espectadorxs.

También pensé en la relación abstracta entre este señor que llegó de los infinitos mundos de la payada para arrastrarme a los ojos de mi viejo, para que de alguna manera ahora pueda verlo distinto. Para quitarme ese prejuicio injusto, infantil, en el que lo hacía responsable por haber perdido el campo, esas once hectáreas al sur de la provincia de Buenos Aires.

—¿Y usted qué cree del campo? —le consulté al viejo poeta para sacarme una espina.

—¿Qué creo de qué? —contestó mirándome con sospecha.

—No sé —le respondí sin lograr encontrar las palabras correctas—. Vio que el campo ya no es lo mismo que antes...

—Yo creo que para charlar de esto tenemos que tomarnos un vino, pero un vino de enserio. Lo que puedo decirle es que están quemando la tierra, si eso me está preguntando. Pobre la tierra que le cuesta tanto dar alimento bueno. Más antes todos comíamos sano, vio. Pero también creo que el camino es Ezeiza, el camino tiene que ser Ezeiza. Ese negro vino de las cadenas y se liberó con el canto, con la payada. Hay que luchar con la palabra y la poesía, no hay de otra.

La vida es buena

ANA CARROZZO

LA PLATA

Es martes 11 de marzo de 2019. El hombre, sesenta y nueve años, cabello ceniza reluciente, la piel tostada, camisa desabrochada, una pequeña ala plateada pendiendo de su cuello, saco rojo, pantalón blanco ceñido y zapatos marrones en punta, recorre el pasillo de un teatro. Los celulares lo filman mientras canta y saluda con la mano. Llega al escenario junto con el estribillo de su primera gran canción, *Te llamo para despedirme*, y pide al público que cante junto con él. Y el público, que tiene años de entrenamiento, canta: *¿Por qué?, ¿por qué? / No sé por qué, estoy yo aquí...*

Después, de inmediato, el teatro estalla en un grito mudo. La voz del hombre se pierde camino abajo mientras cae al foso de orquesta, sin orquesta, a tres metros de profundidad, ubicado sin señalización justo a la izquierda del pasillo delantero del escenario. Durante los siguientes meses, que serán más de catorce entre cirugías, traslados y partes médicos, toda su gente, los amigos, la familia, su pueblo, los pueblos se preguntarán —cantarán— por qué.

No habrá respuestas. Apenas un silencio oscuro, hueco.

*

Su abuelo tocaba el acordeón, los tíos la guitarra, y uno de ellos y su madre cantaban. Su familia interpretaba música en alemán y ranchera, género que llegaba al pueblo a través de las películas mexicanas. Sin embargo, Héctor Omar Hoffman aprendió a tocar la guitarra con un viajero de Salta que pasó por su pueblo, para luego formar con su

hermano un conjunto de folklore al que sumaron, en guitarra, a su amigo el Negro Ruíz.

—Fuimos bastante independientes, bastante libres en la elección del repertorio, en lo que queríamos hacer. Mi papá se sumó a nosotros para ayudarnos, yo quería cantar con mi hermano y no tenía ningún instrumento. Entonces me hizo un bombo de amianto. ¿Alguien se imagina un bombo de amianto? Toqué la primera chacarera. El amianto se hundió todo.

El abuelo de Ruíz tenía una antigua guitarra de gaucho guardada en un galpón y su amigo se la ofreció con la idea de que su padre la restaurase. “Yo le traje esa cosa a papá, era toda una cosa descalabrada, toda rota, el mango quebrado, era tan antigua que tenía clavijas de madera como los violines, y mi viejo la reconstruyó”, cuenta en *Encuentro en el estudio* y sonrío, mientras se pellizca el dedo índice con los dientes. “Y yo la esperaba y la esperaba. Por ahí estabas tocando y saltaba. Ese fue el primer instrumento que tuve. Lo que pasó también fue que el viejo Ruíz me la pidió de nuevo: ‘no, esa guitarra es mía’”.

—¿Y vos tenías en mente que estabas para esto o todavía tenías otros sueños? —pregunta el conductor del programa, Lalo Mir.

—Yo soñaba con cantar, sí, yo no sabía si realmente tenía las posibilidades, pero yo veía que en los pueblos nos iba muy bien con el conjunto y que yo tenía mucha aceptación con las chicas, yo sentí que podía ser, qué sé yo... era más un sueño que otra cosa, en realidad lo que yo cantaba mejor para mí era folklore, no la música pop, yo cantaba mucho mejor lo que había aprendido de chico, que era el folklore.

*

En un comentario de YouTube, hace dos años, Manu Soria escribió: “Qué buen tipo que era Sergio Denis. Nunca se le subió la fama a la cabeza, era un hombre humilde, sencillo, verdaderamente un ejemplo”.

*

¿Se imaginaría que iba a ser el primer artista popular argentino en presentarse junto a una orquesta en el Teatro Ópera, que con su disco *Afectos* iba a vender más de 450 000 copias, que compartiría escenario con figuras como Sandro, Mercedes Sosa, Peteco Carabajal, que participaría de obras de teatro como *Supermacho* y *Brillantísima*, que en 1974 compondría *Vive* —y esta sería reapropiada por religiosos de todo el mundo—, que en 1977 la productora Phonogram (Philips) lo promocionaría como la primera figura de la canción argentina, que *Te quiero tanto*, desde 1997, sería revertionada por hinchadas de fútbol de todo el mundo, que participaría de las funciones de teatro del programa de Cris Morena, *Jugate conmigo*, que actuaría en una película de Ariel Winograd, que recibiría el premio Prensario al mejor solista masculino en 1980, el Billboard en español al mejor baladista nacional masculino en 1981, el SADAIC a los grandes intérpretes en 1988, el ACE de Oro en 1992 y el Estrella de Mar en 1993, y que una plaza de su pueblo llevaría su nombre?

*

Las corrientes de la estirpe Hoffman-Fenzel son dos: la materna, española, y la paterna, alemana del Volga, de la zona del río Volga en Rusia, donde se instalaron numerosas familias de Alemania hacia finales del siglo dieciocho, con una abuela que emigró a Argentina a fines de 1880, en pleno fomento de la inmigración europea. Una parte de estas familias alemanas del Volga se instalaron en Coronel Suárez, un pueblo del centro-sur de la provincia de Buenos Aires, y allí dieron forma a tres colonias —Santa Trinidad, San José y Santa María—, donde nacería, en este caso, el resto de la familia Hoffman, que luego devendría Hoffman-Fenzel.

Héctor Omar Hoffman —primero Negrito, Negro, y después y para siempre, Sergio Denis—, hijo de Feliciano Hoffman, carpintero, y María Esther Fenzel, ama de casa, nació el 16 de marzo de 1949 en Coronel Suárez.

—¿Por qué le decimos Negro? —cuenta un amigo de la infancia, Carlos Lastra, en un homenaje que le rinde el programa *Vivo en Argentina* desde su pueblo en 2012—. Porque cuando Techa, su madre, se lo fue a mostrar a la bisabuela del Negro, la abuela Ana María le dijo “es un *schwarz*”. *Schwarz* quiere decir negro en alemán. Y de ahí le quedó el Negrito, como le decía la Techa, que después fue el Negro Hoffman.

Durante sus primeros seis años de vida, como familia de cinco —padre, madre, dos niños y una niña—, vivieron en una casa dividida en dos —cocina, baño y una habitación amplia de uso común— donde, en la parte contigua, vivía otra familia.

—Vivíamos en una casa alquilada, junto con un camionero. La casa estaba separada por un tabique de chapa dura, me acuerdo, y de ese lado vivía la familia del camionero, Viedma de apellido, y nosotros de este lado —dice Sergio Denis en 2012 a la conductora del programa *Luisa Delfino escucha*, que sonríe, abstraída—. La casa era de un hombre que yo menciono en mis canciones, porque yo siempre sentí que tenía una profunda relación con mi decisión de ser cantante. Él era músico, tocaba muy lindo el violín, era pintor de paredes y pintor de alma, pintaba lindísimos cuadros, lindísimas pinturas, trabajaba con acuarelas. Se llamaba Salvador Gangone.

Por la simpleza de mi gente, canción de 1972, dice: “Podría contar tantas cosas del pueblo donde nací/ de la simpleza de mi gente/ (...) y mi primera guitarra/ y Salvador Gangone tocando su violín/ y mi amor eterno por la profesora de matemáticas/ y yo siempre buscando el camino”.

Denis, con una mano se remueve el pelo, después acomoda el cuello de su camisa y por último, apoyado sobre una pierna, encuentra su pie derecho, ata y desata el moño de los cordones pequeños de sus zapatos de cuero calados.

—¿Y el carácter de tu padre?

—Muy callado, para mí es un hombre muy sabio el viejo. Es un hombre que sufrió mucho y nunca se quejó de nada. Él trabajó y nos dio un hermoso ejemplo, el viejo nos ha dado un ejemplo muy lindo de amor al trabajo, de mucha dedicación.

Más adelante, cuando la conductora le pregunta si cree que la gente del pueblo ha cambiado y si acaso tenían, cuando él creció, una idea distinta de lealtad o de ética, él contesta que por aquel entonces muchas palabras se desconocían. Una forma de decir que los dramas existían, solo que todavía no habían sido nombrados. La depresión, por ejemplo. “Vos podías estar un poco triste, pero tenías casi la obligación de salir adelante, las cosas no te podían esperar, ¿no? Es mi sensación. Yo los veía a los viejos con problemas, a veces uno no entendía, pero sentía que había problemas en la casa, que no había laburo, que no había dinero. Ayer casualmente me acordé porque pasé por una librería y estaba llena de gente, de chicos, madres y maestros, y yo me acordaba que siempre había un poco de incomodidad en la casa de mis viejos cuando llegaba el momento del inicio de clase por el tema de comprar libros, porque era muy difícil, no se llegaba nunca. Siempre recuerdo eso como que uno no quería traer problemas y lo que por ahí te daban anotado para llevar al colegio era demasiado y no había ninguna posibilidad, entonces nos arreglábamos con lo que había. Algún vecino nos prestaba un manual de otro tiempo y más o menos zafábamos”.

Nunca olvida, dice, cuando a un escritor le preguntaron qué era para él la felicidad, a lo que el hombre respondió: “el olor a torta caliente”. “Y yo recuerdo la cocina Istilart, digo esa marca porque eran unas cocinas de hierro que se hacían ahí cerca en Tres Arroyos, y que en casa, gracias a Dios, por el tema de la carpintería siempre había leña, entonces el calor de esa cocina, el calor de hogar de esa casa fue lo más hermoso que yo tuve”.

*

En 1968 formaron el grupo Los Jockers, con quienes tocaron en Coronel Suárez y pueblos de la zona. El año siguiente, un amigo de su padre, dueño de un hotel en Buenos Aires, lo puso en contacto con Arturo Gómez Ferrand, un productor musical que solía hospedarse en el hotel. Cuando se conocieron, el hombre, conforme, le dijo “le vas a gustar a las chicas”, a lo que Héctor Omar Hoffman, con diecinueve

años, sonriente y dispuesto, respondió: “¿quiere que le cante?”. Pero no hizo falta, Gómez Ferrand negó con la cabeza y dijo: “no, no, ya me dijeron que cantás bastante bien”. Volvió al pueblo y esperó unos meses. Luego comenzó a trabajar en Repuestos el vencedor, una casa de artículos para automóviles. Esperó.

Y esperó, hasta que pasaron dos años sin tener novedades. Entonces decidió grabar una canción con un amigo que tocaba el piano y cayendo marzo regresó a Buenos Aires con la cinta y la idea de reencontrarse con Gómez Ferrand. Ahora con veintiún años, Héctor Omar Hoffman hacía el mismo esfuerzo que aquella primera vez por ubicarse en la ciudad —lo que él llamaba “un monstruo”—. Lo contó en *Luisa Delfino escucha*: “No me animaba ni a parar el colectivo, había que tirar de un hilo; lo voy a hacer mal, decía yo, me van a echar. Venía con un miedo que me moría”.

Pero pudo. Dio una prueba en Paso del Rey, zona oeste de Buenos Aires, y fue elegido para formar parte de un grupo de cinco, Los Bambis, con quienes grabó el álbum *Los Bambis también cantan* y permaneció hasta diciembre. Durante ese año, vivió en la casa del baterista, Daniel Perruelo, después abandonó el conjunto y se mudó a una pensión en La Reja.

—Vinieron mis viejos a verme una vez acá, ese momento fue lindo, los esperé en Constitución [...], yo estaba viviendo en Paso del Rey. Estuvieron un día y medio y se volvieron porque papá tenía que trabajar. Y después de eso, sobre fin de ese año, dejé el conjunto y me fui a una pensión en La Reja. De ahí me tuve que escapar por la ventana porque no podía pagarla, y como la señora que me alquilaba la pieza en la pensión era una mujer amorosa, le dejé un montón de ropa mía en cambio, una frazada que me había traído de mi pueblo y una carta pidiéndole disculpas. Me vine al centro y a los pocos días alguien me ayudó un poco y pude alquilar una pieza en un hotel en Talcahuano y Mitre.

—Tengo recuerdos de ese lugar que eran lindísimos. Mucha gente sola hay en Buenos Aires y [la ciudad] sabe lo que necesita una persona cuando no está en su lugar, ¿no?

—¿Y te acordás de algunos nombres?

—Marga, una mujer que fue fantástica conmigo [...], una señora grande, más grande que yo. Tenía una ternura esa mujer. Y yo siempre recuerdo que a la noche en ese tiempo no había ni para el sangüich y yo dejaba abierta la puerta de la pieza porque qué me iban a robar... ¡nada! Lo único que tenía era mi trajecito colgado, con el que yo iba a *Sábados circulares* de Mancera, que con el mismo iba a hacer las fotos y con el mismo iba a cantar a los shows.

—¿Y Marga te dejaba comida?

—Me dejaba cosas preparadas en la mesa de luz siempre, fue una mujer increíble, inolvidable para mí.

*

En 1969, Héctor Omar Hoffman, veintiún años, no tenía idea de cómo continuaría todo aquello, pero su primer representante, Fernando Iborra, tuvo la intuición de que tenía posibilidades de trascender. Y Héctor Omar Hoffman, que poco tenía, tuvo una idea: apostar. Y para apostar, dijo: “Si me conseguís una prueba en la CBS, yo sigo con vos”. Días después, cantó para el productor musical Hugo Piombi y el compositor Francis Smith, creador de varias de las canciones más populares de la década del setenta en Argentina. Y así, el joven que apenas tenía lo puesto, una sonrisa espontánea, los ojos relucientes y el gesto distintivo de acomodarse el cabello llovido y frondoso con una y dos manos, consiguió una oportunidad.

Comienza así: un teléfono fijo da tono tres veces y la voz de una mujer, apenas sorprendida, quizás dormida, dice “¿hola?”, y espera. A continuación, junto con los acordes nostálgicos de una guitarra, un hombre comienza a cantar: *Te llamo para despedirme/pues hoy me alejo de tu vida/ Lo nuestro nunca tuvo sentido/ Te quise y fue tiempo perdido*. De la voz del otro lado de la línea no se sabrá mucho más. De él, que ese tema venderá 250 000 singles y que a partir de ese momento deberá llevar, como los cantantes de tango, otro nombre. Un nombre nuevo para un hombre nuevo.

—Me acuerdo que entre otros nombres y entre varias personas unieron Sergio Denis y quedó— cuenta en *Encuentro en el estudio*—. No era fácil, era como traicionarte para mí, al principio era como raro [...], pero bueno, era la moda.

*

En diciembre, mismo año, se lo vio por primera vez en televisión, en el último programa del año de Casino Philips, por Canal 13, que conducía Juan Carlos Mareco, donde cantó su canción. Tres meses después, en marzo de 1970, fue invitado a *Sábados circulares*, con Pipo Mancera. Así, el joven y nuevo Sergio Denis, cabello castaño tupido, alto y esbelto, guitarra colgada al hombro estilo Bob Dylan, comenzó su recorrido por los programas de la televisión argentina más populares del momento. Todo con el mismo trajecito.

*

En YouTube, MadeArt, hace dos años, comentó: "¡Una familia de artistas! ¡Qué cabellos tan hermosos tienen!".

*

—*Te llamo para despedirme* de Francis Smith fue un tema muy original —dice, cuarenta y tres años después, cabello gris perla, camisa abierta y pecho bronceado, lampiño, en una emisión del año 2013 del programa de entrevistas *Ángel de la medianoche*—. Estaba muy bien pensado [...]. La idea del teléfono, de la chica que responde, que no fue armado en un estudio. Él llamó con uno de esos grabadores de antes conectado al teléfono, porque era una amiga de él que tenía una voz muy sensual, y además era muy linda, y bueno, ella contestó, entonces tiene una naturalidad y una sensualidad ese momento de la canción.

Cuarenta años después, cuando en *Encuentro en el estudio* Lalo Mir le pregunta qué significó ser invitado a *Sábados circulares*, uno de los

programas del momento, Denis, cabello rubio claro, clarísimo, cayendo por ambos lados de la cara, camisa abierta y pecho bronceado, lampiño, va a decir: “a mí me volaba la cabeza, yo no entendía nada, tenía veintiún años. Yo entré al estudio en Canal 13 y no sabía dónde estaba, no sabía el tiempo que había transcurrido estando ahí hasta el momento que entré. Es como estar fuera [...], es como estar un paso delante de uno mismo”.

Los años que siguieron, otros éxitos: *Me enamoré sin darme cuenta, Nunca supe más de ti, Cada vez que sale el sol, Vive*. Llegó hasta ahí junto a Emilio Valles, arreglador de la mayoría de sus discos, y al compositor y director artístico Rolando Hernández, con quienes compuso prácticamente todas las canciones a lo largo de su carrera. En el programa de radio *Provocando una vida feliz*, Hernández dijo: “mi parte en toda esta historia de las canciones es una parte de la cual no pretendo nada más que estar conforme con haberlo hecho y con haber trabajado con un tipo tan grande como el Negro [...], la satisfacción es saber que una canción se la escribiste a tu hijo y todo el mundo la cante. [...] yo me acuerdo que el Negro me decía ‘no tenés idea de algunas cosas que hicimos’”.

*

En 2013, el Fondo Vitivinícola y la Corporación Vitivinícola Argentina comenzaron a promocionar el vino como bebida nacional argentina. Bajo el lema *El vino nos une*, surgió la campaña Alegría, de la que participaron Pedro Aznar, Andrés Calamaro, Jaime Torres y, entre otros, Sergio Denis.

—Estaba Fito Páez— se cruza de brazos y sonrío, los dientes de un color blanco deslumbrante, los ojos húmedos. Se lo ve contento. Del otro lado de la mesa, Baby Etchecopar, la boca entreabierta, asintiendo en un movimiento mecánico, escucha— y en un momento, charlando un segundo, me dijo: “Che, loco, el otro día vi a una hinchada filipina cantar tu canción, y cuando una canción ya trasciende...”. “Mirá quién habla”, le digo. “No, dejame que te diga. Cuando una canción ya trasciende todos los límites, idiosincrasia, creencia, religión, costumbres, idiomas, esa

canción tiene algo”, me dijo. Y viniendo de él era más grossa la cosa. Y yo el otro día escuchaba a la hinchada del Barça, del Bayern Múnich cantándola y, qué sé yo, ya tengo el cielo ganado con eso, ya está.

*

En YouTube, Ana María García, hace dos años, escribió: «Alguien dijo alguna vez que un cantante saca chapa de ídolo cuando las hinchadas empiezan a utilizar sus canciones para cánticos de ellas, y a las de Sergio las cantan TODAS”.

*

—En Alemania están cantando una canción que hicimos. Las hinchadas alemanas nunca sabrán de quién fue la canción. El fútbol tiene esta cosa tan particular de que en un fin de semana la puede cantar con una letra el hincha de River y la puede cantar con otra letra el hincha de Boca. Y eso también te pone en un lugar muy privilegiado.

Solía decir que él era de Racing, pero acompañaba a Federico, su hijo, a la cancha de River, y que siempre recordaría que en un partido de la Supercopa la hinchada comenzó a cantar *Te quiero tanto*. Él lloraba. “Es imposible que no te emociones con sesenta mil tipos cantando esa canción. Para mí, es lo más alto que yo pude llegar”.

Cuando a Denis le preguntaban por los hits, repetía que no valía la pena buscarlos, porque fue al tomar su guitarra y comenzar a tocar sin intención cuando aparecieron temas como los de las décadas siguientes: *Gigante chiquito*, *Un poco loco*, *Cómo estás querida*, *Te quiero tanto*. Aunque, con el tiempo, llegó a desarrollar un reflejo, un instinto que le avisaba: esto puede ser un éxito. “La probaba muchas veces antes de grabarla, porque yo estaba convencido, pero quería convencerme del todo con la opinión de la gente. Cuando veía que diez ya sentían algo con la canción decía ‘ya está’”.

*

—No te acordás de todo, ¿no? Las letras, los tonos, ¿te acordas de todo todo? —pregunta Lalo Mir en *Encuentro en el estudio*. Denis tuvo una trayectoria de más de trescientos temas grabados.

—Casi todo, hay canciones que me sorprende haber hecho...

—¿No te parecen tuyas?

—Hay canciones que no, que me parece horrible cómo las canté. Hay muchos temas que no tendría que haber hecho, ¿cómo voy a tocar un tema de los Beatles yo?, no tengo derecho —se ríe—, no se puede. Hay una canción que es imposible escucharla, que se llama *Cuando un hombre ama a una mujer* —entona en un murmullo *When a man loves a woman*—. Temazo: la asesinó. Pero hay otros temas de los que me siento orgulloso haberlos hecho, hay canciones que compuse que me gustan; *Solo sabe Dios*, por ejemplo.

Después, solo, sentado en una silla alta, el hombre que siempre sonrió, interpreta *Las golondrinas*, de Jaime Dávalos y Eduardo Falú y, tras el último rasgueo, cuando mira a su alrededor con la expresión de quien llega de un viaje muy largo, con una mano recorre su frente y, ya más despabilado, dice: “¡Qué caradura!”. Y, sin falta, va a sonreír.

Los 80 tuvieron otro tono: Denis no estaba conforme con lo que componía y decidieron versionar canciones del inglés al español.

—De esas canciones hay algunas que me gusta haberlas hecho y otras que lamento haberlas cantado. Después vino la etapa de *Dame luz*, *Gigante chiquito*, *Te quiero tanto*, *Solo sabe Dios*.

—Hiciste *California dreaming*, *La pipa de la paz* de Paul McCartney...

—Bueno, ese medio me lo perdono, pero el de California nunca me lo perdóné.

—¿*Nada hará cambiar mi amor por ti?*

—Ese está lindo —dice y canta parte del estribillo—, la versión mía me parece linda, no me disgusta.

—*The sound of silence*...

—Ah, esa canción creo que la letra en castellano supera...

Próximo plano: en el estudio, Denis, inquieto, espera la señal.

—Este tema se llama *Los sonidos del silencio*.

—De Simon and Garfunkel —responde Mir, del otro lado del vidrio.

—Sí, ajá, nos animamos. Vamos todavía —dice, y sonrío.

*

A comienzos de los 90, algunas de las salas de teatro más antiguas comenzaban a ser vendidas y transformadas en shoppings, estacionamientos o supermercados. Y Denis, en aquel entonces con cuarenta y dos años, dos décadas de éxito y furor federal, tuvo una idea —quizás, de su carrera, la más ambiciosa—: alquilar tres salas de teatro, una en Lomas de Zamora, otra en Quilmes y otra en Caseros, para que la gente de los barrios del Gran Buenos Aires, al igual que en Capital Federal, tuviera acceso a la música.

Así, el hombre humilde que en sus comienzos había sabido apostar, esta vez con la idea —el sueño— de preservar las salas y acercar a grandes artistas a los barrios, apostó. En el Teatro Coliseo de Lomas de Zamora, una sala lírica de 1900 con capacidad de dos mil personas fue íntegramente restaurada y está hoy abierta al público. Pero el asunto no fue el resultado, lo que el pueblo tuvo —y tiene— como herencia. El asunto fue el costo: una deuda de 2 900 000 dólares que le llevó diecisiete años de su vida saldar, una depresión prolongada, la pérdida de la voz y la quiebra.

—Cuando caí en todo este despelote, tuc, en quince días no canté más. Veía un patrullero y temblaba—. El despelote: trece causas penales, treinta y seis causas comerciales, amenazas de prestamistas, una deuda que no hacía más que crecer, denuncias falsas, unas cuantas horas privado de su libertad y tres años de prisión en suspenso.

—Tuve momentos de tristeza y lloré más de una vez. Lo que nunca tuve fue un momento de bronca, te lo digo sinceramente, porque no hubiera sido justo ni agradecido con la vida y con Dios, con mi carrera y con la gente. Alguna vez me miré al espejo y dije: “Bancatela, bancatela porque tuviste mucho bueno”. Yo tuve una vida fantástica. Vos pensá —le dice a Luisa Delfino—, nosotros hoy comenzamos con los recuerdos de mi niñez. Pensar que en ese momento, imaginate en ese ámbito, en esa familia, en las condiciones que nosotros estábamos [...],

realmente era un sueño lograr la carrera que he tenido y la vida que tengo, entonces hubiese sido muy feo si yo hubiera renegado de lo que me pasó.

Hay un relato de la supervivencia, hay una imagen, una metáfora y hacia el final, sin falta, un aprendizaje. En los 90, cuando Denis, en plena crisis personal y profesional, hacía terapia, las preguntas que debió hacerse fueron, como solía decir, claves para dar con aquello tan difícil de ubicar: un motivo para salir a flote, para hacer pie.

¿Cómo eran los Hoffman?, ¿cómo era el abuelo Hoffman?, ¿cómo era el papá Hoffman?, se preguntaba. Denis —que primero fue Hoffman— escuchaba, se pellizcaba el dedo índice con los dientes, pensaba. Durante una sesión recordó que para su familia el día comenzaba muy temprano, respetaban la rutina para hacer lo que debían, lo que mejor sabían hacer: trabajar. Y él, que supo leer entre líneas las diapositivas de su vida, interpretó que la manera de empezar cada día con ilusión, con ganas, la mano amiga que vendría a devolverle la voz —la vida—, era imitar la receta Hoffman: amanecer antes que el sol. Y como a todo mensaje, Denis —en esencia Hoffman— lo captó y lo transformó en enseñanza. A partir de ese día, se levantó temprano, tempranísimo, y salió a correr todos los días para, por lo menos, tener un físico fuerte, sólido, un cuerpo preparado para sacar la cabeza del agua.

—Parecía un loco, andaba por Palermo corriendo y cantando, y cantaba muy mal porque me salía horrible la voz todavía. Lo que había pasado, Luisa, ¿sabés qué es?... que me olvidé de cómo cantaba, yo me olvidé, no tenía ni idea de cómo era mi respiración, ni dónde colocaba las notas ni nada. Yo no pensaba cuando cantaba, yo cantaba nomás, y de pronto trataba de acordarme y era una cosa espantosa lo que me salía.

Había, según contó, un árbol muy viejo, muy seco, muy imponente donde él, en el comienzo de aquella crisis, sentía paz.

—Eso era el invierno del 97 [...], todas las mañanas yo iba ahí, aunque lloviera. Yo había tenido muchos más problemas, algunos que habían aparecido en todos los noticieros, que prefiero olvidarme, me sentí muy mal en esos días, me agarró una angustia muy grande y no quise salir de casa [...], entonces pasaron dos meses y no volví a ese lugar.

Volví y no me di cuenta de que eran los primeros días de la primavera y, cuando me acerqué al árbol a rezar, ese árbol que yo creía que era el más viejo, que ya estaba seco, que yo pensé que ya estaba muerto, el árbol que había soportado todos los vientos, los fríos y las heladas, había florecido.

*

En uno de los peores momentos de la deuda, cuando no tenía paz y cada noche se preguntaba cómo haría la mañana siguiente al tener, como todos los días, que cambiar ciento cincuenta mil dólares, caminaba una tarde por las calles de La Plata y un chico, sentado en una vereda, le dijo “¡qué hacés, Highlander!” (por la película de 1986, traducida como *El inmortal*). Entonces, Denis pensó: esto es una canción, el tipo me está dando las fuerzas que me faltan para seguir enfrentando la adversidad.

*

A finales de la década del noventa, Sergio Denis, el hombre de lo simbólico, comenzó a buscar compañías discográficas, pero ninguna quería tomar a un artista en plena debacle. He sido de los tipos que más discos ha vendido en la Argentina y Latinoamérica y no tengo un lugar donde anclar, pensaba, hasta que dio con el productor musical Rubén Pelo Aprile de Universal, que lo conocía desde sus comienzos y había sido gerente de marketing en los mejores años del disco *Un poco loco*, de 1991. Y Aprile, además de sí, dijo: “Yo me la banco, sé que puedo tener algún lío, pero mala suerte. Yo no te tomo de lástima, te tomo porque te tengo mucho afecto y porque además sé que voy a vender muchos discos con vos”.

—Recibí mucho, mucho afecto y estoy seguro de que, si me hubiera animado a pedir, más de uno hubiera aparecido. Me costaba pedir ayuda, no es fácil, yo nunca me animé por ahí a levantar el teléfono.

En 1999, *La vida vale la pena* tuvo una primera tirada de dos mil quinientos discos, un comienzo modesto para las cifras de Sergio Denis. Pocos meses después, llevaba más de noventa mil copias vendidas.

Pero el problema no eran las ventas, sino el hecho de que, mientras tanto, la deuda se multiplicaba. Decía Denis que en aquella situación tomó la peor decisión, que fue comprar cheques. No tenía cómo pagarlos. Había terminado una presentación en televisión en 1997, de donde la policía se lo llevó detenido. Al día siguiente, su abogado, Diego Colombo, consiguió que fuera liberado. Lo habían denunciado por presunta estafa por un cheque de 1596 pesos. Poco tiempo después, declaró la quiebra.

*

En junio de 2005, Federico Hoffman, hijo de Denis, y un amigo con el que viajaba en auto, quisieron cruzar las vías en Núñez, zona norte de Buenos Aires, y fueron chocados por el tren. Hoffman fue trasladado de urgencia, su amigo murió en el acto.

*

Después, pasó lo de Asunción del Paraguay.

El lunes 21 de mayo de 2007, Denis se asoma por la puerta de la ambulancia aérea que lo trae de vuelta de Asunción del Paraguay. Viste pantalones claros, abrigo liviano y, por encima, atado al cuello, un suéter que cae sobre su espalda. Cauteloso, baja unos pocos escalones y lo primero que hace es acomodarse el pelo con una mano. Luego, saluda y sonríe.

Días antes, se había descompensado en la habitación del hotel donde se hospedaba, luego de dar un recital. Llamó a recepción para pedir una ambulancia porque sentía que se estaba muriendo. Esa vez tuvo un enfisema de aorta de abdomen y perdió los signos vitales durante diecisiete minutos.

—En Paraguay estuviste mal, ¿no? — pregunta Mirtha Legrand en su programa en 2019.

—En Paraguay estuve muerto. Yo sé lo que es morir. Diecisiete minutos sin signos vitales.

—¿Viste la luz?

—No, no vi un pito de eso. Vi todo feo.

A eso le sigue la imagen del rectángulo, que va a ser, además, el mensaje que lo llevará a la reflexión, que a su vez lo llevará a interpretar el acto como una lección de vida, y así. Denis aseguraba que, durante ese período de tiempo sin signos vitales, él estaba en otro plano. El otro plano era un rectángulo negro con una ventana, también negra, que daba terror. El cuerpo dividido en dos, una parte afuera y otra adentro, mientras insultaba a la muerte y al diablo.

—Hablé con un sacerdote amigo y me dijo que todo eso tiene nombres en teología y que estaba en un lugar entre la vida y la muerte, la mitad de mi cuerpo adentro, y yo insultaba al diablo y a la muerte porque para mí eran lo mismo. No me entregaba. Los médicos me dijeron que el hecho de que no me haya entregado, haya tenido el corazón completamente sano y que nunca fumé, mirá vos qué importante para los fumadores crónicos...

—Sigue con su gesto de pasarse la mano por el pelo —dice Mirtha—, es un clásico tuyo. ¿Vos te cortás el pelo vos solo?

—Yo me corto, sí. Ayer me corté, antes de venir a tu programa —la mira, se ríe—. Y entonces recuerdo que a mí me llevaron sin signos vitales desde el hotel, yo me arrastré hasta el teléfono y hablé con la recepcionista y le dije: “Llamame una ambulancia porque me estoy muriendo”.

No era el primer episodio. En 2004 ya había estado internado por la misma razón en la clínica Suizo Argentina.

—A la muerte de Paraguay yo la recuerdo como un hecho anecdótico dolorosísimo. Insultaba tanto al diablo y a la muerte que yo creo que se cansaron de las puteadas. Y a Dios yo no le gustaba, yo creo que le gustaban Los Redondos... Mandame a Los Redondos, no me mandes a Sergio Denis.

*

En YouTube, María Gimenez, hace tres años, comentó: “Para mí, cada vez que lo he escuchado en alguna entrevista o nota, me emociona, me coloca en un plano más elevado del habitual y me entrega una enseñanza de vida. Inmensas gracias por la humildad, la sinceridad y sencillez de un gran ser humano. Oremos unidos muy fuertemente para que Dios lo saque prontito de esta pesadilla que está sufriendo”.

Carmen Velasquez, hace dos años, dijo: “Qué ser tan transparente, sentimental, sincero, capaz, se enfrentó a muchas desavenencias y tropiezos de esta ardua vida!!”.

*

—Mirá —comenta Denis en *Ángel de la medianoche*—, yo admiro mucho a los grandes personajes de la historia y en un momento leí una frase de Alejandro Magno, que admiraba a ese hombre, a ese guerrero, tremendos estrategas, ¿no? En un momento, cuando él va a enfrentar al ejército persa, que era diez veces más que el ejército griego, un súbdito le dice: “Alejandro, has vendido todas tus propiedades, te has quedado sin nada, ¿qué te queda ahora?”. Y él le dice: “La esperanza”. Y a mí lo que me quedaba era la esperanza.

*

—A lo mejor lo echaron del cielo porque lo querían cantando en la tierra —dice Luis Ventura en 2013 en el programa *Secretos verdaderos*, y abre los brazos como emulando a un pastor, a un delegado de la palabra de Dios.

—En Paraguay casi me fui. Yo tengo debilitadas las aortas, pero además fue el desgaste de pelear contra todo y contra nada. El desgaste, la angustia y las apretadas, todo eso no es fácil de encarar. A la distancia veo, porque uno ve ejemplos, ¿no? El médico que me operó habló con mis amigos y les dijo: “Podemos solucionar el problema que tenemos de

aorta, pero no sabemos si va a quedar con daño cerebral colateral”. Y no quedé con nada, tuve hasta la suerte esa. El doctor Zin, Claudio Zin. El otro día le agradecí mucho y me dio hasta vergüenza, porque me dijo: “Dejame sacarme una foto con vos”, y yo le dije: “¿Cómo?, en todo caso dejame a mí sacarme una foto con vos”.

*

Pasaron diecisiete años desde el alquiler de la sala lírica del Teatro Coliseo de Lomas de Zamora —después de las amenazas de prestamistas, de las tres causas penales y las treinta y seis comerciales, de los tres años de prisión en suspenso, de perder y reeducar la voz, de prometer y estirar plazos y de una profunda depresión— hasta que, definitivamente, saldó la deuda. Días después, ingresó a una clínica psiquiátrica, donde vivió un mes.

—Venía muy desesperado, muy inestable, y era el único lugar que me podía hacer reaccionar —contó en *Secretos Verdaderos*—. Tampoco sabía si iba a recuperar la voz algún día, si iba a volver a grabar algún día, si una compañía me iba a tomar, si iba a volver a tener éxito.

—¿Y quién decidió que te tenías que internar?

—Un médico me convenció y mi hija Victoria y mi hijo Federico me dijeron: “Viejo, aceptá lo que te dicen”.

En uno de los últimos días de febrero de 2011, el hombre del jopo y la sonrisa camina, desencajado, cerca de la glorieta. Por la tarde, da vueltas a una mesa de ping-pong. Da veinte, sesenta, noventa vueltas. No se puede concentrar en otra cosa. Reza, a veces. No compone, no lee, no mira televisión, no canta. Lo único que puede hacer el hombre es caminar.

—Uno empieza a tener comportamientos de locura. Esperás el momento desde el desayuno hasta el almuerzo, es lo único que te da ilusión; del almuerzo hasta la merienda, de la merienda hasta la noche. Era lo único que había.

La estadía comenzó el 14 de febrero y terminó el 16 de marzo, cuando pidió salir, el día de su cumpleaños número sesenta y dos.

—Tuve compañeros divinos. Hubo uno que no me olvido nunca, que te voy a hacer reír. Cuando yo entré me decía: “¿Cómo estás, Donald?, “Lindas las olas y el viento, Donald” (por el cantante Donald Clifton McCluskey, autor de la canción *Tiritando* y el conocido *sucundum sucundum*, entre otras onomatopeyas), y el último día me dijo: “Grande, Sergio Denis”. Así que me estuvo cargando por treinta días.

*

“Yo nunca basé mi felicidad en tener, nunca. Nunca soñé con tener un campo de cinco mil hectáreas, nunca. Yo lo único que soñaba era tener mi carrera. Amo mis instrumentos, amo tener un buen equipo de sonido, buenos elementos, poder hacer un buen show, un buen disco, verlos realizarse a mis hijos. [...] Yo soy feliz con esas cosas, nunca basé mi felicidad en decir tengo una guita para quedarme tranquilo”, dijo en 2011 en *Secretos Verdaderos*.

*

Una noche, al final de una fecha que compartió con Sandro en el estadio Luna Park, en Capital Federal, Hoffman padre, un carpintero parco, se acercó a Sandro y lo abrazó con énfasis.

—Le dio un abrazo bárbaro y le tomó afecto. Al poco tiempo era el cumpleaños de Sandro y papá me dijo: “Te estoy mandando una caja de madera, así toda veteadada, muy linda, muy hermosa, y le estoy mandando la misma caja a Sandro, para que guarde lo que él quiera”. Entonces, seis meses antes de que muriera, con mi novia fuimos a la casa de Sandro en Banfield. Y yo, de tímido, le toqué el portero y me fui, como para decirle que le quería mandar un abrazo nada más. Y Olga, la mujer, nos hizo entrar. Al rato, me dice: “Te voy a mostrar lo que tengo guardado”. Bajó la caja de madera y me dijo: “A esta caja la guardo con mucho amor, está hecha con las manos de tu padre, que no es poca

cosa". Fue inolvidable. Y cuando nos íbamos me conmovió muchísimo... porque nosotros tuvimos una sala de teatro lindísimo alquilado en Lomas de Zamora, un teatro lírico de 1900 que recuperamos y hoy, a pesar de todas las dificultades que tuvimos, me siento orgulloso de haber recuperado una sala para el teatro, que quede por cien años más una sala lírica totalmente repuesta... y él iba mucho a tocar ahí, todas las veces que quiso ir, llenó. Recuerdo que una de esas noches mi hermana, mi hermano y yo le regalamos un duraznero, y cuando me iba de la casa, seis meses antes de que muriera, le dijo a la mujer: "Olga, lleválos a ver el duraznero y van a ver lo que es".

—Y el duraznero —dijo el hombre de los mensajes en las cosas, en los gestos— una belleza, enorme, había florecido.

*

A partir de 2012, con sesenta y tres años y después de trece sin entrar a un estudio de grabación, volvió a cantar, a componer, volvió a lo suyo.

—¿Y ahora cómo es tu vida?, ¿qué tenés acá colgado? —pregunta, desde su lugar en la mesa, Mirtha Legrand. —Tengo un dije que un día encontré entre otros, que es muy parecido al ala del arcángel Juan Ga... San Miguel.

—A ver, sacá la mano que quiero verlo. Con sus dedos, Denis toma el ala diminuta que pende de un cordón negro y la aleja de su torso lampiño color caramelo para que puedan verla.

—Es muy lindo y me ayudó mucho...

—Es lindo, sí, sí. ¿Que es muy parecido a qué dijiste?

—A las alas del arcángel San Miguel.

—Ajá...

—Dicen que fue, de los cuatro, el ángel que más cerca de Dios estuvo, que algunas religiones lo llaman el ejército de Dios, y fue el que más lo defendió y enfrentó a todos los demonios.

—Bueno, ahora estás espléndido, estás bien...

—Ahora estoy fantástico. Yo a la voz la recuperé y...

—¿Ganaste plata ahora?
—Ahora empecé a recuperar.

*

Entre 2012 y 2019 sumó los discos *Único (En vivo)*, con canciones grabadas en *Encuentro en el estudio*, y *Lo mejor de Sergio*, con música propia y covers, a la lista de álbumes de su carrera que ya eran más de diecisiete.

*

“Hoy le estoy agradecido a Sergio Denis, le estoy totalmente agradecido, tampoco me quejaría de lo que esta carrera me quitó [...], yo he tenido una carrera increíble, cuarenta y dos años de historia, de buenas, malas, más buenas que malas, y acá estamos”, dijo en una entrevista en 2013.

*

Murió el 15 de mayo de 2020 en la clínica de rehabilitación ALCLA, del barrio de Belgrano, en Buenos Aires, catorce meses después de la caída en el recital en el Teatro Mercedes Sosa en Tucumán. Se había decretado cuarentena debido a la pandemia de covid-19, por lo que al entierro fueron unos pocos familiares. Al día siguiente, en el programa *Implacables*, Susana Roccasalvo entrevistó a Diego Colombo, su abogado y amigo. “Sergio ha sido un cantante que enamoró los corazones de cuantas mujeres hay en la Argentina y en Latinoamérica”, dijo la conductora, “pero supo enamorar los corazones de los hombres, que es más fácil, ¿y dónde está toda la pasión de los hombres? En una cancha de fútbol. Entonces, digo, qué artista maravilloso. Conquistó los dos corazones, los de las mujeres y los de los hombres, que van a seguir por años y años en todas las canchas del mundo cantando ese tema [...],

es un artista que trascendió y va a seguir trascendiendo a través del tiempo, de las décadas, qué ser tan especial ha sido”.

“Lo apuntás maravillosamente bien”, respondió Colombo, “Sergio fue un ser maravilloso, conquistó a las mujeres, conquistó las pasiones. No solo fue en nuestros estadios, también fue en Inglaterra el Chelsea, en Alemania el Bayern Múnich, en España el Atlético de Madrid y el Madrid, el Barcelona propiamente, en Grecia, en Tailandia. Realmente Sergio fue un ser maravilloso. Yo lo único que tengo que agradecer es que fue mi amigo”.

*

En YouTube, Jorman “buitre” Campuzano, hace dos años, escribió: “Gracias maestro Sergio Denis por tantas y tantas alegrías, tus canciones viven y vivirán por siempre, qepd, buen viaje, volá alto y que nada ni nadie te detenga en tu gira celestial”.

*

El 11 de marzo de 2022, @barby.hoffman, una de sus hijas, escribió en Instagram: “Hace tres años recibimos la peor de las noticias. Estas fotos fueron tomadas el 11 de marzo del 2019, unos minutos antes de comenzar a dar un show, que a diferencia de los miles que hiciste en infinidad de lugares y escenarios distintos, terminó en una tragedia que nadie esperaba [...]. Lo más raro es que aún a pesar de las imágenes, de los videos, de todas las pruebas que demuestran que las cosas se hicieron mal, seguimos sin respuestas y la pregunta es... ¿seguimos? Porque cada día que pasa tuvimos que seguir sin vos. ¿Seguimos? Porque cada mes que pasa tuvimos que creer cada día un poco menos en la justicia. ¿Seguimos? Pidiendo lo obvio, lo que no debería pedirse... ¡SÍ, SEGUIMOS! Más de pie que nunca por vos porque otros te dejaron caer. ¡JUSTICIA YA! Tres años sin respuestas. #justiciaporsergiodenis #nofueunaccidente”.

En una de las fotos que su hija le sacó esa noche, en los pasillos del teatro, Denis sonríe mientras sostiene una hoja donde se lee “Sí, quiero ser donante”.

*

Es domingo 15 de mayo de 2022. Faltan algunas horas para que comience la entrega de los Premios Martín Fierro. En las escalinatas del Hotel Hilton, en el barrio de Puerto Madero, un grupo de mujeres sostiene una bandera adornada con estrellas amarillas y corazones rojos que dice “JUSTICIA POR SERGIO DENIS. ¡Te quiero tanto!”.

“Hoy tendría que estar acá entre nosotros y no está, por un accidente que se podría haber evitado”, dice una seguidora. “Él fue a cantar, a brindarse a su gente como lo hizo siempre en los cincuenta años de carrera. Tendría que haber vuelto a Buenos Aires y no volvió, en ese teatro lo mataron, Sergio Denis quedó en esa fosa”, dice otra. El resto de las fans, cada una detrás de una foto de su ídolo pegada sobre un pequeño cartón, mira a cámara en silencio.

Ciclista

JOSÉ SANTUCHO

PERGAMINO

1

El petiso era una bestia.

Nadie se imagina viéndolo hoy en su oficio de bicicletero, como lo miro yo, así, tan olvidado y desprevenido de lo que no sean sus labores, perdido en los suburbios húmedos de la pampa y los relatos, que ese tipo pudo haber sido un campeón en algo. Y sin embargo lo era. Lo es. Porque un hombre es él y su memoria. Incluso es lo que pudo haber sido.

Por lo que los clientes dicen que muestran en la televisión de los *tours* internacionales, me imagino que deben ser muy lindos los paisajes y todo eso, pero creo que nada sería comparable con la época en la que competía el petiso, con ese frenesí popular, con el estrellerío que se le arma en la mirada a quien nos narra esas carreras heroicas.

El petiso pedaleaba con las de antes. Pocos cambios, con la manija en el caño diagonal de su Hispano-France para meterle velocidad y peso en los piñones y nada más. Todo fierro puro, macizo. Más que una bicicleta parecía un bombeador. Y el tipo trepaba que daba espanto. Hasta los más avezados héroes del ciclismo de hace unos años, las generaciones que enlazan a los actuales corredores con los de aquella época, se sorprendían de sus condiciones físicas y de su coraje y pensaban que si este tipo hubiese corrido contra ellos, si hubiesen tenido que medirse con él en esos años ya curtidos de tanto rememorar, quizá los habría hecho polvo, desmemoria.

Y embalaba que era una moto en primera. Al pirata Pantani y a toda esa runfla de conocidos europeos los largó a rueda en un juvenil en

Caracas. ¡De al lado, loco!, les partió y no le pudieron seguir el ritmo. ¡Un tranco! ¡Una polenta! ¡Que Dios me libre!

Y sus patas también parecían dos bombeadores de los de antes, de esos a varillas, como el M58 de industria nacional que usaban las abuelas para extraer del pozo de treinta metros el agua para la casa, ahí nomás, en el patio. Con esa forma, con la redondez de sus pantorrillas macizas y esa energía. Tracción a sangre sacando agua transpirada y usando fuerzas de las profundidades de su existencia para hacer arrastrar a sus competidores; una napa inagotable de cansancios y de triunfos. Cuando andaba a toda velocidad, se les irisaban los ojos a los presentes que lo alentaban al lado del camino y parecían luciérnagas; ojos felices y sorprendidos que se alucinaban de ver tanto talento, tanta habilidad corporal envuelta en un petiso así, del que no darían ni cinco centavos al verlo parado por la calle o cambiando una goma de bicicleta en un taller ennegrecido como el de ahora. Pero que por entonces, enancado en una bicicleta, era un relámpago poseso, un furibundo andante.

Hombres y mujeres se rompían las manos en aplausos furiosos y los niños lo amaban y querían ser como él. Y las palmadas del público que nunca llegaban a tocarlo, que querían manotearlo y quedaban acaso ventilando el aire, porque la velocidad que levantaba el petiso al pasar por las rectas era infinita. Y el vocerío en los vértices de las curvas: pe-ti-so, pe-ti-so. Y él que se hacía una luz concentrada en el último tramo hasta llegar a la meta, cuando la distancia que lo separaba de los demás competidores, que ni se divisaban, más abajo, en la hondonada, era enorme. Lo cuento y se me estremece el metal.

El tipo ya estaba a los abrazos y saludos, a dos cuerdas del fin de la carrera, cuando el contrincante que lo seguía apenas empezaba a divisar la meta. Los coterráneos pueblerinos que lo admiraban, que se sentían vivos y amaban más a su pueblo porque había parido a tal fenómeno ciclístico, a tal embajador del deporte, no paraban de abrazarlo, de palmear, ahora sí, su camiseta exageradamente humedecida, de acariciar sus cachetes rojizos y sudados, de despeinar su cabeza. Y miraban, admirados, al petiso con sus brazos en alto, exhausto,

entumecido y casi embalsamado en la gloria del podio de la foto de la revista que vestía cada bar, cada bicicletería, cada rincón recóndito de la ciudad.

Tercero o cuarto en la escalera, ponía la combinación 52 x 14 en corona y piñón, se paraba en los pedales y partía. Y a sus ojos, la lejanía subía y bajaba, cada vez más enloquecida. Y andá a engancharlo. Era descomunal. El oro y el moro le ofrecieron para irse a Europa y no agarró. Le gustaba su lugar, su gente, ese cariño tan propio, decía.

Mucho tiempo después supimos que el tipo se despegaba, porque saboreaba andar lejos del pelotón, porque disfrutaba la distancia. La soledad. Siempre que pudiera, por supuesto. Se deleitaba de andar solo. Le gustaba. Que se borrara la gente hacia atrás, en los rabos de los ojos. Y mirar hacia el camino. Que el mundo fuera tan solo eso. Una senda interminable, una línea hacia el porvenir y un irse siempre. Y sin adiós.

Y pedalear con el campo limpio hacia los bordes como cuando salía a entrenar sacrificadamente todos los santos días, kilómetros y kilómetros en rutas ondulantes y escamosas por el peso de los camiones cargados, que las elegían como paso hasta el descargue en el puerto. Hiciera el frío que torna insensibles y rojos a los hombres o el calor que derrite la brea del infierno que es la ruta y me ablanda hasta las cubiertas mientras las iguanas se escupen las manitos para poder cruzar el asfalto, a la mañana, ni bien despuntaba el día, el petiso era presencia firme en el entrenamiento solitario. Un atleta por antonomasia. Sin entrenador, puras condiciones. Un potro brioso, comedido de la pampa, como un árbol más de esa geografía. Metía las patas en mis rastrales de metal y se largaba al camino.

El cielo en el fondo se parte como una alfombra de terciopelo y, por debajo y a lo lejos, la tierra tiembla y baila en remolinos de polvo envejecido. El viento acaricia los pastizales que se balancean en lerdas ondas de ventisca, mientras los dos cruzamos las rutas y hacia las bandas miramos juntos los enormes campos minados de plumerillos, entre los lengüetazos de luces y sombras que despliegan las nubes en la pampa estival e indómita y que le hieren la vista al petiso.

Brillosos y mansos, los ojos del tipo se asemejaban a los de los mineros, tanto cuando se perdía en los caminos bonaerenses como cuando deambulaba en el corazón del misterio de sus propias recordaciones.

Una vez, estacionada en la puerta de la bicicletería, supe por boca de algunos que lo acompañaron casualmente alguna vez en un viaje que reconoce aún hoy de cada ruta en la que compitió, el espacio preciso en el que se cortaban Breppe, Labbate o Frossasco cuando él era un pibe (acaso siquiera una promesa) y admiraba verlos correr esos periplos épicos; o las curvas en las que les partiera a pelotones enteros, dejándolos atrás, chiquitos, empequeñeciendo más y más hasta fundirse y borrarse en los espejismos soporíferos del pavimento, cuando parece que un arroyo cruza lo ancho de la carretera y es solo una ilusión óptica del calor. O los árboles en los que se tiraba a descansar antes de emprender la vuelta, cuando salía conmigo a pedalear por las rutas que se tienden como venas por el norte de la provincia. Todo brillaba en su relato: el tiempo ido, su fugacidad, lo heroico del amateurismo, el mucho corazón y amor puestos en las cosas para que salgan lo mejor posible.

2

Recuerdo verlo desde adentro, apoyado en el marco de la puerta de la bicicletería, recortado por el marco, con su abdomen pronunciado —que en cierta manera coincidía con sus extremidades cortas, tensas y compactas—, en algún que otro descanso de sus labores cotidianas, para luego verlo de frente, pleno, revolviendo en gesto concentrado la bombilla, en su mate chiquito de ribetes de alpaca. De esa acción sies-tera que el tipo practicaba en cueros, en los veranos intensos, nunca entendí por qué llevaba el mate de a uno hasta la puerta del local y no arrimaba la pava hasta las cercanías del lugar donde se paraba o la ponía entre mis ruedas o entre las de mis compañeras, en vez de hacer esos innumerables viajes hasta el patio interno de la bicicletería, que era también su casa y la mía.

Con gesto duro, barba rasposa, pinchuda y gris, el petiso parecía levitar por ese entonces entre el olor a guardado de su casa, el de los pucheros impregnando desde la cocina hacia todos los ambientes y el aroma a goma y a aceites provenientes del local. Hoy pienso que no sería posible pensar en la bicicletería sin él. Si el petiso no estuviese, la bicicletería, el local, el barrio viejo, todos perderían un poco el alma, que siempre tiene una pata en el pasado y otra en el porvenir. Recuerdo patentemente la vez que lo conocí, cuando aparecí en su vida: fue la primera vez que lo escuché contar aquella historia de la pelea, por unos escasos pesos, con un oso en el circo. Y aprovechó su torso desnudo para mostrar una cicatriz que subrayaba la verosimilitud de lo narrado al hombre que me había traído hasta él.

Y de tanto contar la pelea con el oso, en ocasiones, por la crudeza de los habitantes de su barrio, su narración fue trasmutando la percepción que había comenzado en la epopeya para luego convertirse en una especie de sainete que a los parroquianos les hacía olvidar por un momento sus perras vidas, sus angustiosas soledades.

Decía que un reflector le marcó el camino acariciando con su luz la viruta gloriosa que lo guió hasta la lona del centro del escenario, esa de la estrella enorme y colorinche. Y hablaba del oso con bozal, azuzado por un látigo que chasqueaba en el aire que lo rodeaba. Y la mirada del oso, como con ojos muertos, sin pasión. En eso se detenía el petiso cuando contaba el suceso.

He visto a un puñado de tipos, vestidos de ciclistas pero sin serlo, teniendo solo la guita para la ropa y la bicicleta, pero sin alma de ciclistas —a eso me refiero—, rodeándolo en la esquina de la bicicletería, mientras el petiso contaba la historia de esa pelea, con una rodilla en el piso y la otra flexionada, arreglando alguna pinchadura o centrando la rueda de alguna bicicleta destrozada de los adolescentes del barrio. También solía contar la vez que Perón le estrechó la mano cuando vino a saludar a un equipo en el que estaba él, a punto de viajar para competir en alguna olimpiada.

Ya en sus últimas apariciones se lo vio montado en mí, en una esquina de Pergamino, mirando una de las etapas de la Doble Bragado.

El tipo se había puesto todo el barrio en la mirada, los broches en la botamanga de los pantalones y había salido para el centro. Ya su andar se notaba un poco chamuscado. Yo lo sentía cansado. Y eso es lo que se veía también y lo que se cuchicheaba en la hilera de susurros que dejaba el petiso a su paso. Y en una esquina cualquiera, pegadito a un vértice del cuadrado que conformaban las calles centrales donde se desarrollaba el circuito, mantuvo su pose durante casi toda la carrera: la pierna izquierda apoyada en el pavimento, mientras la derecha se posaba sobre el pedal y las manos sobre los manubrios.

En el tiempo en que el pelotón no se veía, interactuaba más bien escuetamente con la gente del lugar. Algunos lo recordaban corredor y traían a su memoria las escenas del pasado. Relatos de relatos que se transfiguraban con el paso del tiempo, en el manoseo de la historia entre el gentío. Pero cuando el manojito de corredores se acercaba, el petiso entraba en su propio mutismo.

El pelotón semejava una bestia extraña que, por la pendiente del lugar, parecía que empezaba a brotar allá a lo lejos desde la calle, cuando solo se veían los cascos de los corredores. Luego, aún siendo apenas un manchón de colores imprecisos, comenzaba a transformarse para entonces ir tomando formas que buscaban desprenderse de su propio estado abstracto y alcanzar un formato cada vez más definido. Un monstruo zigzagueante que avanzaba hacia los costados, con un movimiento impreciso y desacompañado que no podía comprenderse sino cuando había avanzado unos cuantos metros. Ese avance, sin embargo, no se percibía como un acercamiento desde la lejanía, sino como el crecimiento liso y llano de la bestia. Un monstruo forcejeando consigo mismo, desesperadamente. Después vimos, muy distinto al del principio, que se desprendía de sí mismo a la vez que se configuraba de manera más aletargada. Si allá a lo lejos era todavía un bicho envuelto en su membrana pegajosa y de colores delirantes, más acá en el tiempo y en el espacio se deshacía de esa capa a la vista de todos y sin que ninguno se diera cuenta, como si se la comiera mientras se acercaba para seguir creciendo.

Si alguno se escapaba o si la escalera cambiaba de liderazgo, el petiso se reinauguraba para contemplar un animal todavía informe que emitía un extraño sonido seseoso, alechuzado. Poco a poco, la gente de la esquina comenzaba a reconocer a algunos corredores y a la vez se divisaba la moto que los principaba. La motocicleta ya no era la cabeza que vacilaba con su luz y capitaneaba a la bestia irreconocible, sino una forma que avisaba que el pelotón volvía a pasar por ese sitio. Pasaba la moto a los bocinazos limpios, abriendo camino a los desprevenidos y entonces empezaba a crecer el sonido de la fricción del caucho con el pavimento. Y el fervor popular de la esquina comenzaba su propio ronroneo. Ese sonido crecía muy de a poco hasta reventar sonoramente en el instante preciso en que giraban en la esquina donde estaba el hombre. En su propio trance, el petiso miraba sin ver, es decir, miraba recordando. Era una herida del olvido parada en medio de la calle. Mirar esa carrera, supuse yo, era como mirarse para adentro, como si sus ojos fuesen un vidrio en el que se espejaba otra realidad paralela, hacia adentro de sí: la de su propia memoria, la de sus éxitos, la de los entrenamientos.

El pelotón se aleja y jalona los recuerdos del petiso hacia el vacío que se arma después de su pasaje. Y entonces la esquina vuelve a ser una tapera. Y los presentes se hablan a los gritos de vereda a vereda. Y un pibito pasa con una bicicleta por la calle que parece desierta porque no la atraviesa ningún auto, aunque todo el centro de la ciudad está en la vereda y un anciano le dice que tenga cuidado, que cruce rápido. Y parece que en Pergamino no hay más gente andando en bicicleta que en el día en que se corre en la ciudad la etapa de la Doble Bragado. Y se levantan los pudores también y unos tipos de piernas blancas y gomosas se calzan unos pantalones cortos a cuadrillé, con zapatillas y medias tres cuartos, y se largan a ver la carrera. Y se para la ciudad y la tarde se convierte en una pequeña fiesta. Y un viejito saca su sillón de cintas a la puerta y pone la radio, que le cuenta lo que él mismo está viendo, lo que está pasando adelante de sus narices, como si necesitara un texto, un sentido distinto de aquel que le arroja su propia percepción. Y otro se

cruza y le pregunta quién encabeza el pelotón y el petiso oye todo eso y viaja a sus propias profundidades.

No deja de sorprenderlo, sin embargo, vivir la carrera desde este lado. Es un lado más quietado, más estático. No tiene la adrenalina de estar en una fuga del pelotón o en el pelotón mismo, pero tiene también sus dulzores.

Yo creo que el petiso aprendió a complementar esos dos momentos. Y por eso, cuando mira desde esta esquina, sobre mí, las vueltas de la Doble Bragado, el pasaje por esta arista del cuadrado y del mundo de un puñado de ciclistas, viaja con ellos, embala, les parte imaginariamente desde el sitio más inesperado de sus propios cansancios, a la vez que se queda acá, con los suyos, mirando cómo pasa su propio pasado por delante de sus narices.

3

Conmigo ha salido innumerables veces. Por eso hablo con conocimiento de causa.

He llegado a su vida siendo él ya una leyenda. Quiero decir, habiendo dejado de competir. Pero por haber conocido a gente de la estirpe y de la talla del petiso, una sabe que no se es campeón solo en el momento de una competencia ni tampoco cuando esa persona está en actividad deportiva. Yo me di cuenta de que el petiso era un campeón aún antes de escuchar todo lo que cuentan sobre él, y diría que solo al sentir cómo el tipo se me subió encima en la primera oportunidad.

Lo he sentido, sí. Y aún sabiendo que cuando se me sube, no se sube siempre el mismo tipo. Quiero decir: se sube el mismo y a la vez, no. Porque no somos muchas las que podemos llegar a decir que logramos descubrir cuando una persona es y a la vez no es la misma. Creo que ni esa misma persona, a veces, puede saberlo. Quizás es un don propio. Vaya una a saber.

En ocasiones, más leve o más pesado en su torpeza que otras veces, se desmoronaba en peso muerto luego de días de acecho de un pelotón

imaginario, luego de haberse devorado como un potro las distancias, desandando prados verdes, aunque para él, oscuramente grises. En otras, sobre el silencio de la noche atiborrada de estrellas, sentado sobre una gramilla con rocío, lo vi mirar fijamente la hoz o el círculo de la luna temblando en los fosos de los charcos, ondulando ante otro tembladeral que producía ese pelotón de fantasía que nos seguía de cerca y nos pisaba los talones, en su imaginación o en su recuerdo. Eso también era sencillo pero lindo a la vez. Ver las lunas como farolitos en el suelo. En el suelo de sus fantasmas.

En los sueños recurrentes del petiso, lo persigue siempre un pelotón. Él siempre va cortado. A veces, mira para atrás y reconoce a sus amigos, a los que siempre quiso bien, a los que le dio el deporte. Y entonces afloja el tranco y se engancha con la multitud. En otras ocasiones, el pelotón tiene el rostro de sus propias inseguridades. Y la fuga y la soledad, entonces, se justifica en la tranquilidad que se mixtura con sus persecuciones.

El petiso no era un tipo de muchas palabras. Más bien diría lo contrario, por lo que su hablar se convertía en sentencioso. Menos sintético que escueto. Aún así le he escuchado decir unas cuantas verdades.

La heroicidad del pedalear radica en el escape, decía. Estar con aire, es decir, estar con vida. Eso le oí decir sin alarde, desde un ciclero cualquiera, en las profundidades de algún boliche o por los almacenes, en los vinos y las narraciones donde el tipo demoraba una alegría o apuraba alguna que otra tristeza. Eso le alcancé a leer en sus ojos cuando en los amaneceres de las borracheras levantaba su marote despeinado, pesado como un yunque, y me miraba vaporoso de reojo por el ventanal, acaso para ver si estaba, si no me había ido o si no me habían llevado. En esos momentos me sentía compañera: la encarnación de la ternura. Su compañía también en los infortunios. La mejor cabalgadura.

Conocí con él hasta los tallos finos de luz que se metían entre árboles y sombras y venían hacia nosotros, por la ruta 178, entre Pergamino y San Nicolás.

Conocí las raíces en el agua cristalina que se asemejan a sombras espejadas de otros árboles en fila, al lado del camino que nos llevaba

a la laguna La Picasa. En el camino hasta Bigand supe la aventura de prendernos detrás de un camión y la locura de que le saque, con leves toques de mi cubierta, la tierra al guardabarros del acoplado.

He recorrido con él, mentalmente, ciertos lugares en los recuerdos desde que empezó a temer, de un tiempo a esta parte, que cada viaje por las rutas podía llegar a ser el último. Lo vi pensativo y todavía más, vi que en el torbellino de algunos recuerdos encubridores se subió a mis pedales para ganar una carrera en la que nunca estuve. Se recordó conmigo y eso me llena de ternura, porque significa que me aprecia. Me metió en los escondrijos de su memoria, me hizo hacerle ganar una carrera. Hizo que sus contrincantes de otrora me miraran, en su propio recuerdo, con recelo, como adjudicándome algo de un triunfo que no me pertenece. Ni a mí ni a ninguna otra. Que le pertenece solo a él. Pero que de tan generoso que es, o de puro desmemoriado, me hace parte de sus alegrías. Hemos pasado con indiferencia al lado de perros que le ladraban el andar. Nos hemos perdido en la música que el petiso encontraba en todos lados: en esos ladridos, en el amblar de un caballo que tira de un carro, en los martillazos de las herraduras que se perdían por la calle y eran expulsados a lo lejos ni bien los superábamos, en su silbido solitario o en el del viento en los cañaverales de los caminos.

Cabeza a cabeza con otras cien bestias andrajosas, variopintas, a rodado tendido en busca de la ansiada meta, nos perdimos en el sonido seductor del friccionar del caucho con la calle, de las cadenas minuciosamente aceitadas y los rodamientos engrasados que giran con la gracia de las bailarinas. Nos perdimos en mi sonido y en el de mis compañeras. Esas tropillas de máquinas y hombres aparceros, corriendo hacia una idea, un porvenir de gloria. Y sentimos también el torbellino de respiraciones agitadas, casi asmáticas, el hipnotizante girar de las piernas livianitas en la corrida, unas humosas polvaredas, unos calores agobiantes. Vivenciamos el aliento y la gente vivando, el olor de la caída, el sahumado de la transpiración que se topa con la sangre de las rodillas. El aroma del coraje. Todo lo que ninguna pretensión estética puede ni pudo captar jamás y que habita en la memoria de una bicicleta.

Nuevamente vimos juntos el aparente humo que mana de la brea y que parece que sube lento en su propio sopor, como averiguando el aire; era una de sus obsesiones aquello que nunca llegaba a comprender. Ambos sentimos la presión: a él casi que le estalla el corazón en los esfuerzos, yo, que vi llevar hasta el extremo de las exigencias mis precisos mecanismos, que funcionaron tiempo atrás con una certeza de relojería.

He visto resonar en su evocación su mano franca de jinete sobre mi manubrio. En repetidas ocasiones ponía en mí palabras que jamás llegué a entender, mientras me ajustaba lo mío y revisaba obsesivamente mis detalles, sus aperos, la cantimplora, la fruta en la parte trasera de su remera. Los escogidos forrajes siempre verdes que crecen en las orillas de las aguadas y que eran parte de las consideraciones de los caminos, por el solo gusto de mirarlos nomás, o los terrosos senderos perpendiculares que en la propia fugacidad del andar parecían arroyos torrentosos reflejando el estrellerío y que le daban un temblequeo, casi una cosquilla por todo el cuerpo, ante lo que el petiso largaba un sonido gutural que se entrecortaba en ese mismo pasaje y que por entonces le agradaba. La libertad y el mirar desde afuera unos cuantos corrales por las tardes enormes y desiertas, el cruce imprevisto con la serpiente, las vizcacheras que aprendió a reconocer de un solo vistazo, la faena de siglos moldeando el llano en forma de viento o el crujiir de unos rastros recién pisados, todo eso era la fuente de una enorme felicidad para el petiso.

¡Qué desconsiderada es la memoria que nos pone a todas en un mismo molde, con diferencias apenas apreciables para el ojo conocedor! ¡Yo que he conocido, entre diversas bicicleterías, más bicicletas que lo que supo una generación entera, he decidido contarles una parte de la historia de este hombre!

La bicicletería está en el limbo entre los dos barrios ferroviarios de la ciudad.

Aquí se nos conoce y reconoce, y es un ambiente tan íntimo y tan solitario como la poesía.

Creo que un poco de eso, del lugar y de nuestro sitio actual, es que me viene esta actitud tan paleontóloga de mí misma y de mis recuerdos, de lo que de mí se fue con esos años mozos. Yo también me embrollo un poco y, de tanto entrar en su memoria, ya no me siento una impostora, sino apenas la materia de sus recordaciones. Pero a eso también sumo que yo misma me voy creyendo todo eso, toda su enroscada memoria, porque poniéndome a reflexionar me vienen a caer algunas fichas y pienso, además, que mi vida siempre fue la espera de algún triunfo, a la vez que mi existencia es también una sincronía de victorias. Aunque migrara de sitio, aunque me fuera de mí misma para siempre, empiezo a entender que ya no me pesa eso que esperé sin cesar y por lo tanto estoy en paz con otra cosa que me cuesta decir, nombrar o que no sé. Porque, de un tiempo a esta parte, creo que estoy en la intersección perfecta entre la negación del tiempo y la mantención de una mirada esquiva, entre la pesadilla recurrente en la que soy un desecho y mis sueños floridos debajo de la oscuridad, y más allá del desierto de cenizas del despertar.

Por eso salgo del mutismo hacia el deslucimiento.

Mis días actuales se desnucan en una sinfonía de acontecimientos obtusos y los territorios de libertad que fui habitando, los países de locura que son los recuerdos del petiso, ya van floreciendo en mí como antes solo en él; ya nos traen a los dos su pan de fantasía. Entonces ya no preciso ni siquiera el reproche de otrora de que nadie estaciona en mí desde hace un tiempo.

Aquí me tienen. Por este cuerpo pasaron mil historias. Cientos de hombres que cayeron de mí como lágrimas, como los escombros de lo que hace instantes o años (sepan disculparme el tiempo que se mezcla) fuera el paredón de un cementerio, con ese ruido de pequeño derrumbe.

Caían como cuerpos rematados a balazos, proyectiles de lluvia mancillando la carne capa por capa y la musculatura heroica y fibrosa. (Ahora los ojos me arden como si leyera llorando en el aire lo que voy diciendo, como si estuvieran recién fregados con un jabón que huele a lavandas y azahares disipándose en el viento. Como si la niebla del puchero que viene desde la cocina de la casa del petiso se conectara con mi propia memoria). El recordar difuso del petiso que crecía y crecía, crece ahora en mí como un gran delirio que más habla cuanto más se lo quiere amordazar.

El vaivén que me generaba al pararse en mis pedales llegó hasta el punto de mezclarse con el movimiento de acunar a un bebé en su memoria, y entonces me llevó hasta los tiempos en que nació su primer hijo y cómo ese viaje en bicicleta hasta el hospital fue una de sus mayores carreras contra el tiempo. Eso era, y siempre lo fue: también una carrera contra el tiempo. Carrera contra el tiempo en esta narración en la que se mezclan materialidades y temporalidades de diversas épocas.

Mejorar su tiempo siempre fue una obsesión en el petiso. Y siempre lo dijo. Era otra de sus sentencias. Ahora que lo pienso, qué hermosura, cómo suena, ¿no? Mejorar su tiempo. Si acaso pudiéramos tomar metafóricamente esa pretensión y hacer de nosotros algo mejor, mejorando nuestros tiempos. Hacer los tiempos más vivibles, podríamos pensar.

Poner todo, la vida y todo en las manos de una fantasía, como un signo abierto que ocupa el lugar de lo que falta, como noble sustituta de las incertidumbres, como eso que se materializa en las horas de conversación en las oscuridades de la siesta, en la bicicletería cerrada, dándose el petiso a la contemplación y a los sinceramientos que permitían y a la vez tapaban sus pudores. Eso éramos en la compañía del uno con el otro.

Fantasear en el recuerdo como avivar lo que camina, lo que avanza, lo que queda, lo que no se perdió, lo que podría quedar; lo que volaba en el viento del azar como una hoja que se aleja hasta depositarse allá en el minúsculo. En el porvenir. A bordo de un disfraz de futuro y utopía.

Por eso siento que cualquiera de estos días el petiso se sube a una bicicleta como yo, en ruinas, y nos regala lo que hemos olvidado por el

solo hecho de conferirnos esa felicidad perdida: alentar al amigo, al admirado conciudadano. Celebrar ese mundo nuestro, el que se unía para referenciarse y ponerse a los pies de un ciclista, de un hombre común; el de la algarabía que hemos dejado postrada por no saber recordarnos.

Quizá sea él el único que pueda unirnos nuevamente en un mismo grito. Nunca se sabe cómo y desde dónde se empieza a construir algo más grande que lo que somos, un inclusivo nosotros colectivo. Por eso, también lo rescato al petiso. Y le pongo las fichas. Sin exagerar les digo, para mí que nacen de él y de los muchos petisos que nos robaron las más maravillosas y sinceras alegrías de pensarnos abrazados un sinfín inescrutable de posibilidades de gozo y de libertad.

Y sospecho que él reconocía, aunque no lo dijera, que el placer y la autonomía que sentía tan propios al andar por los campos sin fronteras, y disfrutar del canto de los pájaros y de cómo jugaba el viento en los mazaes o en su pelo lacio debajo de la gorrita, tenían ese reverso infinito de saber que toda una ciudad unida le daba fuerzas, pedaleaba con él y vibraba entera cuando se paraba en los pedales y se disponía a entrar de lleno en el horizonte.

Calesiteros: dueños de un circo diminuto

MARCOS NÚÑEZ

LA PLATA

Rodolfo Piccone, el calesitero del Parque San Martín de La Plata, revela los avatares de un oficio en desuso y repasa los días de la pandemia. Como en el Comala de Rulfo, las voces de otras y otros calesiteros de la ciudad se cuelan en su relato y le dan forma a un arquetipo que no es ajeno a ningún bonaerense. Se estima que en la capital provincial hay una docena de calesitas, alrededor de 250 en toda la provincia. Y hay, también, al menos una en la memoria de cada bonaerense.

La primera vuelta

Poco después de haberse guarecido en la pequeña boletería, Rodolfo lamentó aquella hora incierta de la tarde en que prefirió hacer unos pesos más antes que escapar de la tormenta. Ya era tarde: el agua arremetía en todas las direcciones y, para colmo, los pibes de la plaza habían saltado el alambrado para protegerse del agua bajo el toldo de la calesita. Desde el cuartito escuchaba cómo pisoteaban todo y le dio rabia pensar que al otro día iba a tener que reparar el barco o alguno de los caballos. Entonces salió.

—Les grité de todo. Ustedes son los que siempre me rompen la calesita, les dije; yo con esto tengo que mantener a cuatro hijos. Los cagué a pedos y después me volví a meter.

Adentro, Rodolfo lo pensó mejor y se angustió: quizás esos pibes no tenían un lugar a dónde ir.

—Volví a salir, pero esta vez para disculparme. Les pedí perdón y nos quedamos hablando; seguía lloviendo, pero ya no tanto. Cierro con llave, les dije cuando me iba, total ustedes saben saltar. Háganme el favor, no me rompan nada. Vaya tranquilo, me dijeron. Dos meses después, cerca de navidad, los mismos chicos se acercaron a la calesita con una sidra para brindar por el año que se iba. Me partieron el alma. Después, sin querer, sin pensarlo, me puse a escribir una obra de teatro infantil. La escribí por escribirla, como quien escribe un poema.

La ópera prima de Rodolfo va de un grupo de vándalos que destroza la calesita de un hombre viejo y entusiasta que se empeña en sacarles una sonrisa a los niños. *El precio, una sonrisa* lo convirtió a Rodolfo en dramaturgo. Luego armó un elenco y la presentó por primera vez en el teatro del Colegio de Odontólogos de La Plata.

*

—Creo que ando por los 64 —dice Rodolfo Piccone y, aunque nadie pueda verlo, detrás del barbijo estira la comisura de los labios en una sonrisa. Es un hombre bajo, de pelo negrísimo, que habla lento, muy lento. Cada tanto juega nervioso con los dedos gruesos de las manos.

Timonea la calesita del Parque San Martín de La Plata desde hace una década. En realidad, hace todavía más tiempo. Y antes tuvo la de Plaza Belgrano. El hombre camina de la boletería al corazón de la calesita, de donde saca una tabla y observa el motor, quizás un engranaje viejo. Vuelve a colocar la tabla y regresa a la boletería y desde allí le da arranque. Paciente, rehace sus pasos hacia la calesita y tira de una baranda: más bien la empuja. Más maña que fuerza. Entonces los monigotes empiezan a girar. Rodolfo se mueve con naturalidad en ese espacio demarcado por una reja baja. La calesita, su calesita, está en la capital de la provincia de Buenos Aires, aunque bien podría estar en una plaza de Carmen de Patagones, Trenque Lauquen o Madariaga.

Desde los 17 trabajó como empleado administrativo; tuvo un departamento y lo vendió para ponerse una cafetería que, pasado un tiempo, también vendió; después trabajó en una mueblería hasta que decidió

abrir la propia. Eran los días del gobierno de Raúl Alfonsín y se vendía muy bien, tanto que las fábricas de muebles no daban abasto. Antes de largar se peleó con los proveedores porque le entregaban las cunas que encargaban las madres embarazadas cuando las criaturas ya tenían un año. Entrada la última década del siglo, se le ocurrió tener una calesita.

—Siempre fui una especie de buscavidas —reconoce.

La de Plaza Belgrano fue su primera calesita. Se enteró de que el dueño vendía y fue a medias con un socio. Se entusiasmaron tanto que hasta colocaron una máquina de burbujas que a los chicos les encantaba, pero la sacaron porque el detergente que usaban empezó a picar el esmalte de los caballitos.

Promediaban los años 90 y Rodolfo Piccone le vendió a su socio su parte de la calesita de Plaza Belgrano, cansado de los ataques vandálicos. En ocho años no habían sido pocas las veces que había encontrado la calesita toda meada o figuras con patas cercenadas. Pero el episodio del caballito fucsia había colmado su paciencia.

—Hacía poco nos habíamos llevado los caballitos a casa para lijarlos a fondo y darles color. Pintamos uno de fucsia con corazones celestes; era el más grande, todos se querían subir a ese: se formaba cola. Los sábados, cuando llegábamos, de la gente que había parecía que estábamos entrando a una función; lo primero que hacíamos era poner globos en todas las columnas, después empezaban a subir. Muchos chicos dejaban pasar la vuelta para ir a ese caballito. Pero un lunes llegamos y el caballito no estaba. Apareció todo destrozado, la gente se acercaba para traernos la pata que había encontrado o la cabeza.

Atendió por última vez la boletería un día de sol. El pochoclero, que como siempre había detenido su carro a un costado del alambrado perimetral, regaba la calesita con el olor a azúcar quemada de la garraña. Rodolfo estiró las vueltas tanto como pudo y disfrutó de la música que es para él la risa de los niños. Aquella tarde, con el último sol, Rodolfo se bajó de la calesita. No sería, sin embargo, su última vuelta.

*

El precio, una sonrisa, la obra que Piccone había escrito a partir de sus días como calesitero, empezó a girar por el circuito de teatro independiente de la ciudad con cierto éxito. Conformó un pequeño elenco y ensayó tanto como pudo. Y confeccionó minuciosamente todo el decorado. Si bien se trataba de la primera pieza que había escrito, no era la primera vez que pisaba el mundo de las tablas.

—Al teatro lo llevo en la sangre, hay artistas en la familia. Mi papá actuó en alguna película y mi hermano cantó siempre y también da clases. Cuando era chico hacía imitaciones a pedido de mi abuela. De grande estudié en la Facultad de Bellas Artes y un día de la primavera hicimos un festival; preparé como si fuera una revista varios números que no tienen que ver uno con otro. Y salió muy bien, incluso me preguntaban si me dedicaba a eso. Y ahí se me despertó: empecé a estudiar teatro. Estudié en la Escuela de Teatro con un gran maestro, Francisco Javier. Yo era un payaso. Un día escuché a Alfredo Alcón decir que estudiaba con Francisco Javier y me avergoncé, porque no lo tomaba con seriedad. Para mí era un juego.

Hacia el final del siglo *El precio, una sonrisa* había hecho su recorrido: la Dirección General de Cultura y Educación bonaerense la había declarado de interés educativo; había sido declarada de interés provincial por la Cámara de Senadores de la provincia de Buenos Aires y había recibido el reconocimiento de la Secretaría de Cultura y Comunicación de la Nación. Incluso, en La Plata, había sido declarada de interés Municipal.

—En el 2001 viajé a Estados Unidos en un intercambio del Rotary Club. Allá, en Nueva York, la presenté en el Ministerio de Educación, dejé el argumento y volví a la semana; me dijeron que les había gustado y me ofrecieron darlo en las escuelas bilingües, me iban a pagar dos mil dólares por función. Querían que armara el elenco ahí pero yo les dije que me debía a mi gente de Argentina. Y me volví. Antes de irme, uno de los chicos del elenco me había dicho: “Rodolfo, no te vas a quedar allá triunfando y nos vas a dejar en banda”. Y eso me quedó.

Piccone volvió a la Argentina con algo más que la experiencia de haber viajado, un nuevo lauro para prender de su obra: el reconocimiento del Departamento de Educación de la Ciudad de Nueva York.

*

En otro rincón de La Plata, frente al centenario Hospital de Niños Sor María Ludovica, Silvia Steiner tiene desde hace 27 años la llave del único carrusel de la ciudad. Está emplazado en el corazón de Parque Saavedra. Las manos blandas de Silvia acompañan cada cosa que dice. Más bien las dibujan.

—El día que se anunció la cuarentena yo volvía de trabajar en la calesita. En ese momento no supe que había cerrado con llave y no volvería durante seis meses y medio. No salí, me cuidé. Incluso dejé de hacerme los controles. Algún pariente y varios vecinos me mandaban fotos para que viera que estaba todo bien. Trabajo hace 55 años y era la primera vez que paraba. No tengo sábados ni domingos: siempre estoy acá. La pandemia me afectó porque no estoy acostumbrada a no trabajar. Acá pasé por la inundación, por tormentas y por granizo, pero nunca pasé tantos días sin trabajar. Esta calesita es mi lugar. Por acá vi varias generaciones, muchos chicos que pasaron por acá ahora vienen con sus hijos. Las plantas se arruinaron casi todas; planté nuevas. Tuve que pintar. Y mi hijo lavó el techo. Entre los dos sacamos siete bolsas de consorcio llenas de las agujas de los pinos. Nunca había estado así la calesita. Ningún día desde que la compramos y la pusimos, primero, en el Walmart que está sobre Camino Centenario en 1997 y, tres años después, acá: en el Parque Saavedra. El parque es muy familiar, pero también es un poco triste. Porque está frente al hospital y por más que una no se quiera involucrar se conocen muchas personas. Muchas veces me tocó ver llegar esas camionetas funerarias: y ya sabés que algo pasó. Cuando pusimos la calesita acá conocimos a una nena a la que le tenían que hacer un trasplante de médula. Hicimos una amistad con la familia. Un día la nena vino con una plantita y hoy, tantos años después, sigue estando. Lamentablemente, cuando cumplió 15 esa chica falleció.

Y la mamá me pidió que nunca desapareciera la calesita. Siempre digo que el día que ya no tenga más la calesita voy a poner un consultorio: “Silvia escucha”. Acá he pasado dificultades, ha habido problemas de alta tensión y se ha quemado el variador de frecuencia. Otra vez se cortó el cigüeñal. Pero lo más triste fue el incendio. Perdí muchas cartas y dibujos de los chicos porque estaban en la boletería cuando la quemaron. Tenía muchas fotos también. No conozco otras plazas porque siempre estoy acá. Acá todos se quieren subir al caballito: como es carrusel, el caballo sube y baja.

La segunda vuelta

Un día de 2002 Rodolfo Piccone se enteró que había una persona en el barrio de Los Hornos, en el sur de La Plata, que vendía una calesita. Fue entonces que confirmó que siempre había querido ser calesitero. Cuando la fue a ver era una maraña de hierros oxidados arrumbada en el fondo de una vieja casa; apenas servía el motor y uno o dos monigotes. La compró y tramitó la habilitación para instalarla en el Parque San Martín, a unas seis cuadras del corazón de la ciudad. En el tiempo que la instaló todavía no había tantos edificios y podían distinguirse las torres de la Catedral de La Plata que le daban la espalda al parque.

Además de un dinero que tenía ahorrado, Piccone vendió su auto para hacer el piso, colocarle una lona nueva a la calesita y alambrar el perímetro. Poco a poco la puso a punto y le fue comprando las figuras de fibra: un par de autos, caballos, elefantes, barcos y aviones.

—¿Qué es la calesita para vos, Rodolfo?

—La calesita es ese diminuto circo que jamás debiera desaparecer. Es eso, la calesita tiene un poco de la magia del circo; incluso, si la mirás bien, es como un circo: la forma, la lona. Lamentablemente fueron desapareciendo, quedan pocas.

—¿Se hace plata con una calesita?

—No, no vas a encontrar un comerciante detrás de la calesita. Generalmente es un bohemio muy especial.

La boletería es un lugar pequeño con las paredes pintadas de blanco y techo a dos aguas. Adentro, la única luz ingresa por la puerta abierta; la ventanilla, a través de la que vende los tickets, estuvo cerrada durante siete meses en la época más difícil de la pandemia. Cuando está abierta, el ínfimo lugar se inunda de sol y risas. En un rincón hay algunas latas de pintura, una escoba y la banqueta de Rodolfo.

—¿Y la sortija?

—Esa la tengo guardada —dice Rodolfo, que se mete al pequeño cuarto y saca algo de detrás de la puerta: un objeto de madera con forma de pera—. Antiguamente se usaba un poste con una cadena que tenía en el extremo la pera con la sortija. Estaba atada porque antes venían pibes de 14 años que, en el afán de manotear la pera, arrastraban al calesitero. Ahora, con suerte vienen los chicos de 7 años. Cuando estaba en plaza Belgrano todavía venían los de 7; pero ahora vienen hasta 5 o 6 años.

Rodolfo revela que con él todos sacan la sortija. A algunos se la pone más fácil y a otros los hace enchinchar, pero a la larga todos tienen su vuelta gratis. En la actualidad, una ficha cuesta alrededor de \$50 y la vuelta dura entre tres y cuatro minutos.

—En realidad, la vuelta la regulo, porque a veces le hacés un mal al nene. Hay padres que compran diez fichas, algo que no me sirve ni a mí ni al nene porque después de la sexta se va solo. Entonces la regulo, corto más rápido. Porque si no le quito la fantasía al chico: se aburre y no viene más.

La sortija es sinónimo de felicidad. Es seguir dando vueltas, prolongar la estancia en un lugar en el que no hay que tener los pies sobre la tierra. Pero, incluso en una calesita, no todas las historias son felices.

—Me acuerdo de una nena a la que yo le jugaba con la sortija y la madre miraba chocha. La chica tenía un gorrito y atiné a sacárselo, pero no pude. Entonces se acercó la mamá y me dijo que no se lo sacara, que estaba peleando contra el cáncer. Me metí en la boletería y no pude salir de la angustia. La familia se hizo habitué y venía todos los sábados;

eran tres hermanos. Después me enteré de que la nena estaba internada y la fui a ver y, para darle ánimo, le propuse que formara parte del grupo de teatro infantil. Le llevé mi libreto y después volví a preguntarle si lo había leído, pero me contó que ya no podía leer. Poco después falleció.

*

Patricia Franchi tiene 47 años y más de una década al comando de la calesita de Plaza Belgrano. Las facciones afiladas de su rostro imponen una rigidez que rápidamente desarma el tono de su voz, que envuelve y abraza.

—Soy ingeniera en sistemas, trabajé seis años en Capital y para no tener que viajar tanto y poder pasar más tiempo con mis hijas me compré la calesita. Se me dio. Hoy me dedico a la docencia secundaria y tengo otras actividades, además de la calesita. Si bien la pandemia no me afectó tanto porque tenía otro ingreso, yo tengo esta filosofía: si entra menos, gasto menos; me arreglo con lo que tengo. Más allá de todo lo que pasó, que fue horrible, lo pienso como un tiempo del que disfruté más de mis hijas. Más relajada y no corriendo con los horarios. En la calesita la paso bien. Más allá de que es mi entrada principal, la docencia fue como el plan B de la vida. Igualmente sigo especializándome. Durante el 2020 fui poco a la calesita, mi papá iba seguido y se encargaba del mantenimiento. Una vez fui y vi a los chicos en la plaza; querían entrar y mi papá les dio una vuelta cortita. Me gusta mucho hablar con las personas, esa parte social es la que más me interesa. Que me cuenten sus historias. Siempre van los mismos y charlamos. Ser calesitera es algo más de todo lo que hago. Porque también administro edificios. Hago pericias informáticas para la Corte Suprema. E insisto: durante seis años me levanté a las seis de la mañana para trabajar en Capital, me la pasaba viajando. Me gustaba, pero cuando tuve hijas fue distinto. Un tiempo las dejaba en casa de mi mamá a las siete y no las veía hasta las ocho de la noche. Con ellas iba mucho a la calesita de plaza Irigoyen, la calesita de Tino; y también a la de plaza Brandsen, que era de una señora que era médica. Y yo pensaba qué bueno tener

una calesita; son tres horas a la tarde, a la mañana tenés tu tiempo. Es la comodidad de hacer lo que a uno le gusta, sin demasiadas exigencias; era algo divertido, lindo; estar con los niños. Me entusiasmé con la idea y empecé a averiguar hasta que se me dio y pude comprar la de plaza Belgrano. Al principio me gustó la idea de ir en contra de la corriente; estar en casa cuando todos trabajan e ir luego tres horas a la tarde a divertirme. Conocés mucho a las personas. A mí me gustó y me quedo con esto. Lo elijo todos los días. Me gusta mucho conocer gente, sus experiencias, las historias. Una señora me contó que una amiga tenía una hija que murió ahogada; y como siempre iban a una calesita y a la chica le gustaba, la cremaron y esparcieron las cenizas alrededor de la calesita. Cada persona tiene su historia en la calesita. También desde acá se ve la parte de la sociedad vulnerable; muchos chicos que vienen y me hablan; se ve otra realidad en la calle, en la vía pública. A los chicos les encanta la sortija. La hago yo. La idea es que todos ganen; y si ves que alguno no la agarra, se la tenés que poner fácil, con ayudita. Porque la idea es que la agarren todos, que no la agarre siempre el mismo. Y por ahí los chicos dicen “hiciste trampa”.

La tercera vuelta

En 2009 Rodolfo acordó la venta de la calesita: volvería a manos del hombre al que se la había comprado. Junto a su esposa esperaban la llegada de un hijo, Brando, y creyó que con más tiempo libre se prepararía mejor. El acuerdo eran cuatro pagos, pero, entregado el primer dinero, el nuevo dueño se instaló y no volvió a pagar más.

—Me resigné, la di por perdida. Mis amigos me decían que el tipo era un sinvergüenza, que se la prendiera fuego, que le robara los cabaillitos. Pero yo no hice nada de eso. Ya la había perdido.

Rodolfo se olvidó del asunto casi una década, hasta que un día de 2019 un amigo le dijo que la calesita estaba abandonada. Fue a verla —es una forma de decir, porque los pastizales la tapaban— y comprobó que le habían robado el motor y habían vaciado la boletería: el hombre

que él conocía había muerto y la calesita había quedado a la deriva. Hizo las averiguaciones legales y le dijeron que era legítimamente de él: nunca nadie había completado el pago. Es decir, la venta no fue tal. Le llevó algún tiempo ponerla a punto, pero lo hizo con la ayuda de Brando, que ya tenía 10 años. Cortaron el pasto que a la fuerza había crecido a través de la base agrietada de cemento, pintaron las rejas con una pintura que consiguieron a buen precio y reconstruyeron las pocas figuras que estaban en pie.

Pero llegó la pandemia.

*

Pablo Cinti estrenó el título de calesitero el 14 de septiembre de 2018. Recuerda la fecha como si fuera la de su cumpleaños. La Pituquita, así se llama la calesita, está en la plaza de 530 y 2, al filo del casco urbano de La Plata. Como un amuleto, Pablo lleva colgado del cuello un silbato de salvavidas; en su relato, cada tanto hace una pausa y con una mano lo toma, lo aprieta y sigue.

—Hace 49 años vivo a 10 cuadras de la calesita. Yo venía a este lugar desde muy chico; es algo lindo que atraviesa a muchas generaciones. Siempre tuve el sueño de tener una calesita propia, y sobre todo la calesita de mi barrio, Tolosa. Me hice amigo de la gente que la fundó, Adelia y Chino. Dos personas excepcionales; compartí la primaria con su hija, Laura, en la Escuela 31. Soy profesor de Educación Física y guardavida, y hasta hace poco tiempo fui profesor de esa escuela. La calesita es un emprendimiento romántico, porque no se hace negocio. No voy a decir que se pierde plata pero no se hace una diferencia económica. Creo que nadie puede llegar a vivir de la calesita. Creo que todos tenemos un rol en esta sociedad. Tuve muchas dificultades a nivel personal y de salud de chico y tuve la suerte de poder recibirme de una carrera. Además de profe de educación física soy técnico nacional de natación y guardavida. Fui incluso coordinador de guardavidas. Un día se me ocurrió empezar a animar fiestas infantiles y otro día creé la recreación en las plazas: ponía camas elásticas, inflables y metegoles, y cobraba

monedas. Siempre digo que me considero un Robin Hood de la animación. Creo que para triunfar no tenés que ser ni bueno ni malo, tenés que ser raro y distinto. Me considero una persona afortunada porque puedo vivir de lo que me gusta y quiero y amo, la recreación y la educación física. Me impuse un legado social, una responsabilidad. Hago recreación gratis en comedores comunitarios, cárceles, colegios. La calesita es un emprendimiento familiar que comenzamos con mi hermano y mi mamá. Mi mamá tiene sus años y maneja con gran calidez la calesita, pone tangos. En ese contexto el coronavirus fue un rayo, nos agarró indefensos. El anuncio de la cuarentena tuvo el mismo efecto sorpresa que el 2 de abril. Aquel día salvé a mucha gente casi ahogada, incluso yo casi me ahogo. Es algo que no había pasado jamás. Ignoré todo lo que iba a venir; incluso ahora mismo ignoramos qué va a pasar mañana. Qué va a venir. Tuve que acostumbrarme y aprender a vivir con la pandemia, reinventarme. Valoro mucho a la gente que hace cosas nuevas. Durante esos días de 2020 siempre me daba una vuelta por la calesita; abría y cerraba. Miraba a ver si estaban todos los caballitos; se los han robado muchas veces. Un domingo vine y me agarró mucha tristeza y mucha angustia: tuve ganas de llorar. Vi a muchos chicos abrazados a las rejas, deseando la calesita. Esto les da mucha felicidad. Cuando vienen chicos sin plata los hago subir igual. Es una alegría que no se olvidan más. Obviamente que uno vive de esto y no puedo hacerlo siempre gratis. Pero siempre tiene que existir la solidaridad. La vuelta dura entre tres y cuatro minutos, aproximadamente lo que dura una canción. Cuando empecé salía 10 pesos la vuelta. Para la calesita son fundamentales las condiciones climáticas. Un domingo lindo se llena pero después, de lunes a viernes, capaz no viene nadie. Yo abro todos los días por la tarde. En invierno se abre más temprano y se cierra más temprano, y en verano es todo más tarde. Hay muchos nenes que no se le animan a la calesita, le tienen miedo. Y siempre con algún caramelo o chocolate lo convencemos: está bueno ver cómo pierden el miedo. Ser Calesitero es un oficio más de lo que siempre hice por la recreación. Es algo que siempre me llamó la atención, yo venía de chico acá. Todos los que viven en Tolosa han venido acá. Me encantó la idea de seguir con la

tradición de la calesita de Tolosa. Yo me puedo reinventar, pero no me voy a alejar de lo que me gusta, de la calesita y la recreación. No me veo alejado de la calesita. Yo disfruto el trabajo. Yo nací con hemiplejía en toda la parte izquierda; tengo una mano y una pierna más cortas. Mi mamá tuvo un ACV cuando yo estaba por nacer. En el año 73. Estaba mirando la vidriera de Casa Tía y explotó una bomba en la Facultad de Humanidades, en 7 entre 48 y 49. Estaba de 9 meses. Yo nací casi paralítico. Tengo una mano y media. Y una pierna y media. Después me enamoré del deporte. Vengo de una familia de clase media y mis padres y hermanos me dieron todo el apoyo para poder rehabilitarme. Y además tuve conciencia: primero pensé ¿por qué a mí? Después empecé a pensar ¿por qué no a mí? Me hice cargo. Hice todo tipo de deportes y participé de la Selección Argentina de chicos con problemas físicos en fútbol. Era arquero. Quise ser arquero para que el desafío fuera más grande. De las debilidades hice fortalezas.

*

La del 19 de marzo de 2020 fue una tarde cálida y la calesita trabajó bien. Cuando colocó el candado y, con eso, cerró el perímetro, Rodolfo no sabía que iba a volver a ver su calesita recién tres meses después. Esa noche, el presidente Alberto Fernández anunció el inicio del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO) por la pandemia de coronavirus. Como muchas actividades, la calesita no sería un rubro habilitado para seguir funcionando.

—Al principio no le di tanta importancia, no me imaginé semejante catástrofe mundial: no solo por la cifra de muertos, sino por la pausa económica, incluso cultural. Cuando no pude trabajar me puse a arreglar mi casa porque la tenía muy descuidada; pinté y trabajé en la habitación de los chicos. Después me puse a hacer videos con mi hijo Brando, videos de humor para compartir con amigos. Hicimos cerca de diez y poco a poco me fui quedando sin nafta; se me fue el humor. Me afectó mucho.

Actualmente Rodolfo Piccone cobra una jubilación mínima. La pandemia del coronavirus puso en suspenso su ingreso como calesitero y también su actividad como profesor de teatro.

—No seguí con las clases virtuales: rehuyo a todo lo que es tecnología. Además en las clases de teatro necesitás del otro, del contacto. Durante este tiempo empecé a vender productos de una química, unas alfombras para sanitizar que se ponen en la entrada de los negocios. Hice cosas para ir manteniéndome y nunca perdí la ilusión de abrir.

A los tres meses del inicio del ASPO, Rodolfo empezó a ir a su calesita para hacerle arreglos. Cambió los paneles que ocultan el motor porque estaban sujetos con alambre; buscó materiales nobles pero a la vez económicos, que estuvieran en sus posibilidades: quería hacerla vistosa y la llenó de dibujos, algo que siempre se le dio bien. Durante todos esos días vio muchos chicos que se acercaban al alambrado y lo miraban trabajar. Sentía un dolor terrible porque no podía encender el motor para ellos.

—Me partía el alma verlos apoyados contra el alambrado mirando para adentro. Una tarde estaba abriendo la calesita y vino un matrimonio con un nenito que se les soltó de la mano. Corrí a abrazarme y me dijo: ¿te acordás que yo soy tu amigo? Sí, cómo no me voy a acordar, le dije. Yo soy el que sacó la sortija, me dijo. Todos sacan la sortija, pensé yo. Fue maravilloso.

*

—A esta, cuando la encendemos, le doy un enviñón —dice Rodolfo mirando la calesita—. Porque cuando no la empujo saltan los taponés. Quizás porque es antigua, no sé si pasará lo mismo con las calesitas nuevas. Pero no es muy pesada, es más que nada “cancha”.

Un empujón, sin embargo, no siempre es suficiente.

—Un sábado estaba lleno de gente y se me cortó la correa. Fui a la ferretería y compré una bisagra para intentar enmendarla, pero la destruyó; muchos se fueron y otros se quedaron esperando. En eso vino un payaso amigo que andaba en moto; le contamos qué estaba pasando y

se fue. Al rato volvió con esas manijas que tienen los bolsones de arena que se ven en la construcción y con eso compusimos la correa: todavía está andando. Era el payaso Piruchito.

Rodolfo no se imagina la vida sin la calesita. No hay un interruptor que apague su entusiasmo: desde que se despierta en la mañana su mente trabaja en pos de corregir algún detalle, hacer un arreglo o pintar una novedad en torno a la calesita.

—Los días de lluvia son días tristes —reconoce Rodolfo. Y no es para menos, porque el candado de la puerta de ingreso a la calesita espera en vano la llave. Y no hay nadie en la boletería para escuchar el golpeteo unánime de las gotas contra el techo. El agua encharca todo y la plaza vacía cae en el abismo que es la calesita silenciosa. Cada tanto, como un latigazo, el viento que sacude la lona quiebra la monotonía; un momento después el estruendo es el propio silencio.

Cuando la noche pandémica cayó, Rodolfo le escribió una carta al gobernador diciéndole que la calesita era uno más de los juegos que habitan las plazas y parques junto a las hamacas, los toboganes y los sube y baja, y que por lo tanto debían seguir funcionando. Incluso le confió lo que venía planeando:

—El día de la reinauguración —dice que le dijo— vamos a poner un palco y vamos a hacer la obra de teatro; y va a haber chocolatada gratis y golosinas para todos los chicos, y karaoke para los más grandes. Y quizás hasta haya fuegos artificiales.

*

El 6 de diciembre de 2020, cuando la descompresión de la situación epidemiológica permitió relajar las restricciones, la calesita de Rodolfo Piccone volvió a girar. Fue una fiesta: hubo golosinas y globos para los chicos, fuegos artificiales y hasta el sorteo de una bicicleta. Y todos, de algún mundo, sacaron ese día la sortija, porque Rodolfo no cobró entrada.

Tomatito y El Mula: historias de tierra adentro

NAZARENO MANCCIONE

TAPALQUÉ

El pueblo

Tapalqué es un pueblo de diez mil habitantes ubicado al centro de la provincia de Buenos Aires. Su origen se remonta a la línea de fortines de la frontera sur durante la gobernación de Juan Manuel de Rosas. Aquel fortín original y los primeros ranchos estaban ubicados en realidad a 16 kilómetros al sur del pueblo actual. Ciento cincuenta y cinco años más tarde, supera por poco las veinte cuadras de largo por siete de ancho. Son casas bajas que hacia las afueras se intercalan con terrenos baldíos y barrios construidos por el Estado, y hacia el centro, en cambio, con las llamadas “casas chorizo” de estilo italiano, sobre todo cuando nos acercamos a la plaza principal. Allí también, cumpliendo con la típica traza española, clavaron la iglesia y la municipalidad.

En esas calles, de las que nadie necesita aprenderse el nombre, se despliega lo típico de todo pueblo: la gente se saluda más no sea cabeceando, deja sueltas las bicicletas, pisa las veredas solo de las avenidas y por supuesto da la famosa “vuelta al perro”. Ese ir y venir en auto por la avenida principal, volviendo a mirar un pueblo en apariencia dormido es, en realidad, un dispositivo para la conversación.

Otras veces al tema lo brinda la sirena de los bomberos voluntarios que aúlla tanto en las tragedias como en los festejos. Y por supuesto está el clima, la puerta de entrada a cualquier charla, con frases cotidianas como: “ta’ fresco”, “a la mañana no soplabo tanto”, “jodió nomás al final, cuatro gotas cayeron”, y las mejores: “está el viento de afuera,

va a caer una helada bárbara esta noche”; “se recostó la tormenta”. Esas son las cosas de pueblo chico. Las de infierno grande son las mismas que en todos lados, aunque acá portan nombre y apellido. Solo faltaría mencionar que hay dos clubes deportivos para espabilar cada tanto con un clásico de fútbol, un club social venido a menos, las sociedades de inmigrantes (italiana y española), y un puñado de iglesias evangélicas en plena reproducción; todo eso a la vera de un arroyo y rodeado por campos dedicados mayoritariamente a la explotación ganadera. El silencio espeso se agujerea de vez en cuando por ladridos de perros, alguna motito que avispea sin silenciador en el escape, las bocinas de caravanas políticas o de gente que celebra casamientos, los graznidos de los cuervillos de cañada que vuelan en bandadas en busca de lagunas, algún gallo que canta a destiempo, el bramido de un reguetón desde un auto tuneado; y cuando es fecha de apartar los terneros o si se acerca una feria de ganado, desde el fondo sereno de la noche, como desde un recuerdo, se oyen los mugidos opacos de las vacas.

*

Todos los 7 de noviembre Tapalqué celebra el aniversario de su fundación en 1863 con un acto protocolar, un desfile institucional, otro criollo tradicional y por supuesto un festival de danza y música; y en esos rituales puede verse una síntesis, una idea condensada del pueblo.

La fiesta del día del pueblo tiene dos caras, o mejor, tiene una fiesta adentro de la otra. La cara visible es el festival de danza y música del escenario principal. Ese desfile de artistas es presentado por un hombre que conduce micrófono en mano y que es capaz hasta de arengar al público del Titanic, con el agua al cuello, para que le pidan “otra” a la banda. Se llama Luis Brighenti, aunque ese nombre lo usa solo para rellenar planillas, acá se lo conoce por “Tomatito”, el payaso que hace ocho años el destino, empujado por el amor, trajo a Tapalqué. Hasta entonces no sabía lo que era ser de “un lugar”, era de todos y de ninguno. Nació en el circo más popular y querido del que tengamos memoria,

Papelito, y conduce la mayoría de los eventos y shows organizados por la municipalidad de Tapalqué.

El lado B, que suelen llamar “Fiesta del Cantón Tapalqué”, es un evento gastronómico a total beneficio de varias escuelas rurales. Allí se cocinan para la venta corderos, lechones, costillares, a veces pollos. El número de animales puede superar ampliamente los treinta, pero el plato principal es una vaca asada entera con cuero y todo. Aunque más que de cocina se trata de una obra de ingeniería, de un oficio, una baquía e incluso del amor y la pasión. Semejante puesta requiere de la colaboración de maestras y maestros, familias, amigos, puesteros, peones, exalumnos, que todos los años se vuelven a ver las caras durante doce largas horas. Pero hay un hombre, me dicen, que maneja los fuegos a su antojo y es capaz de asar todo tipo de cortes y cantidades, desde una vaca entera hasta un pollo, y servirlos en el momento exacto, ni antes ni más tarde. Se llama Néstor Grasso, “El Mula”, vive en Crotto, una localidad rural del partido de Tapalqué, y es quien comanda desde el primer día esta épica gauchesca.

Me pregunto quiénes son Tomatito y el Mula, qué hay detrás de esos apodos en los que se sospechan historias diferentes. Cómo llegaron a ser parte de una misma fiesta en la que no cruzan palabra ni mirada. Cara y cruz de un evento que año a año se repite casi sin modificaciones, como un ritual. Me pregunto qué me atrae de esos dos personajes; sospecho que su pasión, sospecho que su entrega, y también sospecho que en esos hombres comunes aún sobreviven ciertas prácticas en vías de extinción y que son parte de lo que hemos sido, y tal vez, solo tal vez, sigamos siendo en estas tierras chatas de adentro.

Voy a invertir el orden y a empezar por el detrás del telón, por aquel que hace la fiesta silenciosa, voy a Crotto en busca de “El Mula”.

Crotto

Marcelo, profe de música en una escuela rural, hace sonar la bocina en la puerta de mi casa. Han pasado quince minutos de las siete de la

mañana y, aunque octubre se está yendo, el día encapotado de neblina obliga a descolgar las camperas de los placares. A donde voy no hay mejor transporte que el auto de un docente; viajan a diario rotando los vehículos y compartiendo gastos, si hay lugar, uno puede aprovecharlo.

La Avenida 9 de Julio se estira hasta la estación de trenes, ahí doblamos hacia la izquierda tomando un camino rural, cruzamos las vías, ahora las tenemos a nuestra izquierda y así será durante todo el viaje. Las únicas curvas del camino están en cada estación: Tapalqué, Altona, Crotto. Por lo demás el camino es recto, perfecto, nada hubo que esquivar cuando se hizo: ni elevaciones, ni arroyos, ni montes, ni lagunas, nada. Es un tajo a la intemperie sobre el lomo verde de la inmensidad.

La espesura de la neblina —por momentos llovizna— no alcanza a ocultar las constantes siluetas de ganado que se transparentan hacia el horizonte en todas direcciones. A la izquierda, el terraplén de la vía rompe miseramente con la simetría del paisaje, sumamos kilómetros y el escenario es el mismo, nada por aquí, vacas por allá.

Camino, vías, tendido eléctrico con sus postes, alambrados, y la omnipresencia del horizonte, la línea recta parece ser una obsesión. La llanura es un paisaje tendido boca arriba que más que de la mirada requiere del tacto para conocerlo y disfrutarlo. Hay que pisarlo, caminarlo metro a metro y recién ahí esa obviedad abstracta se vuelve todo sutileza.

Después de 30 kilómetros, por fin, una línea de pinos jóvenes a ambos lados del camino, las curvas y detrás, Crotto.

Lo primero que se ve es el típico cartel con letras blancas en cemento que forman el nombre propio, y lo segundo, otro cartel en madera: “En este lugar no mate más que el tiempo, no saque más que fotos, no deje más que huellas”.

El lugar tiene sus curiosidades y hubo cosas que me llamaron la atención: la garita para el que hace dedo, las diagonales hacia la plaza principal, los nombres de las calles, que incluyen hombres y mujeres comunes, un almacenero, una enfermera, un delegado, las rosas en la

mayoría de los jardines, y los troncos de los árboles pintados de blanco, práctica que creía extinta.

Son las ocho de la mañana y la neblina da un aspecto fantasmal, metafísico al pueblo. Cruzo pocos perros, algunos gallos. Todo está al alcance de la mano, es de un orden y limpieza detallada —sospechosa— y se nombra en singular: la fonda, la carnicería, el almacén y “El Mula”, Néstor Grasso, quien desde su patio acaba de oír mis palmas en la vereda y se acerca sereno, a pasos enormes, zancadas que se comen la distancia que nos separa.

El hombre

Néstor tiene 66 años. Nació en Crotto y allí vive, aunque trabajó toda su vida en estancias de alrededores.

—Siempre he'stao en el campo, trabajé veinticinco años en la estancia Las Achiras, también he andao en otras colocaciones... Siempre he'stao en el campo.

Está jubilado, pero tiene a cargo la planta de agua potable de Crotto. Vive con Olga, su compañera, y juntos tienen la carnicería del pueblo; sus tres hijas viven en Tapalqué. Llega cómodo al metro noventa y no tan cómodo supera los cien kilos. El bigote le cubre casi la totalidad de la boca, las cejas tupidas enmarcan unos ojos pequeños de mirada plácida, afable. Todavía está un poco fresco, pero Néstor viste camisa celeste mangas cortas, pantalón de jean pinzado, alpargatas, boina y un corbatín negro.

—En los asaos siempre he andao metido, en los asaos más grandes. Desde ya, no solo yo, me han ayudao. El trabajo es grande, preparar una vaca no es pa' cualquiera. Yo hago todo el proceso con el Pampa Bianchi —dice, llevando la charla directo al grano.

Cuando habla parece apretar las palabras, frenarlas sobre la última sílaba, achatrarlas, alternando frases cortas, rápidas y certeras con pausas breves. Esa es la cadencia del habla campera, la métrica gauchesca por excelencia.

Todo lo que sabe lo aprendió mirando y haciendo, arriesgando, en asados que son desafíos que le gusta afrontar. Prefiere usar manteras y asadores, ha realizado verdaderos banquetes para 600 o 700 personas, en alguna ocasión asó hasta tres vacas con cuero simultáneamente y ha llevado a cabo performances maratónicas de hasta dos días de asado. En el año 2009 ganó junto a Edgardo Bianchi, su cuñado y compañero de aventuras, el primer premio en un mentado concurso de Olavarría, “Un aplauso para el asador”, y enmarcado en su casa exhibe como un pergamino los versos que le dedicó el reconocido payador Carlos Marchesini.

—Es la parte más brava hacer el asao, porque te cagás de calor, andás sucio adelante de la gente... —dice y hace un paréntesis en su relato para preguntar: —¿Vamos a tomar mate?

Parado en la cocina frente a la mesada parece todavía más alto, y las manos acostumbradas a una vida de trabajo bruto preparan el mate, ponen un individual de cuerina negra sobre la mesa, encima una bandeja de acero inoxidable, un posapava y recién después la pava floreada de bazar moderno y un mate de madera negro.

—En una fiesta, viste, nadie quiere andar sucio adelante de la gente. Yo soy medio... En eso no me importa. Si hay una fiesta capaz que no me siento en las mesas, estoy más vale apartao, no me gusta, soy medio arisco pa' la sociedad. Yo no he tenido mucho estudio, he ido hasta tercer grado nomás. Vos me das una computadora y la miro —dice todavía parado, esperando que el agua alcance la temperatura ideal.

Néstor pasó su infancia en Crotto, a los nueve años abandonó la escuela después de muchas veces de desviar el camino hacia la fonda y volverse un experto en el tiragol. A las cuatro de la tarde esperaba a sus hermanas que volvían y se sumaba al regreso a casa. El engaño no iba a durar mucho, así que el próximo atajo lo llevó directo a la vida del trabajo, del trabajo bruto, del trabajo de poner el tiempo y el cuerpo, sobre todo el cuerpo.

— Cuando me casé ya me fui para el campo. Nunca me gustó la ciudad. Ahora estoy obligao, o sea obligao... Viejo y ya no puedo hacer. Pero si me das a elegir, me quedo con el campo. Acá estoy bien, con todas las comodidades, pero siempre te tira el campo.

Grasso vive en un pueblo que suma, contando la zona rural, 300 personas, el equivalente a un edificio en una ciudad o a una sala de cine. Su jardín es una manzana completa y hacia donde mire ve algo de horizonte y hacia donde se huela se huele campo. Pero eso no es el campo. El campo es la nada, es uno y el viento, es un silencio bruto, es la familia corta, es la rutina de recorrer, de ocuparse de los animales, de abrirle el molino a la pasada a los zapallos, es oficiar de veterinario haciendo cesáreas o tactos, es levantar un alambre, empatillar algún palo o esquintero, es pialar, es levantar alguna mula a la vuelta, es la yerra, la esquila, hacer leña, es tener gallinas o algún otro animal si el patrón lo permite, es leer el cielo esperando la lluvia o putearlo pidiendo que pare, es silbar para estar menos solo, es entenderse con los perros, es ser uno con el caballo y es un domingo cada tanto, quizá, ir a un pueblo de 250 habitantes a pasar el día.

*

En las pausas o silencios de la conversación pronuncia frases como: “¿qué va hacer?”, “así es la cosa”, o “qué se yo”.

— Yo estoy hablando con vos de carambola — dice y lo que sigue es un relato épico de un accidente, mientras hacía leña, del que se salvó de milagro. Dice que cuando la planta cayó, los dos metros que él saltó hacia atrás no fueron suficientes para evitar ser aplastado. Dice que de cien se salva uno y que él fue ese uno, y dice que de rabia, así como estaba, machucado, con los dientes rotos y chorreando sangre, levantó la motosierra y cortó dos o tres rolos más.

— El barba no me quiere llevar pa’riba — dice riéndose.

Néstor me cuenta dudando que la madre de su padre vino de Turquía y que la condición de “camperos” en cambio se la deben a la familia de su madre.

—Mi viejo era peluquero, el único peluquero que hubo en Crotto y nos crio teniendo una peluquería. Pero en ese tiempo no era como ahora que la mayoría tiene auto y se van a Tapalqué, antes la gente andaba en sulqui, a caballo y venían a la fonda, venían a cortarse el pelo y después se volvían al campo. No había tanta comodidad, no había un montón de cosas.

Néstor disfruta la comodidad, pero añora ese pasado. No por pura nostalgia, sino por la vida social que se perdió. Carreras de sortijas, jine-teadas, grandes yerras con pialadas, fiestas en las escuelitas de campo, los clubes de campaña, el tren, los domingos repletos en la fonda, etc.

*

—Este año se va a hacer en el balneario, antes la hacían en la avenida, armábamos todo el circo ahí —se refiere a los festejos del día del pueblo—. Todo eso es lindo, pero gente joven que tendría que haber no hay, estamos los viejos nomás, nos miramos y siempre somos los mismos. Y viste, qué sé yo, uno ya no tiene la fuerza de antes.

Néstor es custodio de un saber pretérito, en él y en hombres como él resiste y vibra una cultura de tierra adentro, una voz propia y ancestral que hace lo posible, sin grandes aspavientos, por transmitirse a las nuevas generaciones.

Antes de despedirnos caminamos por el parque y me cuenta de estancias grandes de la zona como si hablara de su barrio. Desde su casa se ve prácticamente todo el pueblo.

—De acá vigilo todo, estoy parao como chajá en el nido, miro pa' todos lau.

Luis Brighenti

Es sábado por la tarde, hace unos minutos dejó de llover en Tapalqué, pero el cielo de plomo ya se está arrepintiendo de esa tregua. Esquivo un charco en la vereda y me acerco a la puerta de la casa,

ladra un perro, tal vez dos. No alcanzo a llamar y sale Luis, saluda afectuosamente.

—Escuché el timbre, por eso abrí —dice y se ríe señalando con el mentón en dirección a la jauría que sigue oculta.

Antes de entrar a la casa hay que cruzar por una veredita donde hay estacionado un carro de pochoclos y algodón de azúcar. Estuvo allí toda la noche y la lluvia rauda se le metió adentro. Ahora flotan lánguidos los pochoclos de ayer, algunos sueltos, otros formando pequeñas islas o extrañas protuberancias nacaradas.

—Pasá, estoy solo, Roxana y las nenas viajaron a una competencia de danza artística.

La casa es sencilla y alquilada, la puerta nos deja directamente en el living comedor de una familia de trabajadores. Luis ya tiene listo el mate. Se sienta en la cabecera de la mesa y baja el volumen del televisor para charlar.

Cuenta que a Tapalqué llegaron sin trabajo, sin nada, con una mano atrás y otra adelante. Dice que llegaron como llegaron y que en el camino les pasó de todo, tanto que para hacer los 170 kilómetros que los separaban de nuestra ciudad tardaron doce horas por caminos rurales. La escena que relata es más o menos la siguiente. Son las once de la mañana y un auto brama, remolcando una casilla enorme como un animal prehistórico dormido. Son las once de la mañana del 26 de noviembre y un Ford Falcon rural rojo remonta un camino de tierra arrastrando una casilla azul eléctrico. Son las once de la mañana del 26 de noviembre de 2010 y la planicie mustia de la pampa arde bajo el fulgor de los colores de esa formación de otro mundo fantástico, mágico. Esa especie de animal metálico se separó de la manada y ahora atraviesa la pampa bonaerense con la certeza de que será su última vez y con la convicción de que es la única forma de sobrevivir.

Ahora el carromato se inclina levemente sobre un costado, se arrastra, rebuzna, resopla, carraspea y se detiene con la quietud de un fósil.

Luis Brighenti tiene 33 años y un cuerpo atlético, baja del Falcon y ve sin sorpresa que pinchó una rueda. Adentro esperan Roxana, su compañera desde hace cuatro años, y sus dos nenas, Liz y Jose.

Mientras cambia la rueda, tal vez piensa que está cansado de tanto rodar, que quizá la decisión que tomó junto a su padre “Papelito” y toda la familia de vender el circo no fue tan errada. Sabe que pinchar una rueda o dos, quebrar el chasis o atravesar una tormenta de viento y agua terrible nada tiene que ver con señales del destino para que se vuelvan. Han sido moneda corriente cada vez que el circo se movía de un pueblo a otro.

Vuelve al coche, tal vez sonríe, cruza la mirada con Roxana, tal vez hace un chiste y piensa otra vez que Tapalqué puede ser una buena opción para empezar de cero. Da arranque, baja el vidrio, enciende un cigarrillo y apoya el codo en la ventanilla. Cuando mire para atrás será solo para ver a las nenas que duermen o juegan en el asiento trasero.

A las once de la noche, blancos de tierra, estacionan en la puerta de la casa de los papás de Roxana. Después de unos días Luis pone en condiciones la casilla y, como quien se desprende de una evidencia comprometedorá arrojándola al fondo del mar o de las llamas, la vende. Al tiempo, a las dos semanas, habla con un amigo de Henderson y va a buscar un carro de pochoclos con el que empezará, los fines de semana, a probar suerte.

*

Luis Brighenti vive en Tapalqué, pero nació en el “Circo Papelito”, ocasionalmente en la ciudad de Azul. Es payaso, animador infantil, conduce eventos, da clases de circo en espacios municipales, tiene un carro de pochoclos, alquila peloteros, metegoles y hasta autitos eléctricos. Es el cuarto de cinco hijos del matrimonio de Carlos Alberto Brighenti con Marta González y fue bautizado por segunda vez a los cinco años como “Tomatito”.

En 1975 sus padres cosieron bolsas de arpillera y cortaron palos de acacia de un baldío para armar algo parecido a una carpa que luego llenaron de ganas y llamaron “Circo Papelito”. Desde entonces y hasta el año 2010 recorrieron los pueblos de la provincia de Buenos Aires, parte

de Santa Fe y La Pampa. No hay pueblo que no conozca esta familia y la anécdota de que a la función debía asistirse con una silla.

Fue un circo popular, humilde, como lo define su creador y con la fuerte convicción de que al espectáculo no debían darlo los animales. Nunca abandonó la tradición del circo criollo. El “circo criollo” es el circo en dos actos, una primera parte con números típicamente circenses y una segunda con una obra de teatro. Esta es la principal diferencia con los circos del resto del mundo. Es en el que Los hermanos Podestá allá por fines del siglo XIX fueron pioneros e incluyeron obras como *Juan Moreira*, *Martín Fierro* o el *Hormiga Negra*. Todos estos títulos fueron representados por más de cuarenta años en el Circo Papelito en versión de comedia picaresca. Vivió su etapa dorada en los años 80 y parte de los 90 con llenos totales y, en los pueblitos de provincia donde suele pasar poco o nada, el tiempo —cíclico— podía medirse en “Años Papelito”.

Eran una manada nutrida a pasión y amor. Se sentían seguros juntos, se necesitaban, eran un solo organismo compacto que parecía poder hacer frente a todo.

Entrado el nuevo siglo, todo cambió. Los vehículos cada vez más viejos y fuera de la ley obligaban a moverse por caminos rurales, como bandidos; viajes de cincuenta kilómetros se volvían odiseas de siete u ocho horas, y eso que antes alcanzaba para sobrevivir e ir tirando dejó de alcanzar.

Se sabían ya en vías de extinción cuando hicieron la última parada en Norberto de la Riestra, el pueblo que vio nacer a Carlos “Papelito” Brighenti. Hicieron sus funciones normalmente, no hubo un brillo particular, no hubo anuncios grandilocuentes, no hubo homenajes, ni placas, ni discursos. Pasó una semana y nada más. Pasó una semana y hubo una decisión tomada. Pasó una semana y fue la última.

Padre, hijos, hijas y hermanos; nueras y yernos; cuñados, sobrinos y nietos; abuelo, primos y amigos se dividirán, se esparcirán, se multiplicarán para replicarse ya no en uno, sino en dos, tres, cuatro... muchos “Papelito”. El exoesqueleto de lona enorme que los protegía ya no lo hace más, quedarán a la intemperie y cada uno hará con su experiencia lo mejor que pueda.

El origen

—Nací en el circo. La primera vez que vine acá tenía meses, en el año 79. Ahí atrás de la Escuela 28 —me cuenta señalando la puerta de calle. Cada baldío que menciona, así como el circo, ya no existe.

Afuera vuelve a llover, adentro la voz de Luis vibra metálica, áspera, cavernosa, urdida con años de exigencia.

—Nosotros de chiquitos no nos perdíamos una función, con cuatro o cinco años nos sentábamos en unos cajoncitos, viste que está la pista y unos cajoncitos que te marcan. Y estábamos sentados ahí, es más, nos iban a buscar porque nos dormíamos ahí. Mi vieja capaz a mitad de función iba, nos levantaba y nos llevaba a dormir, éramos cuatro o cinco que teníamos esa edad. Nosotros queríamos estar ahí, porque nuestros padres estaban todos trabajando.

Tiene el cabello bien corto y una barba de tres días que le ensombrece el rostro. En su piel trigueña aún reverberan los soles de todos los pueblos. Las pestañas son enormes y enmarcan una mirada pícara, viva, y también a veces recta e intensa.

Se pone de pie para alcanzar el paquete de cigarrillos que está en un mueble a su izquierda donde hay además una imagen grande de la virgen, fotos de sus hijas y un juego de té sobre una bandeja. Enciende un cigarrillo y apoya el encendedor sobre el paquete. Fuma apurado y por momentos cierra los ojos por el humo y los recuerdos.

En la primera escena de la obra de teatro *Mate cocido* se ve a una mujer con un cochecito en el que un bebé llora. Luis y todos sus hermanos e incluso su hija mayor fueron ese bebé. Una especie de bautismo circense o pura practicidad. En realidad, las dos cosas.

Un día dejó de estar mirando y pasó del otro lado, a la pista, tenía cinco años. Luis recuerda emocionado el momento y aunque no hay precisiones podemos presumir que fue Marta, su mamá, quien lo maquilló exagerando una sonrisa blanca, le puso un trajecito, la nariz y le acomodó los rulos pensando que para él quería un nombre artístico diferente. Y tal vez Marta y Carlos, al ver a ese payasito nuevo, sonrieron y el nombre apareció.

—Mi viejo es Papelito, mi hermano mayor es Papelitito, el hijo de él es Papelincito, eh...eh...—duda y piensa antes de seguir—. Sí, Papelincito, mi otro hermano es Papelín, van todos con diminutivos y yo no, me pusieron Tomate y quedé ahí. Yo era gordito, ruliento, así que capaz me vieron como un tomate pintado y ahí quedó. Nunca me lo cambié. Toda la vida con lo mismo.

A los seis años empezó a practicar trapecio, a los diez, malabares. Ninguno tenía su tarea designada de antemano, iban probando, jugando, querían hacer todo porque un hermano lo hacía, un tío lo hacía, papá lo hacía, mamá lo hacía. Su mamá era contorsionista y su papá era todólogo.

Había días, muy pocos, que Luis y sus hermanos no tenían ganas de practicar algún movimiento en el trapecio y su padre, abajo, con mirada intimidante, se sacaba el cinto y la pirueta salía, siempre salía.

El payaso

Luis lleva ocho años en Tapalqué y es el mayor tiempo que ha pasado en un mismo lugar en toda su vida. Antes, en la vida nómada, dos meses en un pueblo era tiempo suficiente para hacer amigos, compañeros de escuela o novias, que esperaban al año siguiente el regreso.

—Llegabas a los terrenos y ya empezaban a pasar los amigos. Eso estaba muy bueno.

En el año 2006 visitaron por última vez Tapalqué con el circo y fue la vez que se conocieron con Roxana Gutiérrez, su actual compañera y mamá de sus tres hijas: Liz, Josefina y Justina. Empezaron a “salir” mientras el circo estuvo en la ciudad. Cuando siguió la gira y solo quedó el pasto pálido, pisoteado y agónico en el sitio que había sido cobijo de su amor, Roxana supo que no iba a quedarse quieta y fue a visitar a Luis a todos los pueblos, que no eran el mismo, pero sí iguales. Así fue por un año hasta que decidieron vivir juntos y que Roxana se sume a la mana del circo, incluso actuando en las obras o con los payasos.

Cuando hubo que buscar una salida las opciones eran seguir en otro circo o venir a Tapalqué, cambiar de vida, quedarse quietos, echar raíces, jugársela, saltar sin red.

*

Desde una ventana con cortinas naranjas entra teñida la luz blanda de la tarde, empapándolo todo. Luis sigue un relato más o menos cronológico de su vida, cada tanto, cuando se acuerda, me acerca un mate dulce, tibio. Las manos son robustas, fuertes, forjadas a trapecio. Enciende otro cigarrillo, habla y mientras apoya los codos en la mesa hace coincidir la punta de los diez dedos sin unir las palmas, como un gesto religioso incompleto o una pequeña jaula o carpa.

En el circo hacían piruetas adentro y afuera de la pista para sobrevivir, así que cuando llegaron a Tapalqué no le sacaba el cuerpo a nada. El que había sido payaso, trapecista, mago, galán, equilibrista, ahora era peón de albañil, tractorista, electricista.

El que había sido Tomatito ahora era Luis a secas. Así fue por un año o más, hasta que trabajando de peón de albañil con Héctor Donati, este le pidió que hiciera un show de payaso para el cumpleaños de su hija. Entonces Luis fue hasta donde guardaba el traje de su otro yo y se cambió; vio nuevas marcas en su rostro mientras se pintaba; vio todos los pueblos que había pisado y uno que pisaría por siempre; vio una mirada luminosa que lo hechizado en Tapalqué; vio a sus hermanos y sobrinos en nuevos circos; se vio a las nueve de la noche con amenaza de tormenta en un camino rural con medio cuerpo tragado por el capó de un Falcon rojo; vio los ojos de sus dos hijas y de una tercera que vendría; se vio en un mar de gente con un micrófono en la mano hablando sobre el aniversario del pueblo o sobre la torta negra de Tapalqué; se vio insistiendo en la pirueta que no salía; vio gente caminando en calles oscuras acarreando sillas; vio a su madre llevándolo en brazos dormido antes de que acabara la función y se vio con cinco años oyendo por primera vez su otro nombre; vio las manos de su madre acariciándolo; vio la sonrisa

de su padre y oyó su voz aterciopelada y supo que el circo vivía en él, que él era el circo y que así sería siempre.

—Ahí se empezó a correr la bolilla, hice otro show más, hice otro y así... Después era viernes, sábado, domingo, capaz que tres shows por sábado, de payaso.

Más tarde lo contrataron para un evento municipal, después para otro y nunca se detuvo. A la pregunta casi retórica por si se arrepintió en algún momento, responde veloz con la seguridad del que siempre mira hacia adelante.

—No, no, porque me sentí y me siento tan bien, acá está todo bien. No me dan ganas de decir “me vuelvo al circo”. Tiene que pasar una catástrofe para decir vuelvo al circo. Es así, ya ahora, vos fijate, tenés todo armado, sos alguien, sos algo, te conoce todo el mundo, ya es diferente. Ya está. Ya está —dice y expresa a alguien que se ha afianzado a un lugar de pertenencia.

La fiesta

Son las ocho de la mañana del domingo 9 de diciembre del 2018; pasó un mes desde que se suspendiera la fiesta por alerta meteorológico. El día, diáfano, es de una nitidez irreal, abrumadora, el sol amable todo lo cobija. A esta hora el pueblo tiene la quietud de un monasterio, el único sitio donde algo se mueve es el Balneario Municipal. Allí hay armado un escenario para los números artísticos y los artesanos descargan de autos, batanes y camionetas todo tipo de objetos producidos por sus propias manos.

El paisaje no es el mismo de siempre, ahora una estructura arquitectónica moderna, imponente, se yergue sobre el Natatorio Municipal; hoy además se inaugura su cerramiento y climatización.

Fuera del balneario, sobre la Avenida Irigoyen —convertida en peatonal para la ocasión— esperando la sombra que por la tarde darán los plátanos añosos del parque, están estacionados los *food truck*. Por ahora solo los postes de luz lamen con sus sombras el asfalto. Cruzando

la misma avenida, a espaldas del escenario, se acondicionó un terreno para la gran vaca con cuero. Un terraplén de veinte metros de largo por seis de ancho y cincuenta centímetros de espesor de tosca y greda apisonada está listo para recibir en el lomo el ardor del infierno. Un camión descarga toneladas de leña y una pala mecánica arrastra un arco de hierro de más de tres metros de alto por unos dos de ancho que llaman *chimango*, que habitualmente se utiliza para levantar motores en el Corralón Municipal y del que hoy penderán cientos de kilos de carne.

*

Desde temprano los colaboradores esperan la llegada de “el hombre”. De pronto se oye: “Hola, paisano, ¿cómo anda? Hola, buen día”, es Néstor Grasso que saluda a la concurrencia con una voz varios números más chica que el cuerpo.

Sin perder tiempo, todo se pone en marcha. Piden ayuda al maquinista para mover el único ingrediente de la receta que yace en un carro guarecido bajo la sombra de los eucaliptus. La pala mecánica comienza a levantar el peso muerto del animal, sin vísceras ni cabeza. A dos metros de altura, sobre el negro terso del cuero, la luz de la mañana serpentea en visos tornasolados. Cada movimiento pendular es acompañado por una coreografía de seis hombres que sostienen con manos piadosas pezuñas, garrones, cuartos y cola. Ni bien es descargada en la reja de hierro que oficiará de mantera, Néstor apoya junto al espinazo —columna vertebral— un cuchillo casero, sin punta, con un trapo envuelto a modo de cabo, y lo martilla con una maza. ¡Pac! Desgarra la carne. ¡Pac! Corta huesos y tendones. ¡Pac! Avanza abriéndolo todo. En cuestión de segundos, la vaca queda abierta como una mariposa bestial, exhibiendo los costillares.

Los cuchillos sedientos, antes cruzados a la altura de la cintura en la espalda, ahora se hunden en la carne, el metal afilado hurga buscando coyunturas, articulaciones. Ningún hueso, salvo algunas costillas y los garrones para poder atarla, debe quedar en su lugar. Sin estructura ósea, la carne termina formando un plano que recuerda vagamente al

animal solo porque conserva las extremidades y la cola. Aunque estamos al aire libre, todo está sumergido en el espesor denso del olor de la carne, mezclado con grasa, sangre, bosta, cuero y el humo del fuego que algunos voluntarios ya encendieron.

Néstor está de buen humor y sazona el hacer con refranes: “Despacito como quien plancha”, dice para indicar la forma de trabajar o “Acá te quiero ver escopeta...”, cuando aparece la dificultad.

A las 11:20 de la mañana, ayudados nuevamente por la pala mecánica, la vaca queda colgada en la estructura de hierro. Vertical e imponente. Empapada en sal y vino tinto que Néstor roció, recibe los primeros arrumacos ingrátidos del fuego. 16:00 h. Con un despliegue de baquía soberbio, ensartan treinta animales en asadores que son dispuestos en dos filas de quince, enfrentados, divididos por un río de fuego. Si la vaca era digna de ver, ahora, secundada por un cortejo de cruces matemáticamente ubicadas, es un espectáculo fastuoso.

*

17:30. En el escenario armado al lado del natatorio, el festival ya empezó, el público está instalado de frente al escenario, no muy cerca, como indica la costumbre del pueblo. Tomatito, sin disfraz de payaso (jean y remera negra de la Municipalidad de Tapalqué), no se despega el micrófono de la cara, el sol todavía le achina los ojos mientras presenta a los artistas, agita al público desde arriba del escenario o baja y camina entre reposeras y lonas, improvisa entrevistas, hace chistes que remata con su carcajada, se mueve eléctrico, por momentos grita, odia los tiempos muertos.

La gente que todavía no se ubicó a ver el espectáculo recorre los puestos de artesanos, los *food trucks* o intenta sacar a los hijos del agua del arroyo; otros van a sacarse fotos con el asado. Shorts floreados o trajes de baño, remeras de colores vivos, vestidos livianos como el aire, anteojos de sol y bronceados de estreno contrastan con los asadores que visten botas, alpargatas, camisas, bombachas de campo, sombreros,

otros rastras y pañuelos al cuello y lucen acumuladas en el rostro las horas que lleva la jornada.

El viento remolinea trayendo la voz de Tomatito desde el escenario, que ahora presenta un grupo de danza española. De este lado, en el reverso de la fiesta, nadie la oye, tampoco Néstor que parece descansar sentado en una reposera a la sombra. Mira sin mirar, abismado en sus pensamientos, de pronto se para y dice: —Voy a buscar una chapa para tapar los lechones —lo hace y vuelve a decir: — Voy a buscar otra chapita para taparle la espalda a este.

Está tranquilo, aunque le cuesta quedarse quieto. Mantiene los fuegos, los mira, los mima, estudia los detalles, trabaja con una pala de dos metros y medio que le permite llegar al corazón febril de las llamas. No necesita pedir ayuda porque, al verlo trabajar, se acercan cuatro o cinco hombres y él indica: “Métale brasa”, “Fíjese ese tronco”, “Arrime esto”, “Mueva aquello”.

El cierre

El sol miente su tramo final y ahora la luz del atardecer unge el último cordero de la hilera, el resto ya fue comido por las sombras. En el aire flota irreprochable el perfume de la carne asada y en la pampa no se conoce canto de sirena más efectivo.

Es momento de dar vuelta la vaca. Néstor, como quien iza una bandera, recoge la cadena que sostiene el animal, un cortejo de hombres lo rodea y todos parecen contemplar una pieza de arte. En sus rostros eclipsados se adivinan muecas de sorpresa y orgullo. Alguno, sin mediar palabra, hiere el dorado parejo de la carne con la punta del cuchillo y comprueba lo que todos saben. Néstor corta un bocado y prueba.

—Está hermoso, tiene un gustito —dice como si fuera la primera vez en su vida que prueba carne. Otro también prueba, lo mira a Néstor y dice: —Me parece que es la mejor vaca que has hecho en años.

—Se ganó una batalla —contesta Néstor después de un breve silencio.

Ya con las llamas mordiendo del lado del cuero y faltando quince minutos para las ocho de la noche, se ve un último ballet de hombres que va y viene agregando leña. En el cielo cientos de palomas giran, tal vez espantadas por el volumen de la música o por pura curiosidad.

Media hora más tarde cae la noche, en el escenario pintado por luces de colores que se proyectan sobre el humo artificial, Tomatito pide que reiteren los aplausos para una artista local que acaba de presentarse. Mientras tanto en el dorso del glamour, la luz cruda de un reflector crea una escena teatral isabelina. Ya hay una fila de gente esperando la venta, de nuevo los hombres rodean la vaca como en un ritual, la bajan suavemente, se miran orgullosamente cómplices y sus rostros se iluminan por lo que ven y por lo que fueron capaces de hacer juntos una vez más. Un año más.

Comienza el banquete, la cena está servida.

*

Ahora la atención se dirige a la pileta y su nuevo cerramiento, una estructura transparente de gliptodonte descomunal. Las luces que iluminan desde adentro de esa especie de carpa suben y bajan su intensidad como latidos. Dos grupos de hombres empujan el cerramiento para plegarlo sobre sí mismo como un abanico, un telón que se corre dejando la pileta a cielo abierto. Hay máquinas de humo que sueltan una tormenta, suena música electrónica digna de ciencia ficción, y es el clima justo para el show de láseres que dibujan en el aire frases como “Tapalqué enamora” o “Felices 155 años” o dibujan corazones, estrellas, delfines, etc. También se suma un grupo de tambores, la gente aplaude, los más osados gritan, todo es pura novedad. La noche ya se cierra definitivamente y en el cielo va y viene un dron que lo quiere todo para sí. Los minutos pasan entre percusión, *break dance* y bailarines de movimientos robóticos, hasta que la música se vuelve de suspenso. Violines con una base moderna quiebran el ambiente y aparece un hombre con pasos seguros del que solo vemos la silueta esbelta. Lleva pantalones negros, una remera al cuerpo que brilla con texturas que

recuerdan a escamas, tal vez dorada, no se distingue entre el humo, la oscuridad y los láseres verdes y rojos que lo atraviesan. Es Tomatito, que ahora rompe la tecnología con malabares de antorchas. Viene de otro tiempo a ofrecer la destreza de su estirpe nómada. Las llamas trepan el aire templando la noche, la gente aplaude y filma con los celulares. Ahora se queda con dos antorchas, cruza los brazos en forma de x y los descruza poco a poco acercando las antorchas a su cara, un pie afirmado adelante, el otro tenso hacia atrás y ya es, obviamente, un dragón que escupe fuego de sus fauces. Repite una, dos y tres veces el movimiento hasta que las apaga también con la boca, en el mismo momento en que estallan dos bengalas de artificio. Tomatito oye los aplausos y en ese preciso instante, en ese pueblo igual a todos en medio de la provincia, él es por fin todo lo que recuerda. Aunque el resto del show sigue, él se va, no saluda y acelera el paso con saltitos de bailarín clásico de entrecasa, como solo saben hacer los artistas de circo. En el aire todavía flota el olor antiguo del combustible quemado.

Índice

José también se iba por el río <i>Julián Daniel Mijailoff</i>	11
El camino es Ezeiza <i>Diego Alberto Slagter</i>	25
La vida es buena <i>Ana Carozzo</i>	45
Ciclista <i>José Santucho</i>	69
Calesiteros: dueños de un circo diminuto <i>Marcos Núñez</i>	83
Tomatito y El Mula: historias de tierra adentro <i>Nazareno Mancione</i>	97

Esta edición de 1200 ejemplares
se terminó de imprimir en Imprentas del
Estado Bonaerense, 3 y 523, Tolosa,
Provincia de Buenos Aires,
en abril de 2023.

Cada una de estas seis crónicas presenta personajes inolvidables y muchas veces anónimos: un mítico ciclista, un recordado cantautor, un payador, un calesitero, un asador en el ocaso de la vida, un payaso reinventado, entre otros.

En sus autores, que provienen de Tapalqué, Tres Arroyos, Pergamino y La Plata, asoma una valiosa identidad que hace ineludible este libro a la hora de pensar los relatos de nuestra cultura. A partir de recursos variados y escenarios múltiples, emergen pueblos de la llanura profunda, del Delta y de la capital de la provincia.

En *De sol a sol. Crónicas sobre la identidad*, la exploración de las raíces locales y regionales desplegadas históricamente iluminan un punto en común: la identidad bonaerense hoy.

ISBN 978-987-82861-1-2

